

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



«INSTAURARE OMNIA
IN CHRISTO»

Semblanza
de san Pío X

La condenación
del modernismo

San Pío X y la vida
eucarística

750 años
de la festividad
del Corpus Christi

La festividad del
Corpus en Barcelona



Ya que al designio divino plugo colocar nuestra bajeza en tanta sublimidad de poder, cobramos ánimo en aquel que nos conforta; y poniéndonos a la obra, apoyados en la virtud de Dios, proclamamos no tener en nuestro pontificado otro programa que este: «Restaurar todas las cosas en Cristo para que Cristo sea todo en todo».

Año LXXIII - Núm. 995-996
Junio-Julio 2014

SAN PÍO X: Enc. *E supremi apostolatus*

Sumario

Semblanza de san Pío X <i>Marta Mas Machuca</i>	3
San Pío X. Su anhelo de renovación en Cristo <i>Guillermo Pons Pons</i>	6
La condenación del modernismo por san Pío X <i>José M.ª Petit Sullá (†)</i>	10
San Pío X, el catecismo y la vida eucarística <i>María Jaurrieta Galdiano</i>	12
La vocación sacerdotal <i>Javier Pueyo Velasco, hnscc</i>	14
«Apartarse de santo Tomás, principalmente en metafísica, no será sin grave daño» <i>Enrique Martínez</i>	17
Pío X y la Iglesia de Francia <i>Gerardo Manresa Presas</i>	19
La renovación de la música religiosa <i>Ana Toquero</i>	22
A los 750 años de la festividad del Corpus Christi <i>M.ª Reyes Jaurrieta Galdiano</i>	25
La festividad del Corpus en Barcelona <i>R. J. G.</i>	28
Las raíces de la crisis familiar <i>Cardenal Velasio Polis</i>	30
De cómo cumplieron el encargo del Corazón de Jesús sus dos mensajeros <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	33
Santa María de Ripoll en los orígenes de Cataluña <i>Carmen Cortés</i>	37
Santa María de Cervelló <i>Laura Casals</i>	40
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	42
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	43
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	45

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
08002 BARCELONA
Redacción: 93 317 47 33
E-Mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

DE nuevo con gran gozo nos hacemos eco de la conmemoración de dos aniversarios de renovada importancia eclesial. El próximo mes de agosto se cumplirán los cien años del tránsito a la vida eterna del gran papa santo de principios del siglo xx, san Pío X. Recientes aún las canonizaciones de los papas Juan XXIII y Juan Pablo II, que son testimonio, junto con el presente aniversario, de la santidad, sólo comparable con la de los primeros siglos, que ha acompañado a la Iglesia durante este tormentoso y contradictorio siglo xx.

El segundo acontecimiento es la conmemoración el próximo septiembre de los 750 años de la institución de la festividad del Corpus Christi. Festividad que muy pronto se difundió por toda la Cristiandad y ha tenido especial arraigo en muchas ciudades españolas, entre ellas Barcelona que durante siglos se volcó en manifestar su fe y fervor eucarístico con una extensa participación popular en sus procesiones por las calles engalanadas de la ciudad.

No ocultamos que a pesar de nuestra modestia desearíamos que nuestra revista sirviera en esta ocasión para hacer resonar en la Iglesia con fuerza y con fervor un canto de acción de gracias por el don que Dios dio a su Iglesia con el pontificado de san Pío X. Tristemente la memoria de un pontificado tan fecundo para la Iglesia ha estado acompañada en muchos ambientes eclesiales por un silencio despreciativo. El motivo principal ha sido que tuvo que hacer frente a uno de los problemas más graves que ha tenido la Iglesia durante el siglo xx. Nos referimos al modernismo, que condenó en su memorable encíclica *Pascendi* y con el decreto *Lamentabili*. En estos documentos, además de analizar extensamente los principios que inspiraban este conjunto de errores que penetraron en muchos ambiente eclesiales, se proponían los remedios que podían curar de esta grave enfermedad. Frente a una explicación racionalista de la fe de la Iglesia que queda reducida a un sentimiento religioso el Santo Padre propone la necesidad de sostener la primacía sobrenatural de la revelación divina como raíz y fuente de la fe cristiana. Al mismo tiempo renueva el mandato de León XIII de volver a la enseñanza del maestro santo Tomás en los centros de formación eclesial a fin de que la filosofía pueda prestar aquellos servicios tan necesarios a la fe cristiana.

La labor apostólica de este pontificado presidido por el lema «Instaurar todas las cosas en Cristo» tuvo especial relevancia en la piedad de la Iglesia. Hay que recordar que no se había extinguido en la Iglesia un cierto rigorismo de origen jansenista que apartaba a los fieles de la vida eucarística, san Pío X recomendó vivamente la práctica de la comunión frecuente y recordando la tradición originaria de la Iglesia decretó que a partir del uso de la razón los niños podían ya acercarse a la mesa eucarística. Como ayuda eficaz a la vida litúrgica, tan esencial a la vida de la Iglesia, también promovió el canto gregoriano al ser la música más adecuada a la piedad de los fieles.

Semblanza de san Pío X

MARTA MAS MACHUCA

Modelo de la parroquia

EN la pequeña y humilde aldea de Riese nació José Sarto el 2 de junio de 1835. Su padre, Giovanni Battista Sarto era el alguacil del ayuntamiento y su madre Margarita Sanson, una mujer piadosa, sacrificada y sencilla. Unos esposos con gran fe que eran la verdadera riqueza de su familia. El segundo de diez hermanos, José destacó por ser un niño piadoso, obediente, fuerte, desenvuelto y estudioso: el modelo de la parroquia, según la gente de Riese.

De bien pequeño tenía la firme convicción de que quería ser sacerdote, a pesar de que sus padres no podían pagarle los estudios. Su párroco luchó para que pudiera estudiar primero en Castelfranco, después en Treviso para finalmente entrar en el seminario de Padua. Explican que al principio, tenía que ir caminando de casa a Castelfranco (14 km) y para no gastar los zapatos y que le duraran más tiempo, se los colgaba al hombro.

Destacó siempre en los estudios. A los dos años de estar en el seminario su padre falleció, dejando a su madre en una situación de pobreza, pero no se abatió sino que avivó sus ansias de la gloria de Dios y la salvación de las almas. Por fin llegó aquel 18 de septiembre de 1858 en la catedral de Castelfranco, donde su obispo, monseñor Antonio Farinas, le ordenaba sacerdote.

Capellán de Tómbolo (1858-1867)

EL primer destino de don José Sarto fue la aldea de Tómbolo, formada por familias de campesinos y ganaderos. Estaba de párroco don Antonio Costantini quienes en seguida se tuvieron una gran compenetración y respeto. Don José se puso manos a la obra con gran ilusión celebrando misa, confesando, escribiendo homilías y ayudando allí donde le solicitaban ayuda y decían de él, que «estaba en movimiento perpetuo». Su vida como capellán se resumía en dormir poco, y estudiar y rezar mucho. Predicaba el Evangelio con fuerza y su mensaje calaba hondo en sus feligreses, que le tenían especial cariño. Desde el inicio destaca su caridad extrema: daba todo lo que tenía y más. Siempre les decía a sus hermanas «Estos pobrecitos lo necesitan más; en cuento a nosotros, el Señor proveerá. ¡La Providencia nunca falla!».

Párroco de Salzano (1867-1875)

El 21 de mayo de 1867 fue nombrado párroco de Salzano, una de las mejores parroquias de la diócesis de Treviso. Su especial atención se centró era explicar el catecismo a todos sus feligreses ya que sabía que un pueblo con conocimientos del catecismo no perdería la fuerza de la fe y la moral cristiana. Una novedad que introdujo fue la de enseñar el catecismo de manera dialogada, formato que tuvo gran éxito y atrajo a vecinos de las aldeas cercanas.

En 1873 llegó el cólera al pueblo y don José demostró de nuevo su gran caridad y renuncia por todos sus feligreses, en especial por los más pobres. Realizó numerosos sacrificios, ayunos y sufrió por los numerosos muertos que hubo. En especial, daba confesión a moribundos y consuelo y aliento para los familiares. Pero llegó el día en que su obispo le necesitaba en Treviso como canónigo de la catedral. Para don José Sarto era un cargo inesperado e intentó renunciar porque quería ser un humilde párroco.

Canónigo de Treviso (1875-1884)

EN Treviso le encomendaron la dirección espiritual de los seminaristas y la cancillería episcopal. Su obispo le había visto su equilibrio, sagacidad y prudencia para el ministerio y poseía una voluntad firme y un fino espíritu sacerdotal. Se sorprendieron los seminaristas en sus homilías ya que él se había presentado como un «pobre cura rural».

Los seminaristas descubrieron su dulzura de ánimo pero también su firmeza y severidad cuando se requería. En él veían doctrina sólida y ciencia segura. Don José Sarto se entregó de lleno a esta tarea de formar a más de doscientos jóvenes, con mucha fatiga y sin descanso. A los cuatro años, en 1879, le nombraron por unanimidad vicario capitular. Él, a quien le espantaban los honores y dignidades, intentó de nuevo eximirse sin éxito. Ahora tenía la responsabilidad de 210 parroquias y 350.000 almas. Su primera preocupación eran que su clero estuviera bien e impulsó la prensa y manifestaciones católicas.

Obispo de Mantua (1885-1894)

UNA mañana de septiembre su obispo le llamó a su capilla privada y se pusieron de rodillas para rezar juntos. Entonces el obispo le entregó el billete pontificio donde se le nombraba obispo de Mantua. Dos meses más tarde, recibía la plenitud del sacerdocio del cardenal Lucindo María Parocchi. Tal y como afirma Dal-Gal en su biografía, esta nueva responsabilidad que le confiaba la Iglesia ponía de manifiesto el amor hacia ella, de la cual se sentía pastor, y el amor a su pueblo, del cual se sentía padre. En su primera carta pastoral destacaba: «Por las almas no me perdonaré cuidados, velas ni fatigas. Mi esperanza está en Cristo, mi fuerza está en Él. Sé que por la salvación de las almas tendré que soportar sacrificios, sufrir ofensas, enfrentarme a tempestades y luchar contra el mal, pero mi pueblo me hallará siempre en mi sitio y lleno de caridad.»

Su primera preocupación se centró en el clero: necesitaba profesores en el seminario, sacerdotes en la ciudad y en la diócesis. En ese año sólo tenía la ordenación de un presbítero y un diácono. Empezó a levantar el seminario pidiendo ayuda a sus feligreses. Los seminaristas estaban en su corazón y no había día que pasara sin que fuera a visitarles. No buscaba tanto que fueran muy numerosos como que fueran santos. Una vez encauzado el seminario, empezó a hacer una visita pastoral a la diócesis: fue peregrino de parroquia en parroquia, llevando el Evangelio a todos los hombres. Pasó por los hospitales, orfanatos, cárceles... dejando reflejos de su gran caridad y sacrificio. Los ejemplos y desvelos que tenía con los más desfavorecidos son innumerables. «Poco para él y mucho para los pobres» decía monseñor Sarteri. Destacó por la importancia que daba a la enseñanza del Catecismo y de la doctrina cristiana tanto a niños como a adultos. Instauró que los domingos se explicase en todas las parroquias y así le gustaba comprobar que se hiciese en las visitas regulares o por sorpresa que hacía a las parroquias. Otro de los temas que monseñor Sarto reformó es el de la música «para dar más decoro a las sagradas funciones». Para él, la música sacra había sido una necesidad de su alma de rendir alabanza a Dios y así creó una Escuela de Cantores Seminaristas educados en la mística de la belleza del canto.

El obispo de Mantua tuvo siempre como objetivo fundamental el de mantener firmes en la fe a sus diocesanos y preservarlos de desviarse del camino señalado por la Iglesia a través de las herejías, como la del modernismo, del que dio él los primeros gritos de alarma. También como obispo mostró su profunda inquietud por despertar el culto y el amor a la sagrada Eucaristía. Recomendaba llevar el viático a los agonizantes no a escondidas sino entre la gente rezando, la comunión frecuente y si es posible cotidiana insistiendo en la comunión de los niños aun de

tierna edad. En definitiva, era un obispo firme, que buscaba ser conciliador pero sin sombra de servilismo con el poder civil a pesar de recibir críticas. «¡Qué no habría hecho monseñor Sarto por salvar un alma!».

Patriarca de Venecia (1894-1903)

LEÓN XIII seguía de cerca su incansable actividad en su diócesis y le propuso como cardenal. Como escribía él mismo, se sentía «trepidante, asombrado y humillado». Recibió la púrpura con llanto en los ojos. El 25 de noviembre de 1895 pronunció su primera homilía como patriarca de Venecia. Entre lo que dijo destaca su programa: «Desde este momento os amo con todo el corazón y a todos os llevo en el corazón. De vosotros no deseo sino que correspondáis a ese amor. La misión que debo cumplir es ésta: restaurar todas las cosas bajo el imperio de Jesucristo». Una línea sencilla de decir pero muy sobrenatural y difícil de llevar a cabo. Venecia llevaba tiempo sin pastor (tres años hacía de la muerte del cardenal Domingo Agostini) y muchas cosas no marchaban bien. El cardenal Sarto en seguida se dio cuenta y empezó a reformar con mando fuerte, empezando por el clero y el seminario. Al igual que en su diócesis, con piadosa y generosa fatiga no paraba de predicar, visitar enfermos o ayudar a quien lo necesitara. Además, visitaría a todas las parroquias de su diócesis para tener contacto directo con los sacerdotes y sus fieles.

El 6 de abril de 1895 esparcieron las sagradas formas de manera sacrílega por las calles de Venecia. Este hecho fue una conmoción en Venecia, y su Patriarcado propuso un triduo de oraciones. A raíz de este acto reparador surgió organizar un solemne congreso eucarístico en honor a la divina realeza de Jesucristo. Tal congreso se realizó en agosto de 1897 convirtiéndose Venecia en una ciudad llena de fe y piedad. De esos días comentan: «Era conmovedor ver en estos días las innumerables multitudes que se acercaban a la mesa eucarística, asistían a las sagradas funciones y a cualquier hora hacían guardia de honor a Jesucristo sobre nuestros altares, y aun en el corazón de la noche, llenaban las iglesias para adorar a Jesús sacramentado.» Fue en esta época cuando animaba a los párrocos a administrar la primera Comunión a los niños si los encontraban suficientemente preparados.

Sumo pontífice (1903-1914)

LEÓN XIII murió el 20 de julio de 1903. Todos los cardenales fueron hacia Roma para el cónclave. Monseñor Sarto ya con 68 años aunque todavía lleno de fuerza y ánimo, no tenía ninguna duda de que volvería a Venecia ya que la idea del

Papado era muy lejana. Ya en el cónclave el cardenal Lécot le dijo: «Si Vuestra Eminencia sabe francés, no es papable». A lo que él respondió afirmativamente. Cuando al paso de las votaciones iban en aumento, él les decía: «Soy indigno, soy incapaz. ¡Olvidadme!» y le costó aceptar, aunque primaba la voluntad de Dios sobre todo. La mañana del 4 de agosto entraba en la Capilla Sixtina pálido y lloroso, diciendo «¡Acepto el Pontificado como una cruz!». En el momento de elegir el nombre, eligió Pío en honor a los papas que más han sufrido por la Iglesia. El secretario de Estado elegido fue monseñor Merry del Val.

Uno de los primeros cambios que realizó como papa fue terminar con el derecho de cualquier poder civil para interferir en el cónclave a través del derecho a veto o por cualquier otro procedimiento. Esto fue debido a que en el inicio del cónclave estaba como favorito monseñor Rampolla de Tíndaro, pero el entonces cardenal Puzyna, arzobispo de Cracovia, dijo a todos los electores que el emperador Francisco José de Austria imponía el veto formal contra la elección de Mons. Rampolla, creando así confusión en la asamblea.

El programa de su pontificado se resumía en «*Instaurare omnia in Christo*». Este programa refleja todas las ideas e iniciativas que había llevado a cabo a lo largo de su vida desde que era capellán hasta que fue patriarca de Venecia. No hay ningún cambio inesperado en esta nueva etapa. Su santidad personal hacía que todas las iniciativas que llevaba a cabo fueran para acercar las almas a Cristo. La defensa de la fe, la lucha contra el modernismo, la relación ciencia y fe, la Eucaristía, la dignidad del sacerdote y la fuerza de la vida interior eran algunos de los aspectos en los que puso todo su empeño.

De especial importancia en su pontificado fue la lucha contra el modernismo. El año 1907 el papa san Pío X publicó la encíclica *Pascendi dominici gregis*, condenando la doctrina modernista. Antonio Amado afirma que «esta carta constituye un acto magisterial único en su especie, pues el Pontífice no sólo condena un error sino que, detalladamente y desde sus raíces más profundas se dedica a exponer la doctrina que condena.(...) El humilde pontífice estaba llamado a intervenir para poner freno a lo que con seguridad era una grave amenaza para la fe. La tarea de publicar esta memorable e inmortal encíclica sólo podía salir de aquel papa en verdad manso y humilde, del todo entregado a su oficio de Pastor supremo de la Iglesia, que no ponía su esperanza más que en Dios y que sabía que frente a la malicia del error no cabe más que la afirmación de la verdad más clara. Personal y profundamente enamorado de Cristo, san Pío X interviene en el momento oportuno, cuando ya sería imprudente guardar silencio.»

Además promovió la renovación religiosa de la

liturgia, mediante los decretos sobre la música sagrada, la comunión frecuente y la reforma de los libros litúrgicos. También creó una comisión para la reforma del derecho canónico (1904), reorganizó la Curia romana e impulsó el inicio de una publicación oficial de la Santa Sede (*Acta Sanctae Sedis*, 1909).

La Virgen María estaba muy presente en el corazón de este santo papa: le gustaba llevar el rosario en la mano y cada día visitaba la gruta de Lourdes de los jardines vaticanos.

Su firmeza por mantener la dignidad de la Iglesia llevó a la ruptura de la Santa Sede con Francia en 1905 y con Portugal en 1911 por las legislaciones anticlericales que estos países habían promulgado, y que incluían la proscripción de la enseñanza religiosa y la confiscación de bienes eclesiásticos. En 1909 disolvió la *Opera dei Congressi* italiana, el mismo año que creó el Pontificio Instituto Bíblico.

Adelantándose a los hechos que sucederían meses más tarde, en mayo del 1914 en una alocución a los cardenales les exhortaba diciendo que la cruz de Cristo era la única fuente de salvación y de paz: «Hoy más que nunca hay que buscar aquella paz cuando asistimos al frecuente espectáculo de unas clases hostiles a otras.» El 28 de junio el asesinato del archiduque Francisco José de Austria en Sarajevo hizo sufrir en gran modo el corazón del Papa. Rezó, recurrió a la misericordia de Dios e intentó mover a la diplomacia europea y así evitar el derramamiento de sangre y lucha entre pueblos. En una alocución en 1914 intentó sin éxito evitar la primera guerra mundial. Lo denunciaba en todas sus apariciones públicas y privadas pero la guerra hacía ya estragos. En su última exhortación a los católicos de todo el mundo el 12 de agosto les decía: «Mientras casi toda Europa es arrasada por el torbellino de la guerra, en cuyos peligros y consecuencias ninguno puede pensar ni sentirse oprimido por el dolor y el espanto. (...) Exhortamos, pues, a los católicos de todo el mundo a que recurran confiadamente a su trono de gracia y misericordia, precediéndoles con su ejemplo el clero, anunciando en las parroquias, previa orden de sus obispos, públicas rogativas a fin de obtener que Dios, movido a piedad, aleje lo más pronto posible las funestas antorchas de la guerra e inspire a los supremos gobernantes de las naciones pensamientos de paz, no de dolor».

El sufrimiento que llevaba el Papa en su corazón y en su alma era inmenso: rezaba y lloraba amargamente. Incluso llegó a afirmar: «¡Daría un holocausto de esta pobre vida por impedir la matanza de tantos hijos míos!» Este estado de agotamiento y angustia lo llevó a enfermar. Moría besando el pequeño crucifijo cerrando los ojos para siempre el 20 de agosto de 1914 a las 1.15 de la madrugada. En su testamento decía: «Nací pobre, he vivido en la pobreza y quiero morir pobre».

San Pío X. Su anhelo de renovación en Cristo

GUILLERMO PONS PONS

AL cumplirse los cien años del tránsito a la vida eterna (1914) del pontífice que guió a la Iglesia a comienzos del último siglo del segundo milenio cristiano, se manifiesta muy luminosa la figura de este pastor universal del Pueblo de Dios que acertó a intuir la senda que habrían de seguir los cristianos en ese período histórico respecto del cual, con toda verdad, el papa Juan Pablo II se expresaría diciendo: «Al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires».¹

Todos los que, por razón de nuestra edad ya avanzada, hemos tratado con personas que vivieron con emotiva lucidez eclesial durante los años del pontificado de Pío X, pudimos darnos cuenta de cuán intenso fue el espíritu de renovación apostólica que embargó a los sacerdotes y a los fieles cristianos.

La canonización del papa Sarto en 1954 significó para muchos cristianos un espléndido reconocimiento de los carismas que adornaron a este glorioso Vicario de Cristo. No faltaban constantemente ante su cuerpo, depositado en la basílica de San Pedro bajo el altar de la Presentación de María en el Templo, sacerdotes y fieles postrados con emoción y rezando fervorosamente. Todos sabían cuán memorable había sido su pontificado en el cual la vida cristiana había ido floreciendo en firmeza de fe, fervor eucarístico y renovación de la labor pastoral.

El arzobispo de Valencia, Marcelino Olaechea, resumía los rasgos y las virtudes de este excelso sucesor de Pedro con estas muy expresivas palabras: «Pontífice tierno con los niños a los cuales abrió las arcas de los sagrarios; esforzado en las luchas por los derechos de Cristo y de su Iglesia sin temor de contingencias políticas o interpretaciones malévolas; generoso en la caridad, delicado en las audiencias, orientador de los estudios, debelador de la más grande herejía. Amigo de la música, de la conversación amable, de la sonrisa cariñosa. Sólo triste cuando pensaba en los pecados de los hombres y en las amarguras de las guerras».²

Con el paso del tiempo y dentro de las realidades de crisis y descristianización que afecta al mundo contemporáneo y especialmente al Occidente, la labor efectuada en el pontificado de Pío X va cobran-

do una nueva transparencia y en cierto modo manifestándose con una luz especial de intuición profética. Benedicto XVI, reconociendo la importancia de esta labor del santo pontífice, ha dicho: «El pontificado de san Pío X dejó una huella indeleble en la historia de la Iglesia y se caracterizó por un notable esfuerzo de reforma sintetizada en el lema *Instaurare omnia in Christo*: «Renovar todo en Cristo». En efecto, sus intervenciones abarcaron los distintos ámbitos eclesiales. [...] Fiel a la tarea de confirmar a los hermanos en la fe, san Pío X, ante algunas tendencias que se manifestaron en el ámbito teológico al final del siglo XIX y a comienzos del XX, intervino con decisión, condenando el «modernismo», para defender a los fieles de concepciones erróneas y promover una profundización científica de la Revelación en consonancia con la tradición de la Iglesia».³

Lo que me propongo en este artículo es presentar de un modo resumido las características de la espiritualidad de san Pío X (José Sarto), los ejemplos de fidelidad a las llamadas del Señor que se manifiestan ya desde su infancia, su labor pastoral en las variadas situaciones de su vida, así como las oportunas, admirables y fecundas actuaciones llevadas a cabo durante los nueve años en que fue supremo pastor de la Iglesia de Cristo.

Respondiendo a la llamada del Señor

CON José Sarto ocurrió lo que a otros muchos niños que se criaban en familias cristianas y que desde sus primeros años, por la fe que florecía a su alrededor, vivían una experiencia de proximidad al misterio de Cristo. Seguramente le habrá sido difícil precisar en qué momento se despertó en él la vocación sacerdotal. Gradualmente debió ir experimentando que ése era el camino por el que Jesús le iba conduciendo.

Este niño, que desde pequeño emprendió la ruta hacia el sacerdocio, nació el 2 de junio de 1835 en un pueblo rural, Riese, en la provincia italiana de Treviso, en una humilde familia de la que nacieron diez hijos. Fue bautizado el día siguiente de su nacimiento y se le impusieron los nombres de Giuseppe y Melchiorre. José, que puede considerarse como el

1. *Tertio millennio adveniente*, 37.

2. JOSÉ M.^a JAVIERRE, *Pío X*, Presentación, Ediciones Juan Flors, Barcelona 1952, pp. 3-4.

3. Audiencia en Castelgandolfo, 18 de agosto de 2010.

mayor, porque el primero murió poco después de nacer, entregó toda su vida de sacerdote a la labor pastoral y fue elegido papa en 1903. El documento oficial de su beatificación Pío XII lo iniciaba con estas muy significativas palabras: «Porque Cristo amó a su Iglesia, porque la ama, obra en las vidas de los hombres sencillos milagros de santidad espléndida. Es el Magnificat que se repite. Es el primer compás del himno inacabable de triunfo que entonaremos en el Cielo».

El padre del que llegaría a ser el papa san Pío X se llamaba Juan Bautista Sarto y trabajaba con muy escasa retribución como alguacil del ayuntamiento de su pueblo y falleció antes de que su hijo fuera ordenado sacerdote. Su madre, Margarita Sanson, fue una ejemplar madre de familia que logró transmitir a todos sus hijos una sólida formación cristiana. Estos esposos contrajeron matrimonio el 13 de febrero de 1833. Al manifestar ella su gozo antes del casamiento, su madre le dijo: «Ten en cuenta que no haces más que cambiar de cruz». A lo que Margarita repuso: «Así será, mamá. De todas maneras, mejor que yo sola, llevaremos la cruz entre dos. Lo que sé es que me siento feliz».⁴ Hermosa respuesta indicadora de una visión alentadora que se manifestaría en toda su dilatada existencia. Falleció el 2 de febrero, día de la Candelaria, de 1894, cuando su hijo José era ya cardenal y patriarca de Venecia.

José (Giuseppe) Sarto, a quien todos llamaban Beppi, estuvo desde pequeño muy ligado a la parroquia de Riese. El párroco Don Tito Fusarini y el coadjutor Don Pietro Jacuzzi sintieron un gran aprecio por este muchacho, monaguillo desde la infancia y que muy pronto se manifestó como ejemplo y guía indiscutible de la escolanía. Tanto el maestro de la escuela como los sacerdotes reconocieron la buena conducta y su singular capacidad en el aprendizaje. Todos ellos aconsejaron al padre que le enviase a estudiar en el Gimnasio de Castelfranco, ciudad principal de la región, situada a unos siete kilómetros de Riese. La familia, atendiendo a esas recomendaciones, decidió que el muchacho, que contaba once años de edad, se trasladaría allí diariamente, regresando a casa por las noches. Salía casi de madrugada y regresaba cuando había ya oscurecido. La madre le preparaba algunos alimentos que comía en casa de una señora conocida que le trató con mucho cariño. En años sucesivos pasaría allí la semana, desde el lunes al sábado. El aprovechamiento en esos estudios, que finalizaron tres años después, en 1850, resultó muy satisfactorio. El 6 de abril de 1847 Beppi había recibido la primera comunión, a los 12 años

de edad, bien preparado por el coadjutor de su parroquia. Debió pensar quizá ya entonces que esa dicha tan grande de recibir a Jesús habría podido gustarla ya varios años antes.

Llegaba el tiempo de ingresar en el seminario. ¿Pero cómo sería posible, teniendo en cuenta los pocos recursos familiares? El párroco propuso al padre dirigir una solicitud al patriarca de Venecia, Giacomo Monico, que era precisamente natural de Riese y de familia humilde, pues su padre había sido un simple herrero del pueblo. De él dependía la concesión de unas becas fundadas en el seminario de Padua. La respuesta fue favorable, estando bien apoyada por los informes muy favorables del párroco y de un canónigo de Treviso. Así fue cómo Beppi, visitando ya con la sotana que se le impuso en la parroquia ingresó en el otoño de 1850 en el seminario de Padua, que era uno de los más prestigiosos de Italia. Ocho años permanecería el joven plenamente integrado en la vida de estudio y de piedad que allí se observaba. Sin que él lo intentara, se dio a conocer por su ejemplaridad y excelentes dotes. En su expediente figuraron estas calificaciones: «En disciplina, el primero; inteligencia extraordinaria; gran memoria; esperanza óptima».⁵

Fue ordenado sacerdote por el obispo de Treviso el 18 de septiembre de 1858 en Castelfranco, y al día siguiente celebraba la primera misa en su pueblo natal. Aquel mismo año de 1858 era el de la aparición de la Virgen en Lourdes, acontecimiento que alcanzaría una gran difusión, de modo que en todo el mundo se reprodujeron grutas con la imagen de la Virgen. En los mismos jardines del Vaticano se instaló una «Gruta de Lourdes» ofrecida a León XIII por los católicos franceses. Pío X gustaba de visitarla casi diariamente. Él mismo fue el que extendió a toda la Iglesia la conmemoración litúrgica de esta mariofanía.

Fecunda labor sacerdotal

ESTE joven sacerdote, de 23 años de edad, fue nombrado coadjutor de la parroquia de Tómbolo, cuyo párroco, muy inteligente y celoso pero de delicada salud, encontró en este eclesiástico recién ordenado un valioso colaborador que se ganó también la voluntad de sus feligreses, especialmente los jóvenes, a los que instruyó y animó a una vivencia más intensa de la fe y la piedad.

Al cabo de unos nueve años se confió a Sarto la parroquia de Salzano, de unos dos mil habitantes.

4. A.GUALANDI, *Margarita Sarto, madre de san Pío X*, Ediciones Paulinas, Bilbao 1959, p. 8.

5. «Disciplinae, nemini secundus; ingenii maximi; memoriae summae; spei maximae» (José M.^a JAVIERRE, ob. cit. p. 57).

Fue un párroco muy entregado y que supo incrementar la vida parroquial mediante una eficaz labor caritativa, una catequesis muy bien organizada y unas renovadas asociaciones piadosas. Heroica y eficaz fue su atención a los enfermos en una epidemia de cólera que afectó a la población en agosto de 1873. Se entregó a esa labor de un modo exclusivo, liberando de ello a sus coadjutores a fin de evitarles el peligro de contagio. «Me corresponde a mí», les dijo. Sabía infundir ánimo a los afectados, lo cual influía en su curación. Del centenar de enfermos sólo murieron ocho. Muchos recuerdos guardaron los fieles acerca de este párroco que se distinguía por su carácter bondadoso y alegre.

En 1875, el párroco de Salzano fue nombrado director espiritual del Seminario, canciller secretario del obispado y poco después canónigo de la catedral. Sus feligreses le despidieron con pena. La diócesis, en cambio, quedaría felizmente marcada por el estilo y la espiritualidad de José Sarto, tanto gracias a los consejos y normas que recibían de él los seminaristas como por los estímulos pastorales que ofrecía a los sacerdotes. El estudio y la oración significaban para él un gozo y un alimento reconfortante. Consideraba que su sueño era profundo y que con pocas horas restauraba su equilibrio físico y mental, por lo cual disponía de más tiempo para estudiar y rezar.

Obispo de Mantua y patriarca de Venecia

AUNQUE SUS compañeros le pronosticaban con frecuencia su promoción al episcopado, él no lo consideraba como algo apetecible. A veces había dicho: «La cruz que el sacerdote lleva debajo de su sotana es una compañía dulcísima. Pero llevarla encima, sujeta a una cadena de oro, es un peso aplastante».⁶ A pesar de ello y con sentimientos de aflicción hubo de plegarse a la voluntad de León XIII que en septiembre de 1884 le designó obispo de Mantua, ciudad ilustre llena de historia y de arte, famoso municipio romano, patria de Virgilio, corte de los Gonzaga, con maravillosos palacios artísticos, puentes e iglesias evocadoras de fervientes anhelos; pero al mismo tiempo con síntomas de debilitamiento de la fe y de una deficiente organización eclesial. El nuevo obispo con su modo de proceder firme y a la vez comprensivo, así como con su carácter afable, supo animar a sus fieles y promover una labor pastoral efectiva. El seminario, la catequesis, la predicación convincente y la frecuencia de sacramentos fueron las bases de un reflorecimiento de la fe.

6. José M.^a JAVIERRE, *Pío X*, cit., p. 106.

León XIII, que seguía con atención la labor renovadora del obispo Sarto, decidió nombrarle patriarca de Venecia y le creó cardenal. Pero, a fin de que se reconociera que su incorporación al Colegio cardenalicio obedecía a la eficaz labor desarrollada en Mantua, le confirió la dignidad de cardenal antes de su traslado a Venecia. El 24 de noviembre de 1893 hizo su entrada en la ciudad de los famosos canales y tomó posesión del Patriarcado en la maravillosa catedral de San Marcos, en la que parecen abrazarse las artes y la espiritualidad cristiana de Oriente y Occidente. Todo el interior está como envuelto en preciosos mosaicos que revelan toda la historia de la Salvación. Estas realidades de fe son las que el patriarca José Sarto quería comunicar a pequeños y grandes mediante una sólida formación cristiana. Como había tratado de realizarlo en toda su labor pastoral, así lo continuó haciendo en Venecia, hasta que fue llamado al supremo pontificado como sucesor de Pedro y vicario de Cristo.

«Acepto el Pontificado como una cruz»

CON esas palabras, el 4 de agosto de 1903, el patriarca de Venecia aceptó la elección que, habiendo fallecido León XIII, los cardenales reunidos en cónclave efectuaron en la persona del cardenal Sarto. Y éste, al preguntársele qué nombre escogía como Papa, respondió que el de Pío, porque así se llamaron los pontífices que en los últimos tiempos habían sufrido mucho. Pensaba, sin duda, especialmente en Pío VI que, anciano y enfermo, a la fuerza había sido conducido a Francia: allí al poco tiempo había expirado; en Pío VII, cautivo en poder de Napoleón I; y en Pío IX, al que se le habían arrebatado los Estados Pontificios quedándose como cautivo en el Vaticano. También Pío X había de sufrir incomprendimientos y rechazos tanto por violentos ataques del laicismo como por quienes en el seno de la Iglesia misma se oponían a su magisterio. Sin embargo, también fue muy amado y fielmente seguido por la inmensa mayoría del pueblo de Dios.

En su primera encíclica (4 de octubre de 1903) el Papa ponía de relieve la gravedad del panorama en el que la Iglesia había de cumplir su misión. Muy sinceramente reconocía «la audacia y la ira con que se persigue la religión en todas partes, se combaten los dogmas de la fe» y «el mismo hombre, con infinita temeridad, se ha puesto en el lugar de Dios...». Resultaba evidente que algunos tendían a enjuiciarlo diciendo que era un hombre bondadoso, pero poco preparado para desempeñar la misión que se le había confiado. Monseñor Baudrillart, miembro de la Academia Francesa y rector del Instituto Católico

de París dejó escrito su muy favorable concepto sobre el Santo Padre, en estos términos: «Su mirada, su conversación, todo su ser, respiraban tres cosas: bondad, firmeza, fe. La bondad del hombre, la firmeza del dirigente y la fe del cristiano, del sacerdote, del Pontífice, del hombre de Dios».⁷

Sintetizando brevemente sus logros más destacados como sumo pontífice podemos indicar: su condena del modernismo, la restauración de la música sacra, la codificación del derecho canónico, la reforma del rezo del Oficio divino, sus disposiciones sobre la recepción de la Eucaristía, sus normas sobre la catequesis y la independencia de la Iglesia respecto del poder político, especialmente en Francia, donde el laicismo se mostraba muy combativo e intransigente. No cabe duda de que su pontificado pasó a la historia como uno de los más fecundos en los tiempos modernos.

Sus enseñanzas sobre la comunión frecuente y el que la recibieran los niños al llegar al uso de razón, hacia los siete años de edad, suscitó, en general, mucho agradecimiento entre el pueblo fiel. En una conversación con una persona de relieve, Pío X, hablando acerca de ello, dijo: «En Francia se critica ásperamente la comunión precoz, que Nos hemos decretado, sin embargo decimos que por ella habrá santos entre los niños, y vos lo veréis».⁸ Efectivamente, se han multiplicado las causas de canonización de niños, y bastantes figuran ya en el catálogo de los santos.

En lo que más hubo de sufrir Pío X y ser mal interpretado fue en la lucha contra el «modernismo», término ambiguo con el que se designaba un cúmulo de errores y falsas doctrinas que se quería presentar como un avance del pensamiento moderno, pero que en realidad interpretaban mal y desvirtuaban todo el conjunto de la fe cristiana. Con razón el Pontífice, en su encíclica *Pascendi* lo calificó como «el

punto de encuentro de todas las herejías». Este documento doctrinal junto con el decreto *Lamentabili sane exitu* contienen la condenación y los remedios contra esta difusión de errores.

A veces se ha pretendido descalificar esta labor de Pío X a favor de la sana doctrina, como si la hubiera realizado sin una suficiente preparación teológica por su parte o atribuyendo en todo este proceso una inconveniente responsabilidad al cardenal español Rafael Merry del Val que fue su Secretario de Estado. Estas son falsas interpretaciones basadas en la difusión de unas corrientes de subjetivismo y relativismo, que seguirían rebrotando dentro de las comunidades protestantes y también en el seno de la Iglesia católica.

Pío X, a pesar de la intensidad de su labor pastoral siempre había cultivado el estudio y gozaba de una lucidez doctrinal muy destacada. La acusación de haberse dejado influir por la mentalidad de Merry del Val no goza de consistencia alguna. Basta observar que mucho antes de conocer a este cardenal, siendo Sarto patriarca de Venecia, el 17 de febrero de 1895 se manifestaba buen observador de la difusión de las doctrinas erróneas y de los fenómenos ideológicos que perturbaban las inteligencias. «Estad alerta, queridísimos hijos –dice– y mantened viva la fe y guardaos de sus enemigos [...] que ahora con banderas desplegadas se esfuerzan por arrebatarse al pueblo su joya más valiosa: la fe, y esto con sutiles artimañas. [...] Hay que saber –dicen ellos– que no se puede actuar rectamente si se desconoce el espíritu de los tiempos». Y muy claramente advierte a los fieles acerca de los engaños de que se les hacen víctimas, diciendo: «los falsos apóstoles que como Satanás se disfrazan de ángeles de luz y fingen lamentos, temores e inquietudes –según dicen– por los males de la Iglesia y los peligros por los que atraviesa».

La primera guerra mundial ensombreció el final de su vida. Un gran dolor se cebó en su cuerpo ya debilitado. El 20 de agosto de 1914 se durmió en el Señor. El 30 de mayo de 1954 Pío XII proclamaba la santidad de este siervo fiel y esclarecido pontífice de principios del siglo xx.

7. CARDENAL MERRY DEL VAL, *Memorias del papa Pío X* (edición española) Sociedad de Educación Atenas, Madrid, 1946, p. 47.

8. JAVIER PAREDES, *Santos de pantalón corto*, Homolegens, Madrid 2008, p. 20.

Los hombres contra Dios

Es indudable que quien considere todo esto tendrá que admitir de plano que esta perversión de las almas es como una muestra, como el prólogo de los males que debemos esperar en el fin de los tiempos; o incluso pensará que ya habita en este mundo el «hijo de la perdición» de quien habla el Apóstol. En verdad, con semejante osadía, con este desafuero de la virtud de la religión, se cuarteja por doquier la piedad, los documentos de la fe revelada son impugnados y se pretende directa y obstinadamente apartar, destruir cualquier relación que medie entre Dios y el hombre.

SAN PÍO X: carta apostólica *E supremi apostolatus*
(4 de octubre de 1903)

La condenación del modernismo por san Pío X*

JOSÉ M.^a PETIT SULLÁ (†)

EL 3 de julio del año 1907, en el quinto año de su pontificado, publicó Pío X a través de la Sagrada Congregación del Santo Oficio el decreto llamado *Lamentabili*, que contenía una lista de sesenta y cinco errores de lo que se daba en llamar «modernismo». El 8 de septiembre siguiente daba a la luz la encíclica *Pascendi*, que contenía no sólo la condenación sino toda la explicación y el desarrollo del mismo modernismo a partir de su núcleo originario y en todas sus consecuencias. Nunca antes una encíclica había explicado un error con tal detalle. Siempre la herejía ha fingido no ser conocida por el magisterio que la condenaba, pero este conocimiento tan explícito del modernismo por parte del documento pontificio exasperó aún más a los fautores de aquel inmenso error.

La encíclica, en efecto, constituye un documento casi inédito en las enseñanzas pontificias de todos los tiempos, por cuanto contiene una explicación global y completa del sistema –porque se trata, en verdad, de un sistema– cuya caracterización, con el ambiguo y accidental nombre de *modernismo*, desempeñaba en el seno de la Iglesia católica el papel que en la pura filosofía había desempeñado el idealismo del que surge. En palabras de la encíclica, «del consorcio de la falsa filosofía con la fe ha nacido el sistema modernista» (núm. 42). Tal sistema no podía ser condenado sin ser explicado, por cuanto no se hubiera entendido su núcleo filosófico, su intención fuertemente racionalista, y su inmersión total y absoluta en el seno de los dogmas y de la totalidad de los elementos que constituyen la religión, convirtiéndose, además, en una corriente que todo lo atravesaba hasta convertirse en el mismo ateísmo.

Hacía más difícil la denuncia del error modernista el hecho de que había que explicar algo cuya naturaleza misma es la «evolución» de lo que pretende explicar. En efecto, el modernismo sostiene como tesis fundamental de su sistema que, siendo la religión algo en constante e imparable evolución, la explicación de la misma ha de consistir en una constante evolución. De ahí que el modernismo no se deje fijar en determinadas proposiciones.

Es así que la explicación pontificia de la naturaleza del modernismo se hace en la encíclica de forma a la vez analítica y sintética, mostrando todas

las fases del desarrollo y poniendo de relieve sus diversas conclusiones en los distintos ámbitos de la religión. Por la explicación del documento pontificio pasan el modernista filósofo, el modernista creyente, el modernista teólogo, incluso el modernista apologeta, el modernista historiador, el modernista crítico y, sobre todo, el modernista reformador de la Iglesia, sin olvidar las consecuencias sociales del modernismo, que no son otras que el liberalismo más craso. En efecto, como leemos a este respecto en la encíclica, «no le satisface a la escuela de los modernistas que el Estado esté separado de la Iglesia... en los negocios temporales la Iglesia debe someterse al Estado» (núm. 24). Lo segundo se deriva necesariamente de lo primero y por ello en todos los asuntos humanos –matrimonio, familia, educación, vida social, etc.– será únicamente el Estado quien dicte las leyes y las normas de conducta. Una de las notas que caracterizan al modernismo son los constantes y mutuos elogios que se prodigan la sociedad laica y los modernistas.

Hace la encíclica especial mención de una cuestión esencial: el modernismo, por la índole misma de su gestación y de su autoalimentación, anida principalmente en los lugares de estudio, es decir, en los seminarios y universidades católicas. Nada menos que en los lugares donde se han de formar los futuros sacerdotes y los clérigos más influyentes. Leemos en la encíclica: «En los seminarios y universidades andan a la caza de las cátedras, que convierten poco a poco en cátedras de pestilencia. Aunque sea veladamente inculcan sus doctrinas predicándolas en los púlpitos de las iglesias; con mayor claridad las publican en sus reuniones y las introducen y realzan en las instituciones sociales» (núm. 44). Esta presencia en los estudios y esta táctica de gradualidad en las manifestaciones modernistas convertían el modernismo en una herejía de una influencia y de una universalidad desconocidas hasta entonces en la Iglesia.

La encíclica no sólo explica y condena sino que advierte y, como hace el buen pastor –cuyo oficio se recuerda en las primeras palabras de la encíclica– pretende evitar que los católicos de buena fe se dejen enredar por un sistema que ya había hecho estragos en el seno de la comunidad protestante y que aspiraba a hacer lo mismo con el catolicismo, según la última de las proposiciones condenadas en el mencionado decreto: «El catolicismo actual no puede conciliarse con la verdadera ciencia, si no se trans-

* Reproducido de CRISTIANDAD, núm. 868-869, de noviembre-diciembre de 2003.

forma en un cristianismo no dogmático, es decir, en protestantismo amplio y liberal».

Tal documento no se entiende plenamente si no se atiende al punto de vista que le anima, que no es otro que la necesidad de sostener en todos los campos de la religión la primacía de lo sobrenatural. En efecto, siendo el modernismo, a la vez la «explicación» racional del «fenómeno» religioso, consistente todo él en un *sentimiento* humano de alienación respecto a lo absoluto, y desplegándose, por tanto, en una continua elaboración y a la vez rectificación de las fórmulas religiosas, la única manera efectiva de luchar contra su multiforme manifestación es la de sostener firmemente la supremacía de la revelación divina sobre la naturaleza humana. La naturaleza del hombre es la condición de dicha revelación, el necesario sujeto pasivo de la misma, pero su fundamento positivo es la revelación que trasciende toda filosofía, como enseñaba reiterada e incansablemente san Pablo y preconiza el Evangelio en sus relatos de cada discusión de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, frente a los fariseos ufanos de poseer la Ley y los Profetas como adquisición propia. Para los fariseos, como para los modernistas, la piedra de toque era la negación de la divinidad de Jesús. Como aquellos interlocutores de Jesús que hicieron suya la religión, los modernistas afirman lo que se contiene en la proposición 27 del decreto *Lamentabili*: «La divinidad de Jesucristo no se prueba por los Evangelios, sino que es un dogma que la conciencia cristiana derivó de la noción de Mesías».

La tarea de publicar esta memorable e inmortal encíclica sólo podía salir de aquel papa en verdad manso y humilde, del todo entregado a su oficio de Pastor supremo de la Iglesia, que no ponía su esperanza más que en Dios y que sabía que frente a la malicia del error no cabe más que la afirmación de la verdad más clara. Cualquier concesión hubiera dado al modernista más ánimos.

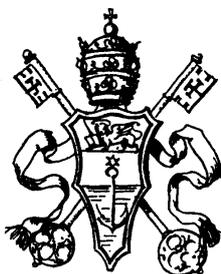
El modernismo parte del supuesto de que la religión no tiene otro fundamento que el sentimiento religioso y de ahí que considere la Escritura como mero testimonio de una cierta conciencia social de tal sentimiento. Pero tal conciencia no queda bien reflejada en las formulaciones dogmáticas; por ello el modernismo estuvo –y está– especialmente presente en el campo bíblico, donde rige, como norma

habitual, la proposición condenada en el número 61 del citado decreto *Lamentabili*: «Se puede decir sin paradoja que ningún capítulo de la Escritura desde el primero del Génesis hasta el último del Apocalipsis, contiene doctrina totalmente idéntica a la que enseña la Iglesia sobre el mismo punto y, por ende, ningún capítulo de la Escritura tiene el mismo sentido para el crítico que para el teólogo». Según la doctrina modernista, la Iglesia ha formulado a lo largo de los siglos dogmas que no expresan ya la verdadera «vivencia» religiosa y han de ser rectificadas y reconducida su interpretación por el crítico. Es tarea esencial del modernista hacer que la crítica bíblica sea la norma de la interpretación de las fórmulas de la teología dogmática, cuyo contenido debe cambiar sustancialmente, aun cuando no pueda cambiarse su formulación, básicamente, porque la autoridad infalible de la Iglesia no lo permitiría y, por otra parte, porque dicho cambio dejaría al modernista al descubierto ante el pueblo fiel, que sigue creyendo en las fórmulas dogmáticas y su natural sentido.

Sería muy ciego no reconocer hoy el gran mal que evitó la encíclica *Pascendi*, al denunciar y condenar sin paliativos el modernismo, su contenido, sus intenciones y su táctica. Sería –o quizá simplemente, es– muy injusto no agradecer a san Pío X el conjunto verdaderamente exhaustivo de disposiciones que se contienen al final de la misma encíclica a fin de evitar la propagación de un error que la propia encíclica calificó de «suma de todas las herejías». El modernismo, después de san Pío X, no puede presentarse abiertamente en la Iglesia.

El silencio acerca de estos reconocimientos y el generalizado silencio hacia san Pío X no puede interpretarse más que como manifestación taimada de simpatías por el modernismo. Es evidente que, a pesar de san Pío X –y sería ingenuo el desconocerlo–, el modernismo ha llegado a ser la herejía hoy más presente en la Iglesia en su multiforme manifestación, según aquellas palabras de Pablo VI en su habitual estilo interrogativo «¿no es el progresismo actual lo mismo que el modernismo?».

Toda verdadera y profunda regeneración en la Iglesia pasa necesariamente por el recuerdo positivo de la doctrina manifestada en el decreto *Lamentabili* y la encíclica *Pascendi* y por la aplicación de aquellas disposiciones que el santo papa promulgó.



San Pío X, el catecismo y la vida eucarística

MARÍA JAURRIETA GALDIANO

Instaurare omnia in Christo

AL ser elegido pontífice el sencillo Sarto escogió el nombre de Pío «puesto que los papas que más han sufrido por la Iglesia en este siglo llevaron el nombre de Pío». Con humilde y verdadera mirada y con ardiente celo por la salvación de las almas vio claramente la enfermedad que corroía y consumía a la sociedad de su tiempo: el abandono de Dios.

La salvación de los hombres y de las naciones estaba en la vuelta al reconocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Así, las civilizaciones, la política, la cultura, el arte, la educación y la familia, el derecho y la moral, la vida pública y privada debían fundamentarse con profundas raíces en el mensaje de las bienaventuranzas. *Instaurar en Cristo todas las cosas* fue el lema que eligió para su pontificado.

El modernismo, con el absurdo y engañoso pretexto de querer renovar la Iglesia, había alejado a muchas almas de la vida cristiana, ofuscando las mentes y enfriando los corazones de los sacerdotes. Extendida ya la relajación de las costumbres, si a esto se le suma la ignorancia en la doctrina cristiana, el Papa, gravemente preocupado por «*las densísimas tinieblas en las que se hallan envueltos tantos hombres que se creen cristianos y que no hay en ellos ningún pensamiento para Dios*» urge acercar a estas almas descarriadas a la fe y la caridad de Cristo.

Por otro lado la herencia del rigorismo jansenista del siglo xvii había apartado al pueblo cristiano de la frecuencia sacramental, siendo la Eucaristía un privilegio para unos pocos elegidos, dejando así a las almas privadas del mayor bien en la tierra, en palabras del papa Francisco «*que nos conforma en modo único y profundo a Cristo, haciéndonos ya gustar ahora la plena comunión con el Padre que caracterizará el banquete celeste*».

De aquí la apremiante necesidad que vio el santo pontífice en exhortar con gran pasión y acierto al estudio del catecismo y al acercamiento a la Eucaristía, ya que sólo es el Señor el que salva.

La enseñanza del catecismo

SAN PÍO X en la encíclica *Acerbo nimis*, fechada el 15 de abril de 1905, exhorta a la enseñanza del catecismo diciendo así: «*ese gravísimo deber corresponde a los pastores de al-*

mas que, efectivamente, se hallan obligados por mandato del mismo Cristo a conocer y apacentar las ovejas que les están encomendadas. Apacentar es, ante todo, adoctrinar: "Os daré pastores según mi corazón, que os apacentarán con la ciencia y con la doctrina"». También pedía el Papa, para llegar donde los sacerdotes no llegasen, «almas valerosas, dispuestas a colaborar con los párrocos, maestros y padres, en una misión tan necesaria como noble y profunda».

El hombre renace por el agua y el Espíritu Santo con el don gratuito de la semilla de fe que se recibe con el Bautismo pero necesita de la enseñanza de su Madre la Iglesia para nutrirla y hacerla crecer y fructificar. Una enseñanza catequética que san Pío X resumía en los siguientes siete puntos:

1. Todos los domingos y fiestas de guardar los párrocos han de explicar a los niños las verdades necesarias para salvarse.

2. Han de preparar con especial instrucción durante varios días, los que debe recibir la confesión y confirmación.

3. Preparar con especial cuidado a los jovencitos que se acercan por primera vez a la sagrada Mesa.

4. En todas las parroquias se erigirá canónicamente una «congregación de la doctrina cristiana» que colaborará con el clero en la enseñanza del catecismo.

5. En las grandes poblaciones fúndense escuelas de religión para instruir en las verdades de fe y prácticas cristianas a la juventud.

6. Al igual que los niños, los adultos necesitan instrucción religiosa: también cada domingo ellos han de recibir su hora de catequesis.

7. Procurad que estas disposiciones se cumplan enteramente y sin tardanza.

El celo por la salvación de las almas abrasaba al Papa, consciente de que con el conocimiento de la doctrina no sólo la inteligencia recibe la luz capaz de alcanzar la verdad sino que la voluntad recibe también la fuerza que nos conduce a Él por la práctica de la virtud.

Ya siendo obispo, san Pío X luchó incansablemente por la publicación de un catecismo sencillo y completo, con las verdades principales de la fe cristiana a modo de preguntas y respuestas, que sirviera a niños y adultos. No salió publicado hasta 1912. La traducción al castellano de los jesuitas Astete y Martínez de Ripalda ha servido durante todo el siglo xx de material para catequesis haciendo un gran bien en todos los países de habla hispana.

San Pío X y la Eucaristía

LA tibieza espiritual, las erradas opiniones y los restos del jansenismo mantenían a muchas almas alejadas de la Sagrada Comunión. Con el pretexto de proteger el debido respeto al sacramento eucarístico el jansenismo enseñaba que sólo las almas más puras podrían acercarse al sacramento. La comunión era, pues, considerada un don concedido a unos pocos.

Bien es cierto que en la Iglesia había también celosos apóstoles de la comunión frecuente: san Juan Bosco acercaba a sus jóvenes al Santísimo Sacramento, san Juan M^a Vianney, el padre Gautrelet y el padre Ramière extendiendo la devoción al Corazón de Jesús tan radicalmente opuesta al error jansenista. Estos y otros muchos hombres de Dios que entendían que la Eucaristía no es un premio a nuestra virtud sino un don misericordioso para salvarnos de nuestros afectos desordenados y preservarnos del pecado.

Por esto, en 1905, para poner fin a un rigorismo contrario al sentir de la Iglesia, san Pío X publica el decreto *Sacra Tridentina Synodus*. Retomando lo que ya había dicho el Concilio de Trento, el Papa recuerda que «*la comunión frecuente y diaria, siendo como es deseadísimas por Jesucristo y por la Iglesia católica, ha de ser asequible a todos los fieles sin distinción de clases y de condiciones, de modo que a nadie que se encuentre en estado de gracia y devota intención se le puede negar*». El espíritu con el que está escrito este decreto es el deseo del Papa de acercar las almas a Jesús Eucaristía para que sea el consuelo y remedio en su pequeñez y debilidad.

La comunión se recibe, como rezaba el decreto papal, «*para tomar fuerza, para frenar las pasiones, purificarse de las culpas leves y cotidianas e impedir los pecados graves a los que está expuesta la debilidad humana; pero no precisamente para la honra o veneración de Dios, ni como recompensa o premio a las virtudes de los que la reciben*».

Con este deseo ardiente del Papa por acercar a las almas a la Eucaristía, sentía también gran preocupación viendo a los niños y adolescentes sin recibir el sacramento eucarístico, perdiendo su inocencia, con una árida vida espiritual, sin poder acercarse a recibir las gracias de la Eucaristía y con grave peligro de caer en pecado mortal. Era costumbre en esos años retrasar la primera comunión hasta los diez, doce e incluso catorce años. Redactó el Papa el decreto *Quam singulari*, de 8 de octubre de 1910, acerca de la edad para recibir la primera comunión. Partiendo de las palabras de Jesús en el Evangelio, «*dejad que los niños se acerquen a mí*» y recordando la tradición de la Iglesia en sus orígenes, en la cual se daba la comunión a los niños el día de su

bautismo; y recordando, a su vez, la doctrina de sus antecesores, decreta que la edad de discreción o uso de razón es alrededor de los siete años.

Las condiciones que pone el Papa para que los niños puedan recibir la comunión son: distinción entre el pan eucarístico y el pan corriente y conocimiento según su capacidad de los misterios de la fe. Desde el momento de discernir están obligados también al precepto de la confesión. Y con más razón ahora no han de descuidar su formación catequética, procurando que continúen con su enseñanza del catecismo después de la primera comunión.

Este decreto suscitó críticas y polémicas, especialmente en Francia, donde más arraigado había estado el jansenismo. Se cuenta que el Papa zanjó toda polémica pronunciando la famosa frase: *Dios ha sido quien me ha inspirado este decreto*.

El Papa no sólo propone la comunión a los niños como divino alimento sino que —con los dos decretos sobre la comunión— nos viene a recordar que todos debemos entrar por el camino de la infancia espiritual para encontrar la salud, como dijo en la allocución del 27 de noviembre de 1911: «*No hay motivo para desesperar de la salvación común cuando vemos que en uno y otro hemisferio los católicos se abrasan en amor a la sagrada Eucaristía. Adultos, jóvenes y niños, son ahora innumerables los que no sólo aman y honran asiduamente el augustísimo sacramento, sino que lo reciben con frecuencia, hallando en él fe y fortaleza*».

Con el apoyo de san Pío X, nacieron asociaciones en gran cantidad de países para reforzar la vida eucarística de los niños. Son muchos los frutos de santidad que se recogen cuando se acerca a los niños al sacramento eucarístico. Juan Pablo II en la *Carta dirigida a los niños* en el Año de la Familia 1994 recuerda este hecho: «*¡Cuántos niños en la historia de la Iglesia han encontrado en la Eucaristía una fuente de fuerza espiritual, a veces incluso heroica! ¿Cómo no recordar, por ejemplo, los niños y niñas santos, que vivieron en los primeros siglos y que aún hoy son conocidos y venerados en toda la Iglesia? Santa Inés, que vivió en Roma; santa Águeda, martirizada en Sicilia; san Tarsicio, un muchacho llamado con razón “el mártir de la Eucaristía”, porque prefirió morir antes que entregar a Jesús sacramentado, a quien llevaba consigo. Y así, a lo largo de los siglos hasta nuestros días, no han faltado niños y muchachos entre los santos y beatos de la Iglesia. Al igual que Jesús muestra en el Evangelio una confianza particular en los niños, así María, la Madre de Jesús, ha dirigido siempre, en el curso de la historia, su atención maternal a los pequeños. Pensad en santa Bernardita de Lourdes, en los niños de La Salette y, ya en este siglo, en Lucía, Francisco y Jacinta de Fátima*».

La vocación sacerdotal

JAVIER PUEYO VELASCO, HNSSC

SAN PÍO X es un ejemplo de la fructificación apostólica que tiene el trabajo por la propia santificación. José Sarto vivió en toda su profundidad la exigencia de la santidad que encerraba su vocación sacerdotal, y cuando la Providencia quiso elevarlo a la Sede de Pedro, su deseo de reforma del mundo, de la Iglesia, y en concreto del clero, tuvo un especial vigor. En palabras de Pío XII en su canonización: «Él realizó en sí mismo, antes que en los otros, el citado programa: recapitular y llevar todo a la unidad en Cristo».¹

Este deseo de recapitular todo en Cristo fue formulado en su encíclica programática *E supremi apostolatus*: «en el desempeño de nuestro pontificado tenemos este único propósito: instaurar todas las cosas en Cristo».² Con el «*Instaurare omnia in Christo*» expresaba su deseo de que la humanidad, que, apartada de Dios, «busca la paz inútilmente porque la justicia está desterrada de allí donde Dios está ausente», encuentre esta paz precisamente en su retorno a Cristo, en la ordenación de todas las cosas humanas a nuestro Señor. En la misma línea que los pontífices anteriores, el papa Pío X no sólo exhortaba al pueblo cristiano a tener un ideal alto, el ideal de la conversión de la humanidad y el sometimiento de todas las cosas humanas a Cristo, sino que lo proponía como objeto de esperanza cierta: las Escrituras nos enseñan que el triunfo está del lado de Dios,³ y esto «lo creemos y esperamos con fe cierta, lo que no impide que cada uno por nuestra parte procuremos apresurar la obra de Dios».⁴

Este ideal, o mejor dicho, esta esperanza, es la inspiradora de la acción apostólica del pontificado de san Pío X. La colaboración del hombre en esta obra divina consiste, explicaba también Pío XII en la canonización de nuestro santo, «en hacer que la Iglesia esté mejor dispuesta para llevar a los hombres a Cristo».⁵ No se trata tanto de trabajar sobre el mundo, sino en trabajar para que la Iglesia sea, de manera más eficaz, el instrumento de salvación por el que Cristo actúa en la historia. En esta clave debemos entender su idea de la vocación sacerdotal,

que él mismo vivió en el más alto grado de santidad.

En la citada encíclica programática, el Papa enumera los principales medios por los cuales pretende colaborar en la consecución de esta esperanza. El primero de ellos es precisamente la formación de buenos sacerdotes: «Y ya apenas es necesario hablar de los medios que nos pueden ayudar en semejante empresa, puesto que están tomados de la doctrina común. De vuestras preocupaciones, sea la primera formar a Cristo en aquellos que por razón de su oficio están destinados a formar a Cristo en los demás. Pienso en los sacerdotes».⁶ En segundo lugar, el nuevo Papa pide a los obispos una especial diligencia en el cuidado de los sacerdotes jóvenes: «Otra cosa: que los sacerdotes principiantes y los recién salidos del seminario no echen de menos vuestros cuidados. A éstos —os lo pedimos con toda el alma—, atraedlos con frecuencia hasta vuestro corazón, que debe alimentarse del fuego celestial, encendedlos, inflamadlos de manera que anhelan sólo a Dios y el bien de las almas».⁷

Por tanto, el magnánimo ideal que anima el pontificado de Pío X es la raíz de una concepción no menos grande de la vocación sacerdotal: el sacerdote, que participa de la misma misión del Señor, es un instrumento privilegiado a través del cual el Señor actúa en un mundo enfermo y necesitado de redención para la restauración de todas las cosas en Cristo. Si el mundo, herido por el pecado, tiene su esperanza de salvación sólo en Dios, es el sacerdote el medio principal a través del cual Dios actúa para salvarlo. La esperanza del Papa en una restauración católica que abarque a toda la humanidad y a todos los aspectos de la vida humana no se basa en la acción social o política, ni siquiera en la acción pastoral entendida como actuación humana, sino en la acción sobrenatural de Dios sobre el mundo a través de su presencia mística en los cristianos, y en especial en el sacerdote, cuya misión es descrita por el Papa como una prolongación de la misma y única misión de Cristo.

El padre Orlandis animaba a los miembros de Schola Cordis Iesu a fundar su acción apostólica y su esperanza en la restauración de todas las cosas en Cristo, no en las fuerzas humanas o «en los medios

1. Pío XII, *Homilía de canonización de san Pío X* en *CRISTIANDAD* 245 (1954), pp. 214-218.

2. SAN PÍO X, *E supremi apostolatus* en *Actae Sanctae Sedis* 36, Romae, 1903-1904, p. 131.

3. Íd., p. 132.

4. Íd., p. 132.

5. Pío XII, *Homilía...*, p. 214.

6. SAN PÍO X, *E supremi...*, p. 134.

7. Íd., p. 135.



semihumanos y ordinarios que nuestra pobre razón puede excogitar» sino en «*la práctica y difusión de una sincera devoción al Sagrado Corazón de Jesús*». ⁸ De un modo similar, el Papa fundamenta su esperanza, y la acción apostólica que se deriva de ésta, en la unión de corazón de los fieles cristianos con Cristo, único en quien realmente se asienta la esperanza cristiana. Esta unión de cada miembro de la Iglesia con su Cabeza como fundamento de la vocación apostólica de todo cristiano encuentra su expresión privilegiada en «*aquel que desempeña el sacerdocio, pues se le denomina otro Cristo no sólo por la participación de su potestad, sino porque imita sus hechos, y de este modo lleva impresa en sí mismo la imagen de Cristo*». ⁹ Es decir, de forma especialísima el sacerdote está llamado a una unión profunda con Cristo para ser cauce transparente de la acción del Redentor en el mundo de hoy. De ahí que, cuando en esta encíclica programática habla de la formación de los futuros sacerdotes y del cuidado de los recién ordenados, no se refiere primariamente a la adecuada formación humana o pastoral, sino primordialmente a «*formar a Cristo en aquellos que por razón de su oficio están destinados a formar a Cristo en los demás*». ¹⁰ Esta presencia mística de Cristo en el mundo a través de los cristianos es el verdadero objetivo pastoral del Papa, y para ello, el

sacerdote tiene un papel fundamental. De esta manera el sacerdote, en cuanto instrumento al servicio del altísimo ideal que anima a san Pío X, es visto en su aspecto puramente sobrenatural, como presencia mística del Redentor en nuestro mundo, de manera que puede afirmar el Papa: «*¡qué cuidado debéis poner, Venerables Hermanos, en la formación del clero para que sean santos! Es necesario que todas las demás tareas que se os presentan, sean cuales fueren, cedan ante ésta [...]; encendedlos, inflamadlos, de manera que anhelan sólo a Dios y el bien de las almas*». ¹¹

Es por tanto una concepción muy grande de la vocación sacerdotal la que nos transmite esta primera encíclica de san Pío X, como aquello que el mundo necesita de manera privilegiada en orden a su redención, a su sanación, a su ordenación definitiva a Dios. Desde esta perspectiva profunda debemos entender el resto del magisterio de san Pío X acerca de la formación sacerdotal. La encíclica *Acerbo nimis* (1905) sobre la enseñanza de la doctrina al pueblo cristiano, la *Pascendi* (1907), que trata de iluminar a la Iglesia sobre el error modernista, o el motu proprio *Doctoris Angelici* (1914), que exhorta a orientar el estudio de la teología según las líneas maestras de la doctrina de santo Tomás de Aquino, debemos entenderlos, según hemos visto en la encíclica programática, como orientados a este ideal de instauración de todas las cosas en Cristo que se realiza a través de la unión de los fieles cristianos, y de modo privilegiado de los sacerdotes, a la persona de Cristo a través de la fe.

En la misma línea debemos comprender la exhortación apostólica *Haerent animo* (1908) sobre el ministerio sacerdotal. En continuidad con la encíclica programática el Papa subraya la necesidad de la santidad del sacerdote para que sea «*luz del mundo y sal de la tierra*». ¹² Las exhortaciones que el Papa dirige a los sacerdotes a la santidad están bañadas de un amor paternal, especialmente hacia los más tibios, para reconducirlos al fervor. Si el sacerdote no es santo, si no está unido a Cristo, no es posible que ejerza adecuadamente su ministerio, pues el sacerdote «*no ejerce su función en nombre propio, sino en el de Jesucristo*». ¹³ Sólo en la medida en que está unido a Él puede ser eficaz en el cumplimiento de su función. Esta unión con Cristo se realiza especialmente en dos ámbitos: primero, la celebración del Santo Sacrificio de la Misa, que el sacerdote debe cuidar con especial esmero; ¹⁴ Pío XII

8. ORLANDIS, R., *Pensamientos y ocurrencias en CRISTIANDAD* 269 (1955), pp. 200-202.

9. SAN PÍO X, *E supremi...*, p. 134.

10. ÍD., p. 134.

11. ÍD., p. 134.

12. SAN PÍO X, *Haerent animo* en *Actae Sanctae Sedis* 41, Romae, 1908, pp. 557.

13. ÍD., p. 557.

14. ÍD., p. 558.

habla de una «nueva primavera de vida eucarística» durante el pontificado de san Pío X, pues «no conoció otro camino para llegar al amor heroico de Dios y a la generosa correspondencia con el Redentor»; de ahí que san Pío X exhortaba a que los sacerdotes «orientasen confiadamente hacia el sol eucarístico toda su actividad de vida y de apostolado»¹⁵. Segundo, en el cultivo de la unión íntima y personal con Cristo, que el Papa antepone en importancia a toda acción apostólica: «hay quienes piensan que el sacerdote debe emplearse por entero en el bien de los demás; éstos no prestan suficiente atención a las virtudes que ellos llaman pasivas, por las que el hombre se perfecciona a sí mismo, y afirman que todo el cuidado y todo el esfuerzo deben emplearse en adquirir y predicar las virtudes que llaman activas. Es para admirarse la falsedad y el engaño que esta doctrina encierra».¹⁶ El Papa centra esta exhortación a la santidad del sacerdote en la imitación de Cristo, «Maestro y ejemplo de toda santidad»,¹⁷ pues «sólo la santidad nos hace tales como nos quiere nuestra vocación divina, es decir, hombres crucificados para el mundo [...], que tienden exclusivamente a las cosas del Cielo y ponen todo su esfuerzo en llevar también a los demás hacia ellas».¹⁸ La santidad de vida impulsará al sacerdote a no descuidar su acción pastoral, pues el propio Señor se dedicó a la predicación y a la búsqueda de los perdidos,¹⁹ pero desde la unión profunda y la identificación con Cristo para poder ser después instrumento dócil en sus manos.

La encíclica pontificia subraya con vigor el principal medio para que el sacerdote alcance esta san-

tividad de vida: la oración, que citando a san Juan Crisóstomo afirma que es absolutamente necesaria para la práctica de la virtud.²⁰ La propia debilidad del sacerdote, la falta de virtud, la esterilidad de su trabajo, las tentaciones, los sufrimientos interiores o el crecimiento del pecado a nuestro alrededor, deben ser para el sacerdote estímulos para elevar su alma a Dios y buscar su consuelo en la oración.²¹ La actividad externa nunca debe ser excusa para que el sacerdote abandone el tiempo dedicado a la oración.²² En orden a esta vida de oración y de intimidad con Cristo, el sacerdote debe seleccionar bien sus lecturas, para que no se introduzca en su alma el error o la superficialidad, y debe ser diligente en el frecuente examen de conciencia. Otro de los medios que subraya el Papa es la promoción de asociaciones sacerdotales que «unan a los sacerdotes con vínculos fraternos más estrechos [...], para prestarse mutuamente apoyo en las necesidades [...], para perfeccionar su conocimiento de las ciencias sagradas, y más todavía para afianzar la vocación y para procurar el bien de las almas».²³

San Pío X tenía una tierna devoción a María, y a ella confiaba de manera especial la santidad de sus sacerdotes, pues «Ella enseñó con su ejemplo a los primeros sacerdotes cómo debían perseverar en la oración hasta ser revestidos de la virtud de lo alto; ella les obtuvo esta virtud, más abundantemente con sus ruegos y la aumentó y fortaleció con sus consejos, cuajando en eficacia sus trabajos».²⁴ Por tanto, pidamos a María por la santidad de los sacerdotes, para que un siglo después de las enseñanzas de este santo, que se santificó como párroco antes que como Papa, se haga más presente en nuestro mundo la acción de Cristo a través de sus sacerdotes.

15. Pío XII, *Homilía...*, p. 218.

16. SAN Pío X, *Haerent ...* p. 561.

17. ÍD., p. 561.

18. ÍD., p. 564.

19. ÍD., pp. 562-563.

20. ÍD., p. 564.

21. ÍD., p. 565.

22. ÍD., p. 568.

23. ÍD., pp. 575-576.

24. ÍD., p. 577.

Los principios de santo Tomás

No se puede admitir la opinión de algunos ya antiguos, según la cual es indiferente, para la verdad de la fe, lo que cada cual piense sobre las cosas creadas, con tal de que la idea que tenga de Dios sea correcta, ya que un conocimiento erróneo acerca de la naturaleza de las cosas lleva a un falso conocimiento de Dios; por esto se deben conservar santa e inviolablemente los principios filosóficos establecidos por santo Tomás, a partir de los cuales se aprende la ciencia de las cosas creadas de manera congruente con la fe, se refutan los errores de cualquier época, se puede distinguir con certeza lo que sólo a Dios pertenece y no se puede atribuir a nadie más, se ilustra con toda claridad tanto la diversidad como la analogía que existen entre Dios y sus obras.

SAN Pío X: motu proprio *Doctoris Angelici*
(27 de julio de 1914)

«Apartarse de santo Tomás, principalmente en metafísica, no será sin grave daño»

ENRIQUE MARTÍNEZ

La encíclica «Pascendi» de san Pío X frente al modernismo

EXPLICABA Alberto Caturelli que, estando en un Congreso Internacional de Filosofía en Düsseldorf, fue elegido papa Juan Pablo I —el 26 de agosto de 1978—; al comunicárselo a un profesor de la Universidad Gregoriana con el que coincidió, éste «se demudó y con cara de disgusto, me dijo: “Mucho me temo que lo rodeen teólogos reaccionarios y vuelva a actualizar esa desgraciada encíclica *Pascendi*”». Y continuaba Caturelli: «No dudo en calificar la *Pascendi* como una encíclica profética ... Ahora, de acuerdo con los caracteres que ha adquirido tanto la sofística inmanentista contemporánea cuanto la ‘teología’ neomodernista, la actualidad de la ‘desgraciada’ encíclica *Pascendi* es admirable». ¹ Y es que, como se preguntaba el papa Pablo VI, «¿no es el progresismo actual lo mismo que el modernismo?».

Esta encíclica «sobre las doctrinas de los modernistas» fue publicada en septiembre de 1907 por el papa Pío X, el primer sumo pontífice canonizado después de san Pío V. Una de las preocupaciones fundamentales de este papa santo fue vigilar con diligencia suma el sagrado depósito de la fe, según anunciaba en su encíclica programática *E supremi* (octubre de 1903). Constatando que los errores doctrinales no solo provenían de fuera de la Iglesia, sino que se propagaban en su mismo seno, particularmente en las aulas de las instituciones católicas, se determinó a desenmascararlos, identificándolos bajo el nombre de «modernistas». Para ello escribió la encíclica *Pascendi Dominici gregis*, en la que no sólo condenó el modernismo, sino que lo explicó con detalle.

Este análisis detallado de una herejía —más aún, del «conjunto de todas las herejías» (n. 38)— es debido a que era necesario mostrar su raigambre filosófica. Sin ello, el modernismo podría quedar disimulado por un lado en la dispersión doctrinal, de difícil sistematización, y por otro en apariencias piadosas de renovación eclesial: «Se presentan, con desprecio de toda modestia, como restauradores de la Iglesia ... Juntan a esto, y es lo más a propósito para engañar, una vida llena de actividad, constancia y ardor singulares hacia todo género de estudios, aspirando a granjearse la estimación pública por sus costumbres, con

frecuencia intachables» (nn. 1-2). No obstante, hay algo que los delata con facilidad: «Desprecian toda autoridad y no soportan corrección alguna» (n. 2).

Importaba, por tanto, identificar los principios filosóficos sobre los que se apoya el «cuerpo definido y compacto» del modernismo (n. 38), aun cuando su presentación pública en la sede académica siempre es vaga y dispersa, según aquello que san Cirilo usaba para definir al hereje Nestorio: «el hombre ambiguo». Pues bien, ese principio filosófico común tomado del idealismo, que da orden al sistema modernista entonces y en nuestros días al ser aplicado a la religión, no es otro que el inmanentismo. Y así, «del consorcio de la falsa filosofía con la fe ha nacido el sistema de ellos [los modernistas], inficionado por tantos y tan grandes errores» (n.42).

Por causa del inmanentismo, explicaba José M^a Petit, para el modernismo «la religión no tiene otro fundamento que el sentimiento religioso y de ahí que considere la Escritura como mero testimonio de una cierta conciencia social de tal sentimiento». ² De ahí que los modernistas ataquen de todas las maneras posibles el orden sobrenatural, de modo que «asaltan con audacia todo cuanto hay de más sagrado en la obra de Jesucristo, sin respetar ni aun la propia persona del divino Redentor, que con sacrílega temeridad rebajan a la categoría de puro y simple hombre» (n. 1).

Santo Tomás, remedio contra el modernismo

POR esto último la encíclica *Pascendi* dedicó todos sus esfuerzos a defender la primacía de lo sobrenatural. Así lo explica Petit: «Siendo el modernismo a la vez la ‘explicación’ racional del ‘fenómeno’ religioso, consistente todo él en un sentimiento humano de alienación respecto de lo absoluto, y desplegándose, por tanto, en una continua elaboración y a la vez rectificación de las formas religiosas, la única manera efectiva de luchar contra su multiforme manifestación es la de sostener firmemente la supremacía de la revelación divina sobre la naturaleza humana». ³

2. JOSÉ M^a PETIT, «La condenación del modernismo por san Pío X», en *CRISTIANDAD* 868-869 (noviembre-diciembre 2003), pp. 4-5.

3. Idem.

1. Alberto Caturelli, *Gladius* 23 (2005) 64, pp. 59-73.

Si el inmanentismo es el pernicioso principio que estructura el modernismo, y la defensa de la fe exige reclamar la primacía de lo sobrenatural, qué mejor remedio que acudir a santo Tomás de Aquino, de quien son aquellas luminosas palabras al inicio de la *Summa theologiae*: «Como quiera que la gracia no suprime la naturaleza, sino que la perfecciona, es necesario que la razón natural esté al servicio de la fe, de la misma forma que la tendencia natural de la voluntad se somete a la caridad. De ahí lo que dice el Apóstol en 2 Cor 10, 5: Cogemos prisionero todo pensamiento humano sometiéndolo a Cristo» (S.Th. I, q.1, a.8 ad 2). Y es que «la armonía entre la naturaleza creada y la gracia comunicativa de vida divina –afirmaba Francisco Canals– es en lo que consiste, según mi parecer, el mensaje nuclear del pensamiento teológico y filosófico [del Aquinate]».⁴

De ahí que el primer remedio contra el modernismo propuesto por san Pío X en la encíclica *Pascendi* fuera el siguiente: «En primer lugar, pues, por lo que toca a los estudios, queremos, y definitivamente mandamos, que la filosofía escolástica se ponga por fundamento de los estudios sagrados... Es preciso notar que, cuando prescribimos que se siga la filosofía escolástica, entendemos principalmente la que enseñó santo Tomás de Aquino». Y añadía: «A los maestros les exhortamos a que tengan fijamente presente que el apartarse del Doctor de Aquino, en especial en las cuestiones metafísicas, no será sin grave daño» (n. 46); exhortación que reiteró en el motu proprio *Sacrorum antistitum* (septiembre 1910) y en el motu proprio *Doctoris Angelici* (julio 1914), falleciendo dos meses después.

¿Y por qué ese acento en las cuestiones metafísicas? Por lo ya mencionado con anterioridad: el inmanentismo no deja de ser un principio filosófico tomado de la metafísica idealista, y en ese mismo campo de batalla hay que combatirlo. La inmanentización del orden sobrenatural en la naturaleza presupone una absolutización de ésta, capaz de elevarse por sus propias fuerzas hasta lo divino. Frente a esto, es necesario desarrollar una sana metafísica capaz de dar razón del orden de las creaturas en su dependencia del Ser divino, absolutamente trascendente; pero que por un designio libérrimo de comunicación de su Bondad, hace partícipe de su Ser a las creaturas siempre según medida de su esencia potencial, y principalmente en la creatura intelectual, imagen de Dios.

Tal es la metafísica del ser de santo Tomás de Aquino. Sobre este fundamento es posible luego hablar teológicamente de la elevación por la gracia de

la naturaleza, dejando a salvo tanto la trascendencia del orden sobrenatural, como la efectiva elevación del orden natural. De este modo, la metafísica del Doctor Angélico puede decirse que es la más alta manifestación de la filosofía cristiana, que «coge todo pensamiento humano sometiéndolo a Cristo», según la cita de san Pablo mencionada. Y por esta razón santo Tomás fue propuesto por el papa León XIII para restaurar la «filosofía cristiana» (encíclica *Aeterni Patris*), y por el papa san Pío X para combatir el modernismo.

La Escuela Tomista de Barcelona

Es a la luz de este propósito de la encíclica *Pascendi* que debe entenderse la misión en la Iglesia de la Escuela Tomista de Barcelona, nacida de los escritos del padre Ramón Orlandis y de su magisterio personal con Jaime Bofill y Francisco Canals. Por una parte, el reconocimiento de la distinción y armonía de los órdenes natural y sobrenatural, con el apoyo de la adecuada fundamentación metafísica. En palabras de Francisco Canals, esta misión consiste en «reconocer la congruencia y armonía de las verdades más fundamentales de la metafísica y del pensamiento sobre el hombre de santo Tomás de Aquino –que nos hacen más manifiesta la coherencia de la aspiración humana a la contemplación racional de lo que, por ser el primero de los entes, es la Verdad primera y el Bien supremo– con la fe en lo que nos revela Dios por su eterna Palabra, por la que constituyó a todos los entes creados en la unidad del universo a Él ordenado, y con el acto pleno de la caridad teológica, inseparable de la perfección del acto supremo contemplativo y de la felicidad humana suprema y eterna».

Mas ello con una finalidad de servicio eclesial a la fe católica, y no «desde una delimitación meramente especulativa e intelectual de nuestro ‘tomismo’». Por el contrario... el rasgo propio de la actitud con que se acerca a las obras del Doctor Angélico la llamada Escuela Tomista de Barcelona es básicamente una ‘actitud eclesial’, buscando en ellas lo que la Iglesia mostró al recomendarlas: una nutrición y... orientación de la vida espiritual y del servicio apostólico».⁵

Por eso, la Escuela Tomista de Barcelona no encuentra nunca su finalidad última en la filosofía, sino que desde la verdadera filosofía cristiana está principalmente al servicio de la fe y de la esperanza del Reino de Cristo, haciendo suyo el lema del santo pontífice Pío X: *Instaurare omnia in Christo*.

4. Francisco Canals, «Introducción», en *Sant Tomàs d'Aquino, Antologia metafísica*, Barcelona, Edicions 62, 1991, p.21.

5. Francisco Canals, «La Escuela Tomista de Barcelona en Schola Cordis Iesu», *Obras Completas v.I*, pp. 378-379.

Pío X y la Iglesia de Francia

GERARDO MANRESA PRESAS

La política contra la Iglesia en la III República francesa

EL día 18 de setiembre de 1878, Leon Michel Gambetta, ministro del Interior en la III República francesa, pronunció, en la ciudad de Romans-sur-Isère, un discurso que resumió en una famosa expresión: «Le cléricalisme est l'ennemi». A partir de aquellas fechas a lo largo de más de veinticinco años se fue consumando el acoso del Gobierno de la República francesa contra la Iglesia.

En aquella época toda la asistencia social, sanitaria y cultural en la nación era desarrollada por la Iglesia en prácticamente todos los niveles. Poco a poco la legislación fue eliminando de la sociedad francesa todo elemento religioso. Los sacerdotes son excluidos de toda labor espiritual en los hospitales y en los centros de beneficencia, las monjas de los hospitales son sustituidas por mujeres laicas, se transforma en laica la enseñanza primaria suprimiendo todo elemento religioso, prohibición de toda enseñanza por parte de las congregaciones religiosas, prohibición de la libertad de asociación a todas las congregaciones. Toda esta legislación se fue desarrollando a lo largo de los años del pontificado de León XIII, que no pudo impedirlo a pesar de los esfuerzos realizados.

En estas condiciones accede a la sede pontificia Pío X y una de sus primeras acciones fue escribir al presidente de Francia, Loubet, pidiendo que intercediera ante el Gobierno para que flexibilizara su postura, pues la ira jacobina iba creciendo. Lejos de interceder Loubet contestó a Pío X que él no podía hacer nada, pues era el Gobierno quien gobernaba y como fruto de esta súplica se aprobó la ley que ordenaba la supresión en diez años de todas las congregaciones religiosas de enseñanza. Esta determinación llevó a la expoliación de todos los bienes de las congregaciones a favor del Estado.

Al mismo tiempo las acciones de ofensa a la Iglesia continuaron con la visita del presidente de Francia al rey de Italia en la ciudad de Roma, ciudad robada por la casa de Saboya a la Santa Sede y pese a la advertencia del Secretario de Estado de la ofensa que ello significaría, prosiguieron igualmente con la visita, alojándose en el palacio del Quirinal, antigua sede de los sumos pontífices. La protesta del cardenal Merry del Val motivó la retirada del embajador francés del Vaticano.

Paralelamente sucedió el caso de falta de disciplina de los obispos franceses de Laval y de Dijon. Estos fueron llamados a Roma para responder de sus actos, pero el Gobierno francés prohibió su viaje aduciendo que siendo el nombramiento de obispos cosa del Gobierno francés, la Santa Sede se «entrometía» en los asuntos de Francia. La exigencia del Gobierno era que o bien el Vaticano anulaba estas exigencias o se rompían las relaciones. Siendo el asunto de grave importancia para la fe de los católicos franceses, Pío X no podía aceptar de ningún modo estas exigencias, por lo que el gobierno francés rompió las relaciones con la Santa Sede. Era el 30 de julio de 1904.

Tras unos meses de silencio Pío X habló con decisión animando a los católicos franceses a sufrir con valentía este acoso, confiando en las palabras de Cristo: «No temáis, yo he vencido al mundo».

Un año después de esta alocución, el 9 de diciembre de 1905, el Gobierno y el Parlamento francés, pasando por encima de los sentimientos populares, aprobaban la ley de separación de la Iglesia y el Estado. El Papa recibió esta noticia con profundo pesar y durante dos meses se dedicó a orar, e incluso llorar, ante el Señor para que le iluminara para tomar la mejor solución.

La respuesta de la Iglesia: «Vehementer Nos»

EL 11 de febrero de 1906 apareció la encíclica *Vehementer Nos*. Pío X juzgaba la ley de separación, analizando objetivamente todos sus términos, sus insidias y sus contradicciones y condenándola como subversora de los derechos de Dios y de su Iglesia, así como también del orden social y de la libertad cristiana. La encíclica se dirige a los obispos y al clero de Francia y tiernamente les hace ver cómo se han ido desarrollando las cosas en los últimos años totalmente preparadas para este final. El corazón del Papa está ahora más que nunca cerca del pueblo católico francés, de sus obispos y de sus sacerdotes.

Aparte de las razones expuestas, Pío X expone otra aún más grave si cabe: «Rotos los pactos del Concordato, la consecuencia natural tendría que ser la de dejar a la Iglesia su independencia. El Estado no lo ha hecho, sino que ha puesto a la Iglesia bajo la dominación del poder civil, en durísimas condi-

ciones». ¹ El Estado había creado unas «asociaciones de culto», asociaciones laicas que dependían del Estado. Declaradas las iglesias propiedad de los municipios y considerados los sacerdotes como simples ocupantes de las mismas, estas asociaciones debían cuidarse del culto, sin ninguna injerencia de la autoridad eclesiástica. Con este crimen los nuevos jacobinos del Sena creían poner en el cepo a la Iglesia para esclavizarla al Estado, negándole toda dignidad, en la esperanza de ver humillados a sus pies a los obispos y sacerdotes.

Pío X, apoyado únicamente en la fortaleza que da el Señor, no se doblegó ante las falacias de la hipocresía y de la mentira, y concluyó la encíclica con estas palabras: «Nos reprobamos y condenamos la ley que ha sido votada en Francia sobre la separación de la Iglesia y del Estado, como gravemente injuriosa para con Dios, de quien ella reniega oficialmente al proclamar el principio de que la República no reconoce ninguna religión. Nos la reprobamos porque viola gravemente el derecho natural, el derecho de gentes y la fidelidad debida a los tratados públicos».

Los nuevos obispos de Francia, elegidos por la sola voluntad de Pedro

DESPUÉS de esta clara, vigorosa y justa condenación de la ley, la Iglesia debería iniciar una nueva época en Francia. En adelante los obispos no dependerán de París, sino sólo de Roma. Apenas quince días después de la aparición de la encíclica, Pío X nombra catorce nuevos obispos para otras tantas diócesis francesas sin tener que esperar las designaciones o permisos del Gobierno de París. En febrero de 1906, en una solemne ceremonia en San Pedro de Roma, Pío X les ordena obispos con una difícil misión y les dice: «No os he llamado para los honores y para la gloria, sino para la persecución y el Calvario: os he llamado para llevar una cruz muy pesada. Envidio vuestra suerte. Quisiera venir con vosotros para participar de vuestros dolores y de vuestras angustias, para estar a vuestro lado con palabras de consuelo divino». ² Eran los primeros obispos de la separación, obispos de espíritu apostólico, orgullosos de llamarse los «obispos de Pío X». ³ Esta fue la primera respuesta del Santo Padre al Gobierno francés; pero no fue la única.

1. Encíclica *Vehementer Nos*, san Pío X.

2. Card. R. MERRY DEL VAL, *Pío X: Impresione e ricordi*. Padua 1949.

3. Diez de estos obispos vivían aún en el año 1923 y en carta colectiva pidieron la beatificación de Pío X, su augusto consagrador, y se proclamaban «los obispos de la separación, elegidos por la sola voluntad de Pedro».

Para la creación de las asociaciones se dio el plazo de un año. En caso de que el clero no las constituyese todos los bienes pasarían al Estado. A la Iglesia de Francia se le presentó un dilema terrible: o aceptaba las «asociaciones de culto», lo cual significaba sacrificar la constitución divina de la Iglesia o las rechazaba, lo que significaba renunciar a un ingente patrimonio y reducir a la miseria a cien mil sacerdotes franceses. Parecía que a la Iglesia no le quedaba otro remedio que aceptar las «asociaciones de culto», como proponía la ley, como experimento. El conde de Mon, el gran luchador de la acción social cristiana en Francia veía en estas asociaciones la espada de Damocles pendiendo sobre la Iglesia de Francia.

Las asociaciones de culto. La encíclica «Gravissimo officii munere»

EL episcopado francés, reunido en asamblea plenaria, bajo la presidencia del cardenal Richard, arzobispo de París, se decantó, con sólo dos votos en contra, por la no aceptación de las asociaciones laicas de culto. Se planteó la posibilidad de salvar el patrimonio de la Iglesia de Francia transformando dichas asociaciones de forma que fueran, por un lado, legales, cumpliendo la ley, y por otro lado canónicas, es decir manteniendo el derecho de la Iglesia. Los obispos se decantaron mayoritariamente por plantear esta posibilidad, sin prever que un simple correctivo de la jurisprudencia no permitiría cambiar la ley.

Paralelamente el Papa estudiaba el tema en Roma, teniendo en cuenta las terribles consecuencias que podría ocasionar una determinación mal tomada. También en Roma había cardenales que, viendo la situación del clero de Francia e intentando salvar el patrimonio, presionaban al Papa para que se aceptaran las «asociaciones de culto» en plan experimental.

El Papa no se precipitó en su decisión y la maduraba delante del Crucifijo, pues no se trataba de decidir entre intereses y conveniencias, sino en un tema, en el que un error podía ser fatal y también para el Papa era necesario que la Iglesia de Francia, representada por su episcopado formara un corazón y una sola alma con él. Finalmente el 10 de agosto, con la encíclica *Gravissimo officii munere*, lanzaba el Papa la sentencia esperada con ansiedad desde hacía seis meses aniquilando para siempre las esperanzas de la secta de ver a la Iglesia sometida, por intereses económicos, al Estado. El Papa no negaba la posibilidad de crear nuevas asociaciones, que pudieran ser legales y canónicas el mismo tiempo, pero afirmaba: «Pero no existiendo, desgraciadamente, esperanza, mientras la ley sea lo que es, Nos declaramos que no es lícito hacer ensayo de ninguna aso-

ciación, mientras no conste, en modo legal y seguro, que la divina constitución de la Iglesia, los derechos del Romano Pontífice y de los obispos, así como su autoridad sobre los bienes necesarios de la Iglesia y particularmente sobre los edificios sagrados, serán tutelados por dichas asociaciones, con toda seguridad. Pretender lo contrario sería traicionar a nuestra misión y desear la ruina de la Iglesia de Francia».⁴

El gobierno de Francia, fracasado en su plan. La tercera encíclica: «Une foi encore»

TODA la Iglesia estaba con el Papa en su lucha y su resistencia. Los más ardientes partidarios de la ley de separación estaban convencidos de que después de protestar por ello la Iglesia de Francia aceptaría la sumisión, pues como había dicho Arístides Briand, el principal autor de la separación, en el Senado, «no se dejan perder así como así 400 millones de francos». Fue un duro golpe para el Gobierno de París. Pocos días después de la aparición de la encíclica, Clemenceau, otro de los primeros en apoyar la ley se lamentaba diciendo que, «Lo habíamos previsto todo menos lo que ha sucedido: que Pío X rehusara aceptar las leyes del culto». La ley de separación había nacido muerta, pues su finalidad había fracasado.

Una vez fracasado el plan que pretendía el Gobierno francés, comenzó el ataque contra el «Soberrano extranjero» que imperaba sobre las conciencias, la intimación al viejo cardenal Richard para que abandonara el palacio episcopal. Se invadió la Nunciatura Apostólica, registrando y expoliando los archivos y se confiscó inmediatamente todas las posesiones que la Iglesia tenía en Francia,⁵ profanaron las iglesias, expulsaron a los obispos de sus sedes, cerraron seminarios y expoliaron a los clérigos en todos sus derechos, sin investigaciones, sin defensa, sin juicios. La reacción del pueblo católico no se hizo esperar. Estalló unánime, y hubo episodios de heroísmo, pero también de extrema violencia.

Al darse cuenta el Gobierno francés de que había lanzado al país al desorden religioso y social, se apresuró a votar una ley que concedía el uso gratuito de las iglesias, por medio de un «contrato administrativo» entre los prefectos de los departamentos y los obispos, o entre los alcaldes de los municipios y los párrocos. Pío X autorizó este tipo de contratos provisionalmente, pero el mismo Gobierno, ya en plena anarquía legal, como confesaban sus propios defensores, volvió a prohibir estos contratos.

4. Encíclica *Gravissimo officii munere*, de san Pío X.

5. Desde entonces todas las iglesias de Francia son propiedad del Estado.

No es frecuente que el Santo Padre publique tres encíclicas sobre un mismo tema, pero la situación en Francia era muy grave, con persecución de los sacerdotes y pueblo católico y difamación del Soberrano Pontífice; por todo ello el Papa en enero de 1907 alzaba por tercera vez la voz y con viva emoción, después de negar las acusaciones de provocación con que el Gobierno francés le tildaba, expresaba su participación en los dolores de la nación francesa y el consuelo que le producía la concordia y unión del pueblo católico con la Sede Apostólica, a pesar de los innumerables sufrimientos que padecía. Para él ello era «prenda de segura victoria e indefectible triunfo».⁶

Pío X, el salvador de la Iglesia de Francia

EL pueblo católico francés comprendió el sublime gesto del papa Pío X y su generosa caridad se desbordó. Mantuvieron el esplendor del culto, el decoro de sus obispos, el sustento de sus sacerdotes, la vida de las escuelas, de sus seminarios y de sus hospitales. Era la respuesta inconfundible que la Providencia daba a los temerosos de los primeros momentos. Si el espectáculo de la unión y de la concordia del generoso pueblo francés, prestando su ayuda al clero reducido a la condición de mendigo, ponía en labios de los obispos franceses un himno de reconocimiento a Pío X, de los labios de éste se elevaba un himno de acción de gracias a Dios.

El 19 de noviembre de 1908, ante una gran muchedumbre de peregrinos franceses, el Santo Padre desgranaba un himno: «No cesaré nunca de dar gracias a Dios por haberme inspirado el consejo de decir a mis hijos de Francia: seguidme en el dolor; mi único lamento es no poder estar con vosotros para sufrir y combatir juntos la batalla de Dios, porque de vuestro país me han llegado las más hermosas consolaciones; Francia se ha mostrado verdaderamente hija primogénita de la Iglesia, no solamente con palabras, sino con el más espléndido de los hechos. (...) ¡Oh! He llorado el *Miserere* por las vicisitudes de la Iglesia de Francia, he entonado también el *Te Deum* de la consolación cada vez que he pensado en los sacrificios que los fieles franceses soportan por amor de la Iglesia: es, siempre, el *Te Deum* de la alegría y de la gratitud que se debe cantar».⁷

Trece años más tarde, el mismo Arístides Briand, ahora primer ministro, nombraba nuevo embajador de Francia en la Santa Sede.

6. Encíclica *Une foi encore*, de san Pío X.

7. Pío X, *Actas*.

La renovación de la música religiosa

ANA TOQUERO

No es la primera vez que un análisis del motu proprio *Tra le sollecitudine* (1903) es recogido en esta publicación.¹ Y es necesario que así sea cuando nos encontramos ante uno de los principales documentos sobre la música sagrada de cuántos la Santa Sede ha promulgado. También lo fue en el pontificado de san Pío X y hay que encuadrarlo en el deseo del Papa, según su lema *Instaurare omnia in Christo*, de reformar todos los aspectos de la vida litúrgica, entre los cuales la música es su hilo conductor, y también en su lucha contra el modernismo que había impregnado tantos ámbitos de la vida eclesial.

Pero un documento papal no es un hecho aislado en el Magisterio. Y tampoco es un mero tratado. Son documentos escritos por hombres santos y sabios que han vivido en un tiempo y circunstancias concretas. Por ello tienen que ser analizados con actitud de respeto y teniendo en cuenta la visión de conjunto de cada pontificado.

¿Cuáles son los antecedentes que podemos analizar para entender esta promulgación? Podemos hablar de causas musicales pero también ideológicas desarrolladas a lo largo de los siglos. Las principales preocupaciones, en los muchos documentos promulgados por la Santa Sede, han sido procurar que *la música religiosa sirva* al principal fin para el que es compuesta, es decir *la alabanza a Dios* y por ello evitar la contaminación con lo profano² y la *participación activa del pueblo creyente*.

Entre los antecedentes musicales (no se trata de hacer aquí un relato exhaustivo de lo que ha sido la música sagrada a lo largo de los siglos) sólo destacaré algún hecho que nos sirva como guión para entender qué fue lo que motivó la promulgación de este motu proprio.

Desde los primeros tiempos del cristianismo la música aparece reflejada en numerosos escritos de los Santos Padres³ y también de los papas. El canto monódico (en adelante *canto gregoriano*) y poste-

riormente la polifonía contribuyen al esplendor de la liturgia. Pero es la llegada del movimiento denominado *Ars Nova* en el siglo XIV la que motiva las denuncias de determinados abusos. Así el papa Juan XXII en su documento *Docta Sanctorum Patrum* del año 1325 ya previene de la importancia de la conservación del patrimonio heredado de los santos y de los peligros que traen para el espíritu las nuevas modas, por ejemplo el empleo de letras profanas en los nuevos motetes.

Los primeros intentos de renovación aparecerán en la segunda mitad del siglo XV en la que el contrapunto imitativo de compositores como Josquin y Dufay se muestra más acorde con la solemnidad religiosa. No obstante siguieron componiéndose abundantes obras⁴ que no llega a comprenderse cómo se interpretaron en el ámbito religioso en algún momento. Será el Concilio de Trento (1545-1563) el que dé a la música religiosa un impulso renovador definitivo creando «el espíritu religioso de devoción, de fervor, incluso ascetismo y mística que daría a la Iglesia y al mundo esa corte de santos de la segunda mitad del siglo XVI»,⁵ a la cual no serán ajenos muchos artistas y entre ellos algunos músicos como Cristóbal Morales o Tomás Luis de Vitoria.

Transcurrirán así los siglos siguientes en los que reiteradamente la Iglesia volverá a levantar la voz contra los abusos cometidos en diferentes aspectos como será el uso de los instrumentos⁶, la degeneración en las letras de muchas obras escritas en lengua vulgar y a partir del siglo XVIII la introducción de elementos profanizantes procedentes de la ópera en muchas obras no sólo religiosas sino litúrgicas.⁷

En la segunda mitad del siglo XIX se pueden constatar varias manifestaciones del espíritu reformista que preparan una recepción positiva del motu proprio. Destacamos las siguientes:⁸

5. Cf. José López Calo, *Hilarión Eslava, precursor del cecilianismo en España*.

6. Podemos recordar la cita del padre Feijóo en su discurso 14º del tratado *la música de los templos* en la obra *Teatro crítico universal* en la que dice «El que oye en el órgano el mismo *menuet* que oyó en el sarao, ¿qué ha de hacer sino acordarse de la dama con la que danzó la noche antecedente?».

7. Son muchos los documentos papales de estos siglos que denuncian todos estos hechos. El más conocido será la carta encíclica de Benedicto XIV *Annus qui* (19 de febrero de 1750).

8. Véase la ponencia de Mª Antonia Virgili Blanquet

1. Así se hizo en los números publicados en Octubre de 1944, con un artículo del padre Antonio Massana, S.J., y en el número de noviembre de 2007, con un artículo de Mª del Mar Vives.

2. Cf. CIC, 1156-1158.

3. S. Agustín, sal. 72,1 «*El que canta reza dos veces*».

4. Baste recordar las numerosas *Misas parodia* en las que sobre un *cantus firmus* profano se construía una obra polifónica religiosa.

–Restauración del canto gregoriano llevada a cabo por Dom Guéranger (1805-1875). Esta restauración no puede explicarse solamente en sintonía con el gusto por el medievalismo romántico sino enmarcado en la reflexión litúrgica que se va produciendo en estos años.

–Recuperación de la polifonía clásica. Algunos de los primeros esfuerzos de volver a la esencia de la música religiosa vendrán de un grupo de sacerdotes músicos alemanes que, desde Baviera, iniciarán un movimiento reformador que terminará con la fundación de la *Asociación General Germánica de Santa Cecilia*. Esta asociación fue aprobada por Pío IX el 16 de diciembre de 1870 y su finalidad principal era promover la reforma de la música sagrada. El movimiento *cecilianista* se extenderá por muchos países aunque con diferentes características pues, si bien en Alemania se centrará en recuperar e imitar la polifonía renacentista, en Italia, por ejemplo, se orientará a la creación de una nueva música acorde a los nuevos principios estéticos. Es importante señalar que uno de los prelados que más se esforzaron en este movimiento fue monseñor Giuseppe Sarto, futuro san Pío X. También en España desde la segunda mitad del siglo XVIII se aprecian deseos de reforma, frenados por la situación económica a la que llegaron nuestras catedrales tras la desamortización de Mendizábal que obligan a la disminución de sus efectivos musicales cuando no a su desaparición.

Si nos centramos ahora en el contexto ideológico inmediato a la promulgación del motu proprio varias ideas están presentes en esta segunda mitad del siglo XIX. Como indica la doctora Virgili⁹ las teorías del conocimiento que arrancan del racionalismo y empirismo llevan a cuestionar la propia esencia del arte (y por ello de la música), entendido ya no como un reflejo de la creatividad divina sino como un reflejo del subjetivismo romántico que no deja espacio a la trascendencia y aleja a los fieles del sentido comunitario de la liturgia. Otras ideas subyacentes tienen que ver con el *modernismo* en el cual la escisión cultura y fe es muy visible en la música religiosa que deja de estar al servicio del culto y del creyente. Por último, no podemos olvidar el cambio en el concepto de belleza que se aleja de toda idea trascendente.

Todas estas ideas expuestas y movimientos reformadores unidos a la propia visión del Papa so-

bre la liturgia¹⁰ como valor pastoral y no sólo estético desembocan en la promulgación, el 22 de noviembre de 1903, festividad de santa Cecilia, del motu proprio *Tra le sollecitudine*. En una introducción y nueve capítulos el Papa expone cuáles son sus preocupaciones en cuanto a la música religiosa. En la introducción el Papa reconoce que una de sus principales obligaciones y la de todos los pastores es la de *mantener y procurar el decoro de la casa del Señor donde se celebran los augustos misterios de la religión y se junta el pueblo cristiano a recibir la gracia de los sacramentos*. Y continúa con una profunda preocupación, siendo consciente de los caminos que había emprendido la música en las décadas anteriores: *nada debe ocurrir en el templo que turbe, ni siquiera disminuya, la piedad de los fieles; ...nada que sea indigno de la casa de oración*. Y prosigue haciendo especial referencia a alguno de los abusos introducidos especialmente en la música religiosa que la alejan de la *recta norma* expresada a lo largo de los siglos por la Santa Iglesia. Reconoce asimismo los intentos que se han ido realizando en diferentes naciones para restablecer el arte sagrado. Y concluye el Papa esta introducción con el verdadero sentido de este motu proprio: *«siendo nuestro vivísimo deseo que el verdadero espíritu cristiano vuelva a florecer en todo»*. Al final declara a esta instrucción como *«código jurídico de la música sagrada; queremos con toda nuestra Autoridad Apostólica se reconozca fuerza de ley»*.

Nada de lo que el Papa expondrá a continuación tendrá significado si no se entienden los verdaderos fines de la música sagrada. Nada mejor que escuchar al Papa:

La música sagrada tiende a su mismo fin, el cual consiste en la gloria de Dios y la santificación y edificación de los fieles... su oficio principal consiste en revestir de adecuadas melodías el texto litúrgico... su propio fin consiste en añadir más eficacia al texto mismo.

Expuestos estos fines indica qué cualidades tendrá la música sagrada. Debe ser *santa*, es decir excluir todo lo profano. Debe ser *verdadera*, es decir debe proponer al fiel una música que tienda a su fin real que es mover a la devoción. Y debe ser *universal*, es decir que –aún reconociendo las particularidades propias de cada nación– nadie se sienta excluido al oír en la iglesia algo que no le produzca una santa impresión.

Comienza así el II apartado en los que se expone cuáles son los principales estilos de la música sagrada. En primer lugar y sobre todo *el canto*

Antecedentes y contexto ideológico de la recepción del motu proprio en España, en las Actas del Simposio Internacional «El motu proprio de san Pío X y la música». Sociedad Española de Musicología, 2003.

9. Op. cit.

10. Cf. María Antonia Virgili, *El canto popular y la reforma litúrgica en España (1850-1915)*.

gregoriano. Pide vivamente el Papa que, de acuerdo con los recientes estudios, el pueblo recupere la costumbre de este canto custodiado como auténtica reliquia heredada de los Santos Padres. Y una aclaración de suma importancia y gran trascendencia respecto al empleo de otras músicas: *una composición religiosa será más sagrada y litúrgica cuánto más se acerque en aire, inspiración y sabor a la melodía gregoriana*. En segundo lugar recomienda el empleo de la polifonía clásica del siglo XVI especialmente en aquellos lugares donde no falten los medios necesarios para poder ser interpretada. Y por último admite las *músicas modernas* que han surgido a lo largo de los siglos que hayan sido compuestas con *bondad, seriedad y gravedad*. Pero previene de un exceso cometido y es la incursión en no pocas obras de elementos procedentes del género teatral que se acomoda muy mal a *las exigencias de la verdadera música litúrgica*.

El tercer apartado habla de la lengua propia de la Iglesia romana, que es el latín, y advierte de la expresa prohibición de cantar en lengua vulgar determinadas partes del oficio.¹¹ A continuación en el apartado IV expone el Papa aspectos más concretos de la liturgia. En el apartado V habla el Papa de los cantores. Y especialmente del coro que, aunque esté formado por seculares, debe tener el carácter de coro eclesiástico. Por ello debe tener la adecuada apariencia física (recomienda el uso de túnicas), la ade-

11. La posterior reforma litúrgica tras el Concilio Vaticano II modifica en parte este punto, ya que, considerando siempre el latín como la lengua oficial de la Iglesia y por ello a la que mejor se acomodan todas las características de la música religiosa, se admiten otras siempre que sirvan con igual dignidad y santidad a los fines reales de la música litúrgica.

cuada piedad y bondad de vida. Y por último recomienda el uso de voces de niños para la interpretación de las partes agudas.

Muy interesante es el apartado dedicado a los instrumentos (números 15 al 21) en el que, partiendo de la afirmación de que la música religiosa es esencialmente vocal, admite el empleo del órgano y otros instrumentos que *sostengan al canto y no lo opriman*. Por ello hay que evitar todo aquello que por longitud y por carácter interrumpen el adecuado espíritu religioso. Y por último en el apartado VII concreta sobre la longitud de la música religiosa y concluye en el número 23 con la siguiente condena *ha de condenarse como uso gravísimo que... la liturgia quede en lugar secundario... cuando la música forma parte de la liturgia y no es sino su humilde sierva*. Para todas estas reformas propone la creación de las Schola Cantorum y recomienda vivamente a todos los responsables la aplicación de estas reformas por *él vivamente deseadas y por todos unánimemente pedidas*.¹²

Para terminar hay que decir que este motu proprio tuvo una gran resonancia en el ámbito eclesial como lo demuestran el florecimiento de la música religiosa en numerosas instituciones, asociaciones y congresos. También hay que indicar que a lo largo del siglo XX han sido numerosos los documentos que han explicitado éste entre los que podemos destacar los de Pío XI (*Divini cultus sanctitatem*, 1928), Pío XII (1955), del Concilio Vaticano II (constitución *Sacrosanctum Concilium*), y de Juan Pablo II en el centenario del motu proprio (2003).

12. Es muy interesante la urgencia del Papa, como obispo de Roma, en comunicar, mediante una carta, (el 8 de diciembre de 1903) al cardenal Respighi –Vicario general de Roma– estas disposiciones.

Ofreció el remedio para la catástrofe espiritual del mundo moderno

Pío X, con mirada escrutadora, vio el aproximarse de esta catástrofe espiritual del mundo moderno, esta amarga decepción especialmente en los ambientes cultos. Intuyó que una fe aparente, es decir, una fe que no se funde en la revelación divina, sino que arraigue en un terreno puramente humano, para muchos se disolvería en ateísmo. Entrevió igualmente el destino fatal de una ciencia que, contra la naturaleza y con voluntaria limitación, se cerraba el paso hacia la Verdad y el Bien absolutos, dejando así al hombre sin Dios, de frente a la oscuridad invencible en que yacería para él todo ser, solamente una posición de angustia o de arrogancia.

El Santo contrapuso a tanto mal la única posible y verdadera salvación: la verdad católica, bíblica, de la fe, aceptada como *rationabile obsequium* hacia Dios y su revelación. Coordinando de tal manera fe y ciencia, aquélla, como sobrenatural extensión y confirmación de ésta, y ésta como camino que lleva a la primera, restituyó al cristiano la unidad y la paz del espíritu, que son premisas imprescriptibles de vida.

Pío XII: alocución con motivo de la canonización de san Pío X (29 de mayo de 1954)

A los 750 años de la festividad del Corpus Christi

M^a REYES JAURRIETA GALDIANO

Origen de la festividad

ESTE año 2014 conmemoramos los 750 años de la institución de la festividad del Corpus y, vale la pena recordarlo, para dar gracias a Dios porque ha querido hacerse alimento y bebida para nuestra salvación. ¡Qué bellamente lo expresó santo Tomás!; «Que la lengua humana cante este misterio, la preciosa Sangre y el precioso Cuerpo». Este fue el propósito con el que la Iglesia quiso establecer esta solemnidad: que todo el pueblo cristiano dedicara un día a adorar la Sagrada Eucaristía, «que es fuente, centro y culmen de toda la vida de la Iglesia.» (LG. 11). Es cierto que en el jueves santo ya se venía celebrando desde antiguo el día de la institución de la Eucaristía. Sin embargo, en el jueves santo los cristianos se centraban más en llorar la pasión de nuestro Señor. Por ello la Iglesia quiso establecer dicha solemnidad para ser un testimonio de la fe de la Iglesia en el augusto misterio de la Eucaristía y celebrarlo con toda magnificencia durante el tiempo pascual.

Dios inspiró a santa Juliana la idea de tan grande solemnidad. La santa nace en Retines cerca de Lieja (Bélgica) en 1193. Quedó huérfana muy pequeña y fue educada por las monjas agustinas en Mont Cornillon. Cuando creció, hizo su profesión religiosa y más tarde fue superiora de su comunidad. Murió el 5 de abril de 1258, en la casa de las monjas cistercienses en Fosses y fue enterrada en Villiers.

Desde joven, santa Juliana tuvo una gran veneración al Santísimo Sacramento, de quien estuvo tan enamorada que, incluso físicamente, encontraba en el pan del Cielo su único alimento. Y siempre anhelaba que se celebrara una fiesta especial en su honor. Este deseo se vio intensificado por una visión que tuvo de la Iglesia bajo la apariencia de luna llena con una mancha negra, que significaba la ausencia de esta solemnidad.

En el convento de santa Juliana y en algunos otros se venía realizando el rito de la elevación de la Hostia y el Cáliz para ser adorado por los fieles inmediatamente después de la consagración. Este signo litúrgico arraigó rápidamente y tuvo una gran difusión, al igual que también se venía haciendo una genuflexión al pasar ante el Santísimo Sacramento. La adoración de la presencia real de Cristo fuera de la misa irá configurándose como devoción propia a partir del siglo IX, con ocasión de las controversias

eucarísticas. Ciertamente antes de establecerse oficialmente la festividad del Corpus se tiene constancia de que en diferentes naciones, probablemente desde el año 1019, ya se celebraron procesiones eucarísticas (procesión del Sacrum) en desagravio de los errores contra el sacramento. La herejía de Berengario de Tours (siglo XI), que consideraba la Eucaristía como un símbolo, motivó una especie de «resarcimiento litúrgico» a favor de la fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía. En el siglo XIII se producen nuevos ataques contra este sacramento, precursores ya de los «sacramentarios», nombre dado en el siglo XVI a todos aquellos reformados que sólo veían en el sacramento de la Eucaristía un «símbolo sin realidad». Ataques cuyas formulaciones, dicho sea de paso, nos recuerdan a errores que también se han dado en nuestro tiempo y que fueron rebatidas espléndidamente en la encíclica *Mysterium fidei* (1965) de Pablo VI.¹

Santa Juliana, viéndose impotente para realizar la misión que Dios le había encomendado, se lo comunicó a su confesor, canónigo de Lieja, hombre santo, sabio y prudente, quien la confirmó en que era voluntad de Dios. Apenas se supo que se quería instaurar una fiesta en honor del Cuerpo de Cristo en la Eucaristía, se alzaron protestas contra su institución, y sus promotores fueron difamados y perseguidos. La revelación fue tenida por un desvarío de Juliana, acusada de falsaria que introduce el desorden en la Iglesia, y se tuvo que ir del convento. Sus defensores, tratados de espíritus ligeros que daban crédito a visiones de una joven fanática, fueron objeto de burla y vituperio. Y curiosamente se presentaron los mismos inconvenientes para la instauración de la fiesta que los que se formularán más adelante para establecer la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, a raíz de las apariciones a santa Margarita María. Por un lado, afirmaban los detractores, parece extraño que Dios se sirva de una revelación privada para establecer una nueva fiesta en la Iglesia. Por otro lado, que existiendo una fiesta particular en honor del Cuerpo de Cristo parece que, de algún

1. En referencia a la Eucaristía, no se puede «insistir tanto en la naturaleza del signo sacramental como si el simbolismo, que ciertamente todos admiten en la sagrada Eucaristía, expresase exhaustivamente el modo de la presencia de Cristo en este sacramento.»

modo, se divide la persona de Cristo, separando su humanidad de su divinidad. Si Jesús, afirmaban, está entero en el Santísimo Sacramento, hay que adorarlo entero y no por partes, como pretende la fiesta del Cuerpo de Cristo al proponer a los fieles la adoración de un objeto material. Además, si se hace una fiesta especial del Cuerpo de Cristo, ¿por qué no la del Alma, la de la Divinidad, la de la Persona?

Con estas y parecidas objeciones se oponían obstinadamente algunos a la nueva devoción pero Dios, con su sabiduría, llevó su designio a buen fin y en 1246 el obispo de Lieja aprobó la fiesta del Corpus Christi en toda su diócesis. De allí se fue extendiendo a las diócesis vecinas, y luego a las más apartadas, luchando siempre contra las mismas objeciones.

Providencialmente quien fuera archidiacono de Lieja en tiempos de santa Juliana fue elegido Papa: Urbano IV. Por aquél entonces, la corte papal se encontraba en Orvieto, un poco al norte de Roma y muy cerca de Bolsena, localidad en la que, en 1263 o 1264, se produjo un importante milagro eucarístico: un sacerdote que celebraba la Santa Misa tuvo dudas de que la consagración fuera algo real. En el momento de partir la Sagrada Forma vio salir de ella sangre, con la que se fue empapando en seguida el corporal. La venerada reliquia fue llevada en procesión a Orvieto el 19 junio de 1264 y aún hoy se conservan los corporales que recibieron la preciosa Sangre de Cristo, así como la piedra del altar en Bolsena, manchada con su sangre.

El Santo Padre movido por el prodigio, y a petición de varios obispos, extendió la fiesta del Corpus Christi a toda la Iglesia por medio de la bula *Transiturus* del 8 septiembre del mismo año, fijándola para el jueves después de la octava de Pentecostés y otorgando muchas indulgencias a todos los fieles que asistieran a la Santa Misa y al oficio. Esta carta magna del culto eucarístico es un himno a la presencia de Cristo en el Sacramento y al amor inmenso del Redentor, que se hace nuestro pan espiritual. El papa Urbano IV encargó también un oficio de lectura a san Buenaventura y a santo Tomás de Aquino. Cuando el Pontífice comenzó a leer en voz alta el oficio hecho por santo Tomás, cuentan algunos biógrafos, san Buenaventura fue rompiendo el suyo en pedazos. En dicho oficio incluyó santo Tomás los sagrados himnos *Pange lingua*, *Sacriis solemnibus*, *Verbum supernum prodiens*, y también el himno *Adoro te devote latens Deitas*. Nunca se ha podido conseguir una exposición teológicamente tan fiel y precisa de un dogma aparentemente tan abstracto, convirtiéndolo en cercano, dulce y fuente de alimento espiritual para los corazones de los fieles. Como dijo Chesterton en su obra *Santo Tomás de Aquino*: el autor del oficio de Corpus Christi no era sólo lo que hasta los más zopencos llamarían un poe-

ta; era lo que los más exigentes llamarían un artista. (...) Ninguna traducción es buena o por lo menos lo bastante buena. ¿Cómo vamos a encontrar ocho palabras breves en inglés que realmente equivalgan a «Sumit unus, sumunt mille; quantum isti, tantum ille»? ¿Cómo va nadie a traducir realmente el sonido del *Pange lingua*, si ya la primera sílaba es como un golpe de platillos?»

Difusión de la fiesta por la Cristiandad

LA muerte del papa Urbano IV (2 de octubre de 1264), un poco después de la publicación del decreto, y las opiniones de los contrarios a la celebración de la Festividad obstaculizaron momentáneamente la difusión de la fiesta. Pero el papa Clemente V volvió a tomar el asunto en sus manos y en el concilio general de Viena (1311) ordenó una vez más la adopción de esta fiesta. Al Concilio asistieron los reyes de Francia, de Inglaterra y de Aragón. En 1317 se promulga una recopilación de leyes —obra de Juan XXII— en la que se añade la octava y el mandamiento expreso de llevar públicamente en procesión al Santísimo Sacramento y que ayudó grandemente a difundir la fiesta. De hecho, encontramos muchas ciudades con procesiones eucarísticas en fechas muy tempranas: en Colonia en 1306, en Venecia en 1295; en Wurtzburgo en 1298, en Amiens en 1306, la orden del Carmen en 1306, etc. Los títulos que recibe en los libros litúrgicos son significativos: *dies o festivitas eucharistiæ*, *festivitas Sacramenti*, *festum*, *dies*, *sollemnitas corporis o de corpore domini nostri Iesu Christi*, *festum Corporis Christi*, *Corpus Christi*, *Corpus*... Y ya para 1324 es celebrada en todo el mundo cristiano.

En España, por ejemplo, las primeras noticias seguras de su celebración del Corpus datan todas ellas del siglo XIV. Hacia 1301, el Concilio provincial de Tarragona había introducido la celebración del Corpus en el calendario de las festividades y es de suponer que muy pronto se vería adoptada en las diócesis sufragáneas de Barcelona, de Calahorra, Gerona, Huesca, Lérida, Pamplona, Tarazona, Tortosa, Urgel, Valencia, Vich y Zaragoza. En 1317 existe en Pamplona una hermandad del Santísimo Sacramento que celebra una procesión con «carros triunfales»; en 1318 la fiesta se celebra en Calahorra y en León, lugares de donde proceden las noticias más antiguas; en 1319 en Gerona, en 1322 en Barcelona; en 1328 Alfonso IV de Aragón celebra la festividad estando en Riela; en 1330 en Vic; en 1344 en Lérida, en 1355 en Valencia; y en 1371 en Palma de Mallorca. Esta numeración pone de manifiesto para algunos que la penetración de la fiesta del Corpus Christi en España se realiza por una doble vía.

La primera, el Camino de Santiago por donde se encuentra Pamplona, Calahorra y León, lugares de donde proceden las noticias más antiguas, la segunda desde la curia pontificia establecida en Avignon, cuya influencia se percibe claramente en la Corona de Aragón. Pero en todas partes la documentación nos informa de una procesión –a la que se ha incorporado un cortejo cívico inspirados en las fiestas de la realeza y con un protocolo semejante– y la participación de una gran variedad de representaciones teatrales, de tema bíblico o alegórico, que tienen una clara finalidad catequética.

La presencia visible y tan palpable de Dios produjo un impacto muy notable en la mentalidad cristiana occidental e introdujo nuevas formas de piedad, exigiendo rituales nuevos y creando la literatura piadosa correspondiente. Ya en el siglo XIV se practicaba la exposición solemne y se bendecía con el Santísimo. Más adelante se crearon los altares y las capillas del santísimo Sacramento. En los comienzos, el Santísimo se mantenía velado tanto en las procesiones como en las exposiciones eucarísticas. Pero la costumbre y la disciplina de la Iglesia van disponiendo ya en el siglo XIV la exposición del cuerpo de Cristo «*in crystallo*» o «*in pixide cristalina*».

Los municipios intervienen desde el principio declarando obligatoria la asistencia al acto, la supresión del luto familiar, la limpieza y el ornato de las calles de tránsito y la participación de las cofradías y oficios. Son también los municipios los que organizan concursos para premiar a los ornamentos de cruces, cirios, altares de reposo, y la mayor originalidad en manifestaciones literarias alusivas al acto.

Las devociones eucarísticas, que hemos visto nacer en centro-Europa, arraigaron de modo muy especial en España, donde adquieren expresiones de gran riqueza estética y popular, como los *seises* de Sevilla o el famoso Corpus de Toledo. Y de España pasan a Hispanoamérica, donde reciben formas extremadamente variadas y originales, tanto en el arte como en el folclore religioso: capillas barrocas del Santísimo, procesiones festivas, exposiciones monumentales, bailes y cantos, poesías y obras de teatro en honor de la Eucaristía.

Los papas Martín V (1417-1431) y Eugenio IV (1431-1447) concedieron generosas indulgencias a

quien participase en las procesiones. Finalmente, el Concilio de Trento declaró que «muy piadosa y religiosamente fue introducida en la Iglesia de Dios la costumbre de que, todos los años, determinado día festivo, se celebre este excelso y venerable sacramento con singular veneración y solemnidad; y reverente y honoríficamente sea llevado en procesión por las calles y lugares públicos. En esto los cristianos atestiguan su gratitud y recuerdo por tan inefable y verdaderamente divino beneficio, por el que se hace nuevamente presente la victoria y triunfo de la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.»

En efecto, la exaltación externa de la festividad del Corpus expresada en la procesión como acto culminatorio de la misma tiene un sentido profundo de agradecimiento y alabanza hacia este misterio de amor de Dios. San Pedro Julián Eymard, ardiente devoto y apóstol de la Eucaristía, expresaba en términos llenos de unción esta celestial «locura» del Salvador al permanecer como sacramento de vida para nosotros. «No se comprende, aquello que espanta a los débiles en la Fe y escandaliza a los incrédulos, es que Jesucristo glorioso y triunfante, después de haber terminado su misión en la tierra, quiera permanecer aún con nosotros, en un estado más humillante y aniquilado que en Belén o en el Calvario».

Tanto amor de Dios hacía el hombre se hace más patente aún si cabe, en la procesión del Corpus, pues al llevar al Santísimo por las calles de las ciudades y pueblos, se ve al Señor que sale al encuentro de todos, también busca a los que están alejados porque su amor quiere llegar a todos los hombres, penetrarlo todo y ser luz en todos los ámbitos de la vida. Y por otro lado también la procesión nos indica, y no es un aspecto menor, que no estamos solos en nuestro peregrinar hacia el cielo: Cristo camina a nuestro lado. Ya lo sabemos, pero el hecho físico de andar con Él nos ayuda a recordar esta verdad tan grande, caminamos siguiendo al Señor. En ese recorrido Él nos acompaña con su palabra y su ejemplo, y también en Él encontramos la fuerza para seguir sus pasos. Como Israel caminó hacia la tierra prometida y fue sostenido por el maná, nosotros ahora caminamos hacia el encuentro definitivo con Dios y para ello necesitamos del alimento que no perece, que es Dios mismo.



La festividad del Corpus en Barcelona

R.J.G

EL ilustre doctor Jaime Ripoll y Vilamajó, canónigo de Vic, publicó, el año 1838 en Barcelona, un pliego de ocho páginas con el título de *Memorias inéditas* que pueden servir para demostrar el origen y la antigüedad, e ilustrar la historia del Corpus Christi en la ciudad de Barcelona, en el concluía:

«De nuestras investigaciones resulta con toda evidencia que en 1319 se hizo crida o pregón, en que se notificaba al pueblo la institución de la fiesta del Corpus, y en 1322 se le convocaba para la procesión.. De esta verdad incontestable se deduce otra que llena de gloria a la santa Iglesia de Barcelona, esto es, que ella es la primera de España y la segunda del orbe cristiano que ha celebrado tan devota procesión.»

No se trata aquí de hacer una discusión en torno a las fechas ya que no hay uniformidad total por parte de los historiadores respecto a qué ciudades en España fueron las primeras en celebrar esta procesión, lo que pretendemos es recalcar «la devoción de los barceloneses al Santísimo Sacramento y a su característica inclinación a las procesiones» de la que habla el canónigo de Vic.

Pero es cierto que entre las procesiones españolas las mejor documentadas a través de los siglos son las de Barcelona y Valencia y sirvieron de modelo a otras muchas. En el Archivo municipal de Barcelona, se encuentran las *Ordenanzas y ceremonial* para este acto acordados por el Consejo. El primer pregón de anuncio lo publican los *concellers* de Barcelona en 1320 y significa la colaboración municipal que ya no cesará nunca ni en las épocas más revolucionarias. La custodia empieza a ser anotada en 1357 como de propiedad municipal. Veinte años después se crea la cofradía del Corpus Christi, pero hay que llegar al año 1391, para tener una descripción minuciosa de la fiesta, más lucida aquel año a causa de la presencia del infante D. Martín.

La procesión barcelonesa de 1424 representa el punto álgido en la historia de la procesión, celebrada, con asistencia del rey D. Alfonso el Magnánimo, que hizo de porteador de las varas del palio al igual que lo hará más adelante Carlos I de España en la procesión de 1535.

Una multitud de representaciones parecen formando diversos grupos, constituido el primero por los juglares, la bandera de la ciudad, los gonfalones y los cirios de la catedral y de las parroquias y co-

fradías gremiales. Forman un segundo grupo diversos personajes de la Antigua Ley, del Nuevo Testamento y del santoral, junto con algunos entremeses: la creación del mundo, con ángeles cantores; el Infierno, con Lucifer y sus demonios y ángeles que les combaten, el Paraíso con el Angel, Adán, Eva, Caín y Abel; el Arca de Noé, Melquisedec, Abraham e Isaac; Lot con su mujer y sus hijas; Jacob y el Ángel; David y Goliat. El grupo termina con doce personajes que representan a las doce tribus de Israel, seguidos de doce ángeles.

Forman otro sector los Profetas mayores; Susana y los Jueces; los dos arcángeles, Rafael con Tobías y Gabriel con María, además de un coro de ángeles cantando el «Magnificat»; san Juan Bautista sólo, el entremés de Belén y los tres Reyes cabalgando, un grupo de judíos, el entremés de los Inocentes, y unos ángeles cantando *Lloem la hostia sagrada*.

Vienen luego las representaciones de san Joaquín, santa Ana y santa Isabel, santa Elena y el emperador Constantino con séquito de caballeros; las catorce santas vírgenes que en las pinturas de la época aparecen a menudo acompañando la figura de la Virgen; la Virgen rodeada de ángeles cantores junto a Jesús y a san José. Después la representación del Calvario; Jesús sólo, llevando la Cruz; Dimas y su ángel, el mal ladrón y su diablo; Longinos, José de Arimatea y Nicodemus, con otros ángeles cantores. Al final, el Santo Sepulcro y la Magdalena.

Van en el último grupo los santos fundadores y doctores y los cuatro santos padres de la Iglesia. Siguen los mártires. Junto a Sebastián, danza «dels cavalls cotoners» que fingían un combate entre cristianos y turcos; san Jorge con la princesa salvada, el rey, la reina y el dragón vencido. Después los apóstoles y con ellos el águila que danzaba no solamente en la calle sino en el interior de la iglesia. Después de un grupo de ángeles músicos, aparece la custodia bajo palio y a sus lados los cuatro evangelistas. Cierra la procesión un obispo con sus ministros, y un grupo de ángeles al que sigue otro de diablos que, juntamente con dos hombres a manera de salvajes, procuran contener el gentío.

Se trataba de una composición rítmica a modo de un retablo viviente. Las danzas, los entremeses, y otras representaciones del Antiguo Testamento fueron principio de la historia del teatro catalán. Del mismo modo, los autos sacramentales de Calderón

y Lope de Vega, dieron principio a la vida del teatro español.

La solemnidad y el fervor religioso con la que se ha celebrado la festividad del Corpus en Barcelona ha sido constante a lo largo de su historia y llega hasta nuestros días. Para dar muestra de ello reproducimos aquí unos fragmentos del libro publicado en 1925 por el sacerdote y predicador Antonio Aragón Fernández, *La festividad del Corpus en Barcelona*, que describe con todo detalle la procesión del Corpus que vivió el autor.

La fiesta se venía celebrando ya desde la víspera al mediodía con los gigantes y heraldos que salían por la calle y que después de bailar saludaban a las autoridades y por la tarde recorrían curso de la procesión del día siguiente, seguidos por toda la chiquillería.

El carácter triunfal que la Iglesia reconoce a la fiesta del Corpus, dio origen a la exhibición de los gigantones; con ellos se representa la venida de algunos reyes o personajes que traen la misión de reconocer y reverenciar a Jesucristo en nombre de países diversos, y para manifestar su complacencia y satisfacción danzan y bailan desde su llegada. Del mismo modo se manifiesta el triunfo de Cristo sobre los pecados presentando a éstos en forma de tarascos, gigantillos, cabezudos, leones y dragones con aspecto deforme, ridículo y grosero.

He aquí el orden de la procesión: abren marcha batidores de la guardia municipal con uniforme de gala, seguidos de la bandera de santa Eulalia, gonfalones de las parroquias, patronatos, gremios, cofradías, escolanías, asociaciones, representaciones de todos los cuerpos de la guarnición, clero castrense, Colegio de Agentes de Cambio y Bolsa, Banda Municipal, Real Cuerpo de Nobleza, congregaciones y órdenes religiosas, seminaristas, clero parroquial, beneficiados de Santa María del Pino, de Santa María del Mar, Curia eclesiástica, insignias de la basílica, sacerdotes con capa pluvial representando los ancianos del Apocalipsis.

El momento más solemne y grandioso es cuando sale de la catedral el Santísimo Sacramento. Cuando aparece el Cabildo revestido de capas blancas, y

el humo del incienso envuelve todo y aromatiza el espacio, y el sol hace brillar en diferentes tonos de luz el oro y plata de los fastuosos ornamentos; y las voces de los cantores entona himnos eucarísticos; y cesan las conversaciones y se cierran las sombrillas; y los militares rodilla en tierra, rinden las armas; y los cañones del castillo de Montjuïc, con su lengua de fuego anuncian la salida de aquel Lucero que nunca dejará de alumbrar... entonces aparece dentro del gótico templete el Sacramento augusto, y las bandas tocan la *Marcha real*, las campanas lanzan al espacio sus sonidos, las rodillas se doblan, los semblantes se formalizan, los corazones se conmueven, todo forma un conjunto admirable, singular, extraordinario, único, tan grandioso, que no sabemos describir... Sigue a la custodia el ilustrísimo señor obispo, asistido por algunos de los muy ilustres capitulares y seguido de pajes y seminaristas que llevan el báculo pastoral y la silla, símbolo de dignidad, de poder y de suprema jerarquía.

De la presidencia forman parte el capitán general, gobernador civil, alcalde, rector de la Universidad, comandante de Marina, o sus representantes, y algunos concejales. Cierra la comitiva una escuadra de gastadores, banda de cornetas y tambores, música y un piquete con bandera.

Detrás de esta fuerza, que rinde honores, marcha una de las antiguas y artísticas carrozas de Alfarràs o de Castellvell y algunas parejas de la guardia municipal montada.

El desfile de la procesión siempre es presenciado por enorme gentío. Hasta el año 1770 esta procesión entraba en la iglesia de Santa María del Mar, donde se cantaban villancicos.

Cuando el Santísimo vuelve a la catedral, después de haber recibido homenaje y adoración en las calles de la ciudad, es aclamado por un viva unánime que apaga los sonidos vibrantes de las bandas de música. La reserva solemne del Santísimo Sacramento da por terminada la fiesta del Corpus en Barcelona.¹

1. ANTONIO ARAGÓN FERNÁNDEZ, *La festividad del Corpus Christi en Barcelona*, Barcelona, 1925.



Las raíces de la crisis familiar

Reproducimos unos fragmentos de la conferencia pronunciada por el cardenal Velasio Paolis, presidente emérito de la Prefectura de Asuntos Económicos de la Santa Sede en la sede del Tribunal Eclesiástico regional de Umbro (Italia) sobre «Los divorciados vueltos casar y los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia».

En las controversias suscitadas sobre esta cuestión, que será tratada en el próximo Sínodo de obispos sobre la familia, se olvida algo que en el texto que reproducimos se analiza con gran e infrecuente precisión: las situaciones dolorosas creadas como consecuencia de la grave crisis de muchos matrimonios son un reflejo de algo más profundo, la enfermedad que sufre la actual sociedad fruto del secularismo que trastocado en sus raíces la vida familiar. Para comprender la gravedad y complejidad de la actual crisis, el cardenal Paolis hace un recorrido sobre las reiteradas crisis sociales que ha habido a lo largo de la historia y como han afectado a la vida de la Iglesia. Solo a la luz del misterio de Cristo y su Iglesia se podrá redescubrir la belleza del matrimonio y de la familia.

Urge la necesidad de individuar las causas que generan las situaciones dolorosas. El riesgo está en el hecho de que la sociedad de hoy, y en parte sucede lo mismo en la Iglesia, se agita de frente a los problemas y se mueve de inmediato para eliminar los efectos y las consecuencias más dolorosas y evidentes de estas situaciones sin antes haber examinado las causas que las han producido. De este modo no sólo no se eliminan las consecuencias sino que se corre el riesgo de agravarlas. En realidad se trata de hacer una pausa y reflexionar. Esto vale particularmente para nuestro caso. Se deben individuar primero las causas que están en el origen de la situación tan difícil en la cual se encuentran el matrimonio y la familia. Estamos en una sociedad enferma. La curación puede llegar sólo si nos damos cuenta del tipo de enfermedad que sufre y si se descubren exactamente las causas. De nada vale ocuparse sólo de los efectos más grandes y preocupantes. El mal puede ser eliminado sólo con la correcta medicina y si se extirpan las raíces perversas que lo producen. Para esto se exigen reflexión y ponderación.

Debería ser ya una advertencia el que nosotros hablemos de los males de la sociedad y de la Iglesia, particularmente en el sector del matrimonio y de la familia, sin resultados apreciables. Probablemente no hemos hecho aún esta obra de discernimiento. Lo mismo ha sucedido con la cuestión de la Fe, cuya crisis se encuentra ciertamente al origen de la crisis del matrimonio y de la familia. El papa Benedicto XVI al establecer el año de la fe indicaba algunas causas, particularmente dos: 1) el hecho de que en este tiempo se haya hablado más de las consecuencias de la fe a nivel político, cultural y social que de la misma fe y de su autor, Jesucristo; 2) una errada y engañadora interpretación y aplicación del Concilio, en lo concerniente a la doctrina

de las realidades terrestres, el diálogo ecuménico e interreligioso, el empeño por el hombre integral, el concepto de la realización del hombre, como ya lo había denunciado la *Relatio finalis* del Sínodo de los Obispos en el trigésimo aniversario de la celebración del Vaticano II. Se trata ciertamente de principios que tienen validez, pero cuya interpretación y aplicación no siempre han encontrado la necesaria prudencia y sabiduría. De este modo, a pesar de los innegables esfuerzos que la Iglesia está llevando a cabo generosamente para superar el momento difícil de la fe cristiana y de sus instituciones fundamentales, como el matrimonio y la familia, los resultados parecen más bien modestos.

LAS CAUSAS SE PUEDEN Y SE DEBEN INDIVIDUAR EN LA NATURALEZA Y LA HISTORIA DE LA IGLESIA

La Iglesia debe encontrar en su interior, en su historia, en su naturaleza y en su misma fe los caminos para renovar su mensaje de fe y de salvación, y transmitirlo, como su fundador Jesucristo se lo ha confiado. Lamentablemente la Iglesia ha vivido diferentes momentos de crisis a lo largo de su historia. No podemos evidentemente en esta oportunidad recorrer el camino entero de la historia. Pueden bastarnos algunos puntos que parecen ser de inmediata percepción.

EL MISTERIO DE LA IGLESIA: LAS PERSECUCIONES

No se puede jamás olvidar que la Iglesia por su misma naturaleza está expuesta a las persecuciones, porque el mundo en cuanto coágulo de una concepción de la vida puramente secularizada es expresión de aquel *mysterium iniquitatis* del cual

habla san Pablo particularmente en la carta a los Tesalonicenses, que se opone radicalmente al *mysterium pietatis*, es decir, al misterio de Cristo y de la redención por Él obrada y de la cual la Iglesia es instrumento. Esta certeza de la fe proclamada por el mismo Jesús debería liberarnos de una visión ingenua que no ve el mal en el mundo o que peor aún le atribuye la responsabilidad casi solamente a la Iglesia, que no sabría adaptarse a las circunstancias actuales.

EL RIESGO DE CONFUNDIR «AGGIORNAMENTO» Y RENOVACIÓN CON ADAPTACIÓN Y CONFORMACIÓN

El riesgo de confundir adaptación con conformidad al mundo es un riesgo no solo posible, sino real, que ya el Apóstol Pablo denunciaba en su tiempo, como lo escribió en la carta a los Romanos, mientras en la carta a los Filipenses indicaba el criterio moral del obrar cristiano. Este riesgo parece haber sido particularmente fuerte en tiempos recientes. Es bueno, más aún, es necesario, que lo tengamos en cuenta.

LA ENSEÑANZA DE LAS CRISIS DE LA HISTORIA

1) *La crisis que ha llevado a la fractura entre la fe y la razón o cultura, en la época moderna*

La Iglesia saliendo del Medioevo se ha encontrado en conflictos siempre más frecuentes con la sociedad moderna, que ha pretendido construir y proyectar su futuro solo en una dimensión terrestre y temporal, en neta oposición a la Iglesia y su misión. La concepción iluminista que ha tenido su ápice en la revolución francesa es la manifestación más evidente. El conflicto entre la modernidad y la Iglesia ha alcanzado su punto más alto en la publicación del *Syllabus*, la compilación de todos los errores de la sociedad moderna de parte del beato Pío IX. Tal conflicto ha entrado también en la Iglesia a través del modernismo, que ha sido definido por el papa san Pío X como la síntesis de todos los errores, justamente porque minaba la misma raíz de la religión cristiana, porque en sus exponentes de relieve el modernismo era la tentativa de reducir la misma fe cristiana a pura racionalidad, apagando la luz de la fe y haciendo regla de fe el principio racionalista, en lugar del principio de la revelación.

Se ha realizado en modo evidente aquella fractura entre la fe y la razón, que, al decir de Pablo VI, ha sido el drama de la época moderna particularmente para la Iglesia que ha buscado las vías más idóneas para arreglar este desgarramiento o fractura, sea en el Concilio sea, sobretodo, después del Concilio.

De hecho el Concilio, en la mente del Papa Juan XXIII tuvo como modos la pastoral y el «aggiornamento»; mientras debía proponer el rostro de la Iglesia debía también presentar la naturaleza y la mi-

sión de la Iglesia como asimismo su doctrina y mensaje no como estandarte de condena del mundo moderno sino más bien de reconciliación. De hecho, los documentos del Concilio al proponer la doctrina de la Iglesia han querido evitar en la medida de lo posible los tonos conflictivos; más aún el diálogo con el mundo moderno ha sido la tonalidad característica. Esto se revela también en la doctrina de la visión positiva de las realidades temporales y en la invitación a la lectura de los signos de los tiempos que la Iglesia estaba llamada a reconocer. Esta visión y perspectiva del Concilio no ha sido de hecho siempre correctamente interpretada. Las interpretaciones incorrectas han sido denunciadas en el Sínodo de los Obispos de 1983. De hecho, el diálogo con el mundo se ha transformado en adaptación, y tal vez ha comportado una cierta mundanización y secularización de la Iglesia, que ha terminado por no tener un lugar suficiente en la cultura actual ni fuerza en el trabajo de penetración de su mensaje. Esto ha llevado a una crisis en el interior de la Iglesia misma.

2) *La misma raíz racionalista se encuentra en las otras crisis*

En segundo lugar las crisis que tocan en profundidad a la Iglesia sea in credendo sea in agendo, dogmática y moral, no son causadas por las dificultades externas que las personas y las instituciones a ella hostiles le procuran sino por aquellas internas, que provienen de aquello que pertenece a ella, en cuanto se trata de una pesadez en la vida de fe y de un contra testimonio en la praxis cotidiana. Es lo que la Iglesia está sufriendo hoy: una crisis de fe, que ha impulsado desde algún tiempo la exigencia de la nueva evangelización, y que ha empujado primero con Pablo VI y después con Benedicto XVI, a dedicar un año a la fe y a erigir una congregación para la nueva evangelización. La crisis se refleja particularmente en el matrimonio y en la familia, y esto mueve hoy al sumo pontífice Francisco a programar un sínodo sobre el matrimonio y la familia no obstante los muchos documentos que ya existen sobre el tema. Pero el camino se anuncia difícil. Nos hace reflexionar de modo particular el hecho de que la amplia problemática que el tema encierra, en la práctica viene casi sintetizada en una cuestión, que si bien es importante es más bien marginal y de todos modos secundaria, esto es, el acceso a la Eucaristía de parte de los divorciados vueltos a casar, cuando las cuestiones más relevantes deberían ser aquellas que están al origen, o sea por qué existe una dificultad para que tales personas accedan a la Eucaristía; o sea el sentido del matrimonio cristiano y sus peculiaridades, el significado de la Eucaristía y las disposiciones que su recepción presuponen. Se trata por lo tanto de encontrar el camino justo para acercarnos a los problemas. Esto nos lleva a otras reflexiones sobre el modo de afrontar las crisis en la vida de la Iglesia, especialmente cuando éstas son internas. También

aquí alguna reflexión sobre el pasado puede ayudarnos.

3) *El arrianismo*

La primera gran crisis interna de la Iglesia coincidió justamente con el don de la paz constantiniana. Fue una crisis al mismo tiempo doctrinal y moral. La crisis doctrinal embistió las raíces mismas de la fe cristiana: el misterio trinitario, amenazado por la gnosis. Se trata de la primera tentativa que tiende a reducir la fe dentro de las dimensiones de la mente humana. Será un intento que se repetirá bajo diversas formas en todos los períodos históricos y se volverá particularmente aguerido en la modernidad y en la secularización de hoy. La tentación racionalista ha sido fuerte particularmente con la primera herejía, la arriana. Tan fuerte que entró dentro de la misma Iglesia, y por eso san Jerónimo puede decir que de improviso la Iglesia se descubrió con horror arriana. Jesucristo era reconducido en el interior de una dimensión humana; pero perdiendo su identidad divina ya no podía ser confesado como Dios, el Salvador, el Hijo de Dios hecho hombre, el único nombre dado a los hombres bajo el cielo para ser salvados. La gnosis amenazó también la vida cristiana en su identidad, reconduciendo la moral a conocimiento y prerrogativa de los hombres sabios según la razón humana. Con reflejos sobre la vida del entero pueblo cristiano.

La paz constantiniana fue ciertamente un don de Dios que, sin embargo rápidamente, fue vivida con un estilo de vida cristiana menos comprometido y menos misionero. La reacción a una tal crisis se tuvo primero con el florecimiento de los eremitas y después de los monjes y de las diversas formas de vida evangélica y particularmente de pobreza; y secundariamente con el nuevo empeño misionero que llevó a cumplimiento la evangelización en los países europeos que habían casi caído en el olvido.

4) *El Medioevo*

Otra grave crisis interna fue ciertamente aquella del florecimiento medieval, particularmente del comercio. Las costumbres cristianas dejaban mucho que desear. La riqueza daba bienestar, pero también desigualdad, pereza en el clero y pobreza e ignorancia en el pueblo. La reacción fue aquella de San Francisco, que esposó a la dama pobreza y dio vida al gran movimiento franciscano. La tradición ha transmitido el sueño del Papa Inocencio III que ve el Laterano que en fase de derrumbamiento es sostenido por los frágiles hombros del frailecito de Asís.

5) *La «reforma» de Lutero*

Una nueva crisis fue ciertamente la luterana, que separó de la comunión de la Iglesia católica una gran parte de Europa. Fue llamada reforma. En realidad se resolvió en una legitimación de la situación de corrupción, cuanto menos por una doctrina de la justificación insuficiente. La Iglesia católica reaccio-

nó con la contra-reforma, que encontró en la disciplina del Concilio de Trento su fundamento, con un ejército de santos que ejecutó lo resuelto en el Concilio de Trento y con un nuevo impulso misionero, a través de la evangelización de los países del nuevo mundo apenas descubierto. La superación de la crisis llegó a través de la evangelización y del renacer de la vida cristiana. El filósofo luterano Kierkegaard ha formulado una confrontación entre la acción de Lutero y aquella de la Iglesia católica. Lutero no creyó verdaderamente en la gracia y su denuncia en realidad no llevó a la renovación de la costumbres; mientras la Iglesia católica creyó en la gracia y confiando en ella obró la renovación de la Iglesia y de la vida cristiana.

6) *La crisis de hoy*

La crisis moderna es mucho más compleja. La estamos viviendo en su momento más alto y crítico. Tiene raíces lejanas, eminentemente racionalistas. Se enraíza en el iluminismo que le da la doctrina y en la revolución francesa que le da la potencia militar y política. El Papa Benedicto XVI dirá en la encíclica *Spe salvi* que con la Revolución francesa la esperanza cristiana pierde su carácter de trascendencia y se hace inmanente: se reduce a la dimensión humana, es fruto simplemente de la actividad del hombre y se mueve en esa dimensión. El hombre proclama su autonomía e independencia de Dios. El hombre no tiene necesidad de Dios. El hombre ocupa el lugar de Dios. Es el punto más alto de la modernidad, si por modernidad se entiende la exaltación del hombre. Pero es también su crisis, la crisis del hombre que es el período que estamos viviendo: el tiempo de la secularización, el tiempo del relativismo ético y gnoseológico; el tiempo de la desorientación en la cual el hombre no sabe decir más nada sobre sí mismo, de dónde viene, adónde va, y cuál es el sentido de su vida y de su caminar; si bien sepa decir muchas cosas sobre el cosmos. Y no podría ser diversamente, porque la modernidad se funda sobre la más grande mentira de la historia: el hombre haciéndose Dios se ha destruido a sí mismo. La muerte de Dios, dice el Papa Juan Pablo II, proclamada por el hombre es, en verdad, la muerte del hombre. Es el tiempo que estamos viviendo. Es el tiempo de la nueva evangelización. Es el tiempo en el cual la familia y el matrimonio están perdiendo su sentido. Para que la fe refllorezca y el matrimonio sea nuevamente valorado es necesario ir a las raíces de la fe, de otro modo se corre el riesgo de trabajar en vano; es necesario reencontrar el misterio del Dios uno y trino y el misterio del Dios Verbo Encarnado salvador y redentor del género humano; en el misterio de Dios redescubrir el misterio del hombre y reabrirlo al horizonte de la eternidad, en el corazón de Dios y en el misterio del hombre, al misterio de la gracia y del trascendente. Es este el humus en el cual estamos llamados a redescubrir el matrimonio y la familia y la problemática que deriva de ellos.

De cómo cumplieron el encargo del Corazón de Jesús sus dos mensajeros

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

SANTA Margarita María en carta de julio de 1688 a la M. de Saumaise le da cuenta de la encomienda que hace el Corazón de Jesús a la Orden de la Visitación: la de dar a conocer a todos su mensaje de amor misericordioso, y a la Compañía de Jesús la de hacer ver y demostrar su valor y utilidad.

Tras la publicación del retiro del padre La Colombière en 1684, las visitandinas, una vez aceptada la devoción en la «santa fuente» de Annecy, se apresuraron a cumplir su parte en el encargo.

A solicitud del padre Croiset, mediante demanda de la reina desterrada de Inglaterra, Beatriz de Módena, la Congregación de Ritos permitía ya en 1697 a los monasterios de la Visitación celebrar la fiesta del Sagrado Corazón el viernes después de la octava del Corpus celebrando la misa de las Cinco Llagas, aunque denegaba su petición de Oficio propio así como que se estableciera fiesta en su honor en toda la Iglesia. La Orden vio la resolución como concesión favorable, y prosiguió animosa en su tarea de dar a conocer la devoción a través de sus conventos de Francia, Italia y Polonia, no así en España, donde no se establecería hasta 1750.

La Compañía de Jesús en Roma, reacia en un principio a la «nueva» devoción

BAJO el mandato del Prepósito padre Tirso González (1687-1705) los revisores generales de la Compañía de Jesús fueron muy precavidos frente la «nueva» devoción: «Deseamos que los Nuestros no se dediquen más a patrocinar la causa del Sagrado Corazón en la corte de Roma, y sobre todo que vuestra paternidad no intervenga para obtener que la fiesta con misa y oficio propios del Sagrado Corazón sean concedidos a toda la Iglesia; particularmente en un tiempo en que pululan las devociones nuevas por todas partes y son descartadas despiadadamente por la Santa Iglesia.» Así, a fines del siglo XVII y primer tercio del XVIII la Compañía de Jesús se mostraría reticente, por más que algunos entusiastas jóvenes jesuitas franceses la divulgaran y llevaran hasta remotas tierras de misión.

De éstos escribía Margarita María a la hermana Joly en abril de 1690: «Le diré que los RR. PP. jesuitas han tomado esta devoción muy a pecho, y la han establecido en sus colegios.» En 1729 el prepósito padre Tamburini (1706-1730) permitió las gestiones de su asistente padre Gallifet en solicitud de la fiesta del Corazón de Jesús, que resultarían frustradas. A partir del generalato del padre Frantisc Retz (1730-1750), personalmente devoto, sin asumir la devoción corporativamente, se dejó cierta libertad para con ella, por lo que, no existiendo ya disposición general al respecto, en las casas, colegios y provincias de la Compañía se actuaba privadamente según el parecer de sus superiores y la devoción personal de sus miembros.

Jóvenes jesuitas introducen la devoción en España leyendo el libro del padre Gallifet

YA vimos como en 1733, más de medio siglo después de ser revelada, la devoción del Corazón de Jesús apenas había llegado a España: «Eran tan escasas las noticias que teníamos en España de esta amabilísima devoción, que aun los que estaban empeñados en favorecerla sabían muy poco en este punto.» (padre Loyola). Pero la Providencia quiso poner fin a tal demora en el segundo tercio del siglo XVIII, siguiendo su criterio de no utilizar a personajes prestigiosos ni con relevantes cargos en la Compañía, sino a dos desconocidos jóvenes estudiantes de la provincia de Castilla, que humanamente parecían los menos indicados para llevar a cabo tamaña empresa, y a quienes su conocimiento les vino por la lectura de un libro.

El primero iba a ser el jesuita guipuzcoano padre Agustín de Cardaveraz, del que escribe el padre Astrain que «la noticia más antigua que tenemos de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús practicada por los nuestros en España... empieza con el padre Cardaveraz en el año 1727, quien escribía: Me consolé mucho en el Señor cuando leí el tomo del padre Gallifet –*De cultu Cordis Jesu*, publicado en 1726–, y lo leí muchas veces». Así, tras ser ordenado sacerdote en 1729, el padre Agustín se quejaría confiden-

cialmente a su director, el padre Juan de Loyola, de que la causa del Corazón de Jesús —«esta empresa tan gloriosa y heroica, que la ha tenido reservada el amor de Jesús para sus jesuitas»—, algunos no la secundan: «la indiferencia o tibia inacción de algunos de los nuestros, es en gran parte el impedimento a los amorosos designios del Corazón divino.... El demonio hace todos sus esfuerzos para que los nuestros no tomen con el debido celo el asunto.»

«En nuestra España la devoción al Corazón de Jesús, del todo desconocida hasta mediados de 1733»

EL propagar a todos el misterio del amor misericordioso de su Corazón, Jesús lo iba a encomendar en mayo de 1733 al novicio jesuita de 21 años Bernardo de Hoyos, estudiante en Valladolid, dotado de dones místicos, de los que dice su director y biógrafo que: «todos los favores que Jesucristo, Señor nuestro, había hecho hasta entonces a Bernardo, se dirigían al culto de su Sagrado Corazón.»

En abril de 1733, preparaba el padre Cardaveraz su primer sermón público en Bilbao sobre el Corazón de Jesús, y escribió a su amigo Bernardo que le copiara lo que decía el padre Gallifet en su libro —que se hallaba en la biblioteca del Colegio en Valladolid— sobre la institución de la fiesta del Corpus y las dificultades que en ello hubo. «Esta demanda dio ocasión al H. Hoyos para leer el libro del padre Gallifet, y como seis años antes Cardaveraz, así él se sintió ahora movido a practicar y promover esta dulcísima devoción.» Se consagró al Corazón de Jesús y ordenó el resto de su corta vida ya sólo a difundir su devoción. El 14 de mayo de 1733 Bernardo de Hoyos recibía del mismo Jesús su Gran Promesa: «Pidiendo esta fiesta para España, de la que ni aun memoria parece hay de ella, Jesús me dijo: “Reinaré en España, y con más veneración que en otras partes”.»

«La devoción se extiende y propaga por toda España, y principalmente en el Principado de Cataluña» (II Concilio de Tarragona, 1738)

LA devoción se iba difundiendo mediante la prédica de celosos misioneros jesuitas como los padres Calatayud, Cardaveraz, Mendiburu, Peñalosa y otros, que donde daban misión, a su término dejaban establecida la Congregación del Corazón de Jesús. Distintos obispos, encabezados por el celoso don Manuel de Samaniego, arzobispo de Burgos, aprobaron la devoción y concedieron indul-

gencias a los libros que se editaban. La más notable manifestación colectiva de la jerarquía tuvo lugar en el segundo Concilio de Tarragona, el 13 de noviembre de 1738, bajo la presidencia del primado Mons. Pedro de Copons, en el que se promulgaba el siguiente decreto: «Teniendo en cuenta 1º que el rey católico Felipe V ha solicitado de Su Santidad la concesión del oficio y la misa del Sagrado Corazón de Jesús para todos sus estados, y que con el mismo fin gran número de NN. SS. Obispos han enviado sus súplicas a Su Santidad; 2º que la experiencia demuestra con que prontitud la veneración de los fieles por esta laudable devoción se extiende y propaga por toda España, y principalmente en el Principado de Cataluña; 3º que está fuera de duda que la concesión del favor demandado será el medio más eficaz para establecer y extender esta piadosa y saludable devoción con gran provecho de los fieles, parece digno del Santo Concilio dirigir su respetuosa súplica a Su Santidad para que se digne acordar esta gracia.» Así se hizo llegar al papa Clemente XII, y pudo escribir el padre Loyola: «En poco más de dos años no ha quedado provincia, reino ni ciudad apenas de nuestra ínclita nación, que no haya recibido con piadoso aplauso y sagrado empeño la devoción al Sagrado Corazón de Jesús».

«Nuestra augustísima corte ha dado y continúa dando soberanos ejemplos de piedad y amor al Corazón santísimo.» (padre Loyola)

ADEMÁS de la predicación de los misioneros y del celo de los preladados, creyeron algunos que sería determinante para la plena aceptación de la devoción el ejemplo de la realeza y la aristocracia, cuya conducta seguiría el pueblo llano, y se propusieron la fundación de reales congregaciones en la corte a las que se afiliaran la familia real y alta nobleza. El padre Loyola escribe: «Deseando algunos celosos jesuitas promotores de la amabilísima devoción al Corazón divino que se fundase en la Corte una congregación del Corazón de Jesús, la propusieron a algunas personas sólidamente devotas de la primera grandeza y se fundó en nuestro Colegio Imperial de Madrid este año pasado del 1737... Propúsose a nuestros piadosísimos reyes, a los señores príncipes (hoy reyes augustísimos) e infantes, los cuales todos se alistaron en la congregación con una piedad digna de sus corazones reales. A imitación de piedad tan ínclita y augusta, todas las personas de la Casa y familia Real se escribieron en la misma congregación del Colegio Imperial.» El padre Loyola envió al palacio real sendos ejemplares de su *Tesoro escondido en el Sagrado Corazón descubierto a nuestra España* dedicados a los



Visión del «suavísimo encargo» a sus dos destinatarios. Mosaico de la capilla de los padres jesuitas en Paray-le-Monial.

príncipes don Fernando y doña Bárbara, de cuyas manos fueron pasando a la nobleza de la corte, y concluye ufano: «Nuestra augustísima corte ha dado y continúa dando soberanos ejemplos de piedad y amor al Corazón santísimo.»

La ocasión propicia para introducir la devoción en la Corte fue la venida de la nueva dinastía borbónica que importó la tradición francesa de confiar el regío confesonario a miembros de la Compañía de Jesús, lo que podría permitir mover la voluntad de sus reales penitentes en pro de la nueva devoción.

La mala hierba del galicanismo impide el cumplimiento de los encargos del Corazón de Jesús

CUANDO Felipe V en 1700 fue enviado por su abuelo Luis XIV a España, se trajo en su equipaje las corruptelas galicanas vigentes en Versalles. La Pragmática Sanción de Bourges de 1438 había dado carta de naturaleza en dicha corte al llamado galicanismo, expresión de la supremacía del poder político sobre la Iglesia y de la sumisión de la jerarquía de la Iglesia francesa al servicio de la corona, doctrina que daba por sentado que las disposiciones de Roma no tenían validez jurídica ni eran de cumplimiento obligado en Francia, en tanto no fueran aprobadas por la Iglesia nacional.

La Asamblea del Clero de Francia en 1682 había sintetizado esta concepción político-religiosa del absolutismo borbónico en cuatro artículos que afir-

maban: que el Papa no puede juzgar a los reyes, pues su autoridad es meramente espiritual; que el Concilio ecuménico es superior al Papa; que la Iglesia galicana goza de unas libertades inviolables; y que el Papa sólo es infalible tras el consentimiento de toda la Iglesia.

Felipe de Anjou al llegar a Madrid como Felipe V, se trajo también consigo a su confesor jesuita francés habituado a tales prácticas, y aunque llamaría luego al regío confesonario a jesuitas españoles, todos ellos seguirían el modelo del famoso confesor de Luis XIV padre François de La Chaise. Así continuaría bajo el reinado de su hijo Fernando VI, por lo que desde 1700 hasta 1755 en que cayó el padre Rábago, el oficio de confesor real para dirigir no sólo la conciencia del monarca, sino también la política eclesiástica, estuvo siempre en manos de complacientes hijos de la Compañía.

Ya conocemos como el famoso padre La Chaise, siendo rector del colegio de Lyon, envió a Claudio la Colombière a que le informase de lo que sucedía en Paray-le-Monial, y luego de informado, lo retiró, y como siendo ya confesor real, le destinó a la corte inglesa como capellán de Beatriz de Módena, duquesa de York. Durante la larga contienda de Luis XIV frente al beato Inocencio XI sobre las pretensiones galicanas de disponer de las temporalidades de la Iglesia, que llevó al Papa a excomulgarle en secreto, el padre La Chaise, con escándalo del Pontífice, apoyó siempre la postura real frente a los derechos de la Iglesia.

El Corazón de Jesús también dispone de los confesores regios

SABEMOS también que tanto el padre La Chaise como su penitente Luis XIV, estuvieron en los designios de la Providencia para promover la devoción del Corazón de Jesús e instituir la fiesta en la Iglesia, y como ambos rehusaron atender su encargo.

Ya en el Antiguo Testamento Dios elige a podero-

sos monarcas como Nabucodonosor y Ciro para llevar a cabo sus designios para con el pueblo de Israel, por lo que no es extraño que Jesucristo, Rey de reyes y Señor de señores, mande en 1689 a santa Margarita María: «Haz saber al hijo mayor de mi Sagrado Corazón –Luis XIV– que, así como se obtuvo su nacimiento temporal por la devoción a los méritos de mi infancia, asimismo alcanzará su nacimiento a la gracia y a la gloria eterna por la consagración que haga de sí mismo a mi Corazón adorable, que quiere triunfar del suyo, y por su medio sobre los de los grandes de la tierra... a fin de hacerle triunfar de todos los adversarios de la Santa Iglesia... Este divino Corazón lo ha escogido como a su fiel amigo, para hacer autorizar la misa en su honor por la Santa Sede Apostólica.» (carta a la Madre Saumaise de 17 de junio de 1689).

Luis XIV fue llamado *Dieudonné*, don de Dios, porque cuando el reino desesperaba de tener un heredero, nació por la devoción de su madre, la reina española Ana de Austria, a la santa infancia de nuestro Señor. La mensajera precisaría también el camino que se le había indicado para que llegara el encargo al rey: por medio de su confesor: «Dios ha escogido al R.P. La Chaise para la ejecución de este designio, por el poder que le ha dado sobre el corazón de nuestro gran Rey, y tocará a él llevarlo a cabo.» (carta a la Madre de Saumaise en agosto de 1689)

Consecuencias de la negativa de penitente y confesor en cumplir el encargo del Corazón de Jesús

JESÚS mediante su mensaje proponía a Luis XIV que rectificara su galicana decisión, anulando siete años después los acuerdos de la Asamblea del Clero; que reconociera los derechos de la Iglesia y de su cabeza el Papa al que debía someterse, al tiempo que le pedía consagrara su persona y su corte a su Corazón, y que tras ello, reconciliado con Roma, solicitara su fiesta que sería sin duda bien recibida e introducida en la Iglesia.

Benévolos historiadores jesuitas franceses cuestionan que el mensaje del Corazón de Jesús llegara al padre La Chaise y a Luis XIV, pero hechos disipan dudas, ya que, de desconocerlo, no se explicaría que, tras la muerte del papa Inocencio XI, el orgulloso rey hubiera intervenido oficiosamente mediante su embajador en Roma en las gestiones del padre Croiset ante la Congregación de Ritos en pro de la fiesta que el Corazón de Jesús le había pedido solicitar. De ignorarse el mensaje en la fa-

milia real, tampoco se comprendería que su tataranieto Luis XVI, prisionero en 1793 en el Temple, y en vísperas de ser guillotinado, realizara su tardía consagración en términos similares a los dirigidos un siglo antes a su antepasado. La venerable Hermana Lucía de Fátima, que no sabía quien había sido Luis XIV, escribe en 1931 desde Pontevedra, que nuestro Señor, quejándose por la tardanza en efectuar la consagración de Rusia al Inmaculado Corazón de María, pedida por Nuestra Señora en Fátima el 13 de junio de 1917, le dijo: «Participa a mis ministros que, en vista de que siguen el ejemplo del rey de Francia en la dilación de la ejecución de mi petición, también lo han de seguir en la aflicción... No han querido atender mi petición... Al igual que el rey de Francia se arrepentirán, y la harán, pero ya será tarde. Rusia habrá ya esparcido sus errores por el mundo, provocando guerras y persecuciones a la Iglesia.»

La negativa del destinatario, el Rey Sol, comportó cambiaran los divinos designios del Corazón de Jesús «de hacerle triunfar de todos los adversarios de la Santa Iglesia», y comenzara a declinar su hasta entonces rutilante estrella con consecuencias funestas para la Cristiandad. Supuso la consolidación del protestantismo en la media Europa a la que no pudieron llegar los tercios españoles; el triunfo de la «Gloriosa» revolución en Inglaterra, preludio de las que le iban a seguir por vía sangrienta en el continente; el destierro de la dinastía de los Estuardo, y con ella el fin de las esperanzas del retorno del país a la fe católica, y la expansión y arraigo del islam hasta hoy por la cuenca del Danubio. La desgracia para la familia del displicente monarca, tras sucesivos e inesperados funerales en la corte, llevaría a su tataranieto a morir en la guillotina al cabo de un siglo. Por su parte a la desidia de su confesor y de su orden en asumir corporativamente el «encargo suavisimo» que el Corazón de Jesús les confiaba, seguiría en el siglo siguiente la gran tragedia de su expulsión de los países católicos y posterior extinción por el Papa.

De si la actuación de los sucesivos confesores jesuitas en la corte borbónica de Madrid fue realmente eficaz en orden a la difusión del mensaje del Corazón de Jesús en España; de si dichos confesores, recordando la fallida petición hecha a su antepasado, el Rey Sol, persuadieron a sus descendientes españoles a que pidieran ante Roma la autorización de la fiesta del Corazón de Jesús para las Españas, o si su regalista conducta se utilizó como uno más de los motivos que se invocaron para ocasionar la ruina de la Compañía, trataremos en próximos artículos.

Santa María de Ripoll en los orígenes de Cataluña

CARMEN CORTÉS

A pesar de su título, Santa María de Ripoll no es propiamente uno de tantos santuarios dedicados a la Virgen María que encontramos en Cataluña. Es la iglesia de un monasterio benedictino erigido en el año 880 a instancias de Wifredo el Velloso con el designio de repoblar y dotar de fuerza espiritual aquellas tierras que habían sido arrancadas de los «moros» y devueltas a la libertad de la fe cristiana.

Wifredo I protagonizó la conquista de Ripoll y de los lugares confinantes, también de Montserrat y muy probablemente de Manresa, así como de otros territorios cercanos. Pero la influencia de Ripoll fue particularmente decisiva desde los primeros momentos de la Reconquista emprendida desde el noreste de la Hispania visigoda y su influjo tuvo un gran alcance. En este sentido, Balari i Jovany, en su obra *Los orígenes históricos de Cataluña*, asegura que «la dominación del Campo de Tarragona está probada por la dotalia de Santa María de Ripoll del año 888».

La preeminencia otorgada a Ripoll sobre el resto del territorio pone de manifiesto que la labor de reconquista y repoblación llevada a cabo por aquel primer conde y sus descendientes no se limitó a lo civil-temporal. La antigua iglesia dedicada a María que presidía la confluencia entre los ríos Ter y el Freser fue escogida por Wifredo para impulsar bajo la protección de la Madre de Dios un nuevo pueblo que brotara de sus entrañas. Así lo ha transmitido la historia, lo ha testimoniado la tradición y, en este mismo sentido, se expresó el obispo de Vic, Torras i Bages, al señalar que «nuestros hermanos de Castilla dicen que Covadonga fue la cuna de su pueblo; los catalanes decimos que del nuestro lo es Ripoll; siempre al lado de la cuna está la madre, y por eso son estos sitios venerables Santa María de Covadonga y Santa María de Ripoll».

La imagen de Santa María que presidió el altar mayor del monasterio desde su origen hasta 1835 —en que será quemada por algunos revolucionarios anticlericales— tenía un origen muy particular. Se trataba de una talla de madera antigua, una de aquellas imágenes de ascendencia visigótica que confirmaba el arraigo de la devoción mariana en las tierras de Cataluña y, en particular, que la presencia de María en los valles de la comarca del Ripollés se remontaba incluso más allá de la fundación del mismo monasterio. Mucho tiene que ver con el conocido fenómeno de las «Mares de Déu trobades», que responde al pau-

latino hallazgo —normalmente rodeado de circunstancias más o menos sobrenaturales— de aquellas tallas dedicadas a la Madre de Dios, que con tanta conciencia y amor custodiaron los pueblos del antiguo reino visigótico, y que sus habitantes lograron preservar del sacrilegio.

Por otro lado, la historia de Ripoll refiere que los hijos de san Benito ya vivían su misión en aquellas tierras del Ter desde mucho antes de la fundación del monasterio de Santa María. Se tiene noticia de que el primer cenobio benedictino se constituyó en el siglo VI, en tiempos de Recaredo I. Cerca de aquella primera comunidad existía una pequeña capilla dedicada a la Madona en la que los habitantes de la comarca rivirollense veneraban una imagen de santa María desde tiempos inmemoriales. La tradición dice que este primer monasterio se puso bajo el amparo de aquella Virgen proclamándola su abogada y protectora. Sin duda, el transcurso de los siglos venideros muestra que santa María acogió la súplica de aquellos religiosos y que cumplió con su solicitud según la confianza que habían depositado en ella.

En tiempos del yugo árabe, el emir Alhaor quiso llevar su dominio hasta las Galias y, alrededor del 718, en su paso por aquellos valles camino de los Pirineos, destruyó las poblaciones y se ensañó de un modo salvaje con sus habitantes, sobre todo con los religiosos del lugar.

Durante las décadas siguientes se sucedieron otras tantas incursiones devastadoras y los pocos monjes supervivientes, así como los demás pobladores, se refugiaron y ocultaron en las cuevas y lugares recónditos del Montgrony y de Ribas, llevando consigo la imagen de santa María. La historiografía nos ha hecho llegar datos que corroboran que los montes y los alrededores del Montgrony acogieron a los cristianos despavoridos por la invasión sarracena y que, como en Asturias, aquellos también encontraron el amparo y protección del noble del lugar, un tal Quintiliano, que alzándose como jefe militar lideró a los cristianos refugiados en aquel paraje, opuso resistencia a los ismaelitas e inició las primeras incursiones y acometidas contra aquellos invasores.

Los reyes francos tomaron parte en aquella ingente hazaña en tiempos del temible Abderramán y, a la muerte de Pipino, su hijo Carlomagno hizo suyo el desafío de recuperar la estabilidad y la paz de la zona sometiendo definitivamente a los musulmanes. Sabe-

mos que fueron varias las campañas de Rey Magno en España, y una de ellas particularmente centrada en las tierras que se configurarían como marca de Hispania.

Como es sabido, durante la primera fase de la Reconquista, los territorios que formaron la Marca fueron divididos en condados y puestos bajo la autoridad de un *comes* que actuaba como jefe militar dependiente del rey franco. La Marca Hispánica vio nacer en su seno formas de vida y organización social según esquemas y principios prefeudales que facilitarían la empresa repobladora en un territorio fronterizo, cuya principal razón de ser era la de constituir un baluarte militar que sirviera de dique para contener posibles embestidas del poderío islámico.

Y, ciertamente, éste fue el propósito de aquellos reyes. Lo cual no obsta que José M^a Pellicer y Pagés, en su obra *Santa María del monasterio de Ripoll*, recoja las siguientes palabras reseñadas en el *Marcae Hispanicae liber tertio*, expresivas del verdadero espíritu y propósito que animaban a Carlomagno y a su hijo Luís: «consultando la recta administración de la Marca, procuraron con solicitud piadosa, restaurar e instituir abadías, que proveyeron de sabios y virtuosos varones, aptos no sólo para ilustrar al pueblo en los dogmas y prácticas del catolicismo, sino aun para regir civilmente con justicia sus comarcas».

Sin embargo, pocos años después de la muerte de Carlomagno, en torno al año 827, aquella tregua que devolvió la vida y la paz a los cenobitas de Santa María se vio otra vez truncada, ahora por la traición de un noble godo llamado Aizón, prófugo del reino franco, que se alió y abrió las puertas del condado de Ausona a las huestes del califa Abderramán II. Los valles del Ter y del Freser volvieron a sufrir terribles ataques que llegaron a destruir casi totalmente el monasterio ya reconstruido. Sus habitantes y los cenobitas, haciendo memoria de las narraciones de sus mayores, retornaron a las fragosidades del Montgrony y de Ribas. Habían logrado salvar las reliquias, los cálices, los valiosos códices con que Carlomagno les había obsequiado y, su tesoro más preciado, la imagen de Santa María.

Ahora bien, no en balde Carlomagno había fortificado la zona de frontera dividiéndola y encomendando su protección a diferentes prohombres. Como último conde investido directamente por el rey franco, Wifredo el Velloso asumió su responsabilidad y reunió un ejército capaz de vencer a los agarenos. Entró y recuperó el valle del Ter desde Camprodón y, pacificada y restituida la comarca a sus pobladores de derecho, «tomó especialmente a su cargo (entre otros templos a su piedad debidos) la construcción de la Casa de Santa María del cenobio de Ripoll, a donde congregó a los religiosos, llamados de varias partes, que con sus salmodias alabasen de continuo al Omnipotente». Así lo transcribe José M^a Pellicer y Pagés sirviéndose de

las actas del Concilio de Barcelona del año 906, de la dedicación de San Pedro del 890 y de Santa María del año 977, junto con la escritura de dotación del monasterio del 888.

Hay que decir que, en torno a los años 879 y 903, el primer abad de Ripoll llamado Daguino o Daguí era uno de aquellos cenobitas miembro de la comunidad sobreviviente del Montgrony. Podemos dar por supuesto el carisma del abad Daguí, pues Wifredo debió buscar y comprometer al mejor religioso de la zona, un hombre especialmente dotado para aquella empresa espiritual. De hecho, él personalmente le confiaría su hijo Rodolfo, que fue recibido y educado por el abad venido del Montgrony.

Así, con el impulso del Velloso, la abadía benedictina de Ripoll muy pronto prosperó y llegó a constituirse durante los siglos IX-XII en un centro espiritual señero de la Cristiandad. Su escuela monacal y sus abades tuvieron la misión, entre otras, de fundar otros monasterios. Así, en 1025, el abad Oliba de Ripoll –hijo del conde Bernat Tallaferro de Besalú– fundó el monasterio de Montserrat, recién conquistado a los moros. Podríamos decir que, a finales del siglo X y principios del siglo XI, el monasterio de Ripoll, siguiendo el nuevo empuje de Oliba, fue sin duda uno de los ejes de la cultura cristiana en la península, calificado por algunos como el Escorial de Cataluña.

Pero, muy particularmente, Santa María de Ripoll se alzaría como un foco de espiritualidad cristiana de corte profundamente mariana. Estamos sin duda ante un monasterio fundado e inspirado en el amor de un pueblo a la Madre de Dios como a su Madre y por la voluntad manifiesta de aquella que se hacía encontrar para proteger y revitalizar los espíritus que se veían amenazados por la religión de Mahomet.

Así lo entendió y expresó, por ejemplo, Jacint Verdager en el discurso inaugural de los Jocs florals de 1891, celebrados en Lérida. Refiriéndose a la ciudad que los acogía, el sacerdote, «príncipe de los poetas catalanes», evidencia esta especial conciencia de filiación a María: «Posada entre dos reialmes que la tenen per mare, entre Aragó que viu abraçat amb son Pilar miraculós, i Catalunya que es sent créixer a l'ombra sagrada de Montserrat, tu devies ser la ciutat de Maria per excelència. Canta, doncs a Maria; parla a aquesta ingrata nació que fou en altre temps son patrimoni. Record a als de part d'allà de l'Ebre que als peus de la Verge de Covadonga començà la reconquesta d'Espanya; record a als de part d'ací que prop del Montgrony y de Santa Maria de Ripoll principià la reconquesta de Catalunya. Record a uns i altres que la caravel·la amb que Colom volà a trovar el Nou Món de que adés hem perdut la darrera engruna, es deia Santa Maria. Digue a als qui treballen per la regeneració de la pàtria, que per refer una cosa no hi ha com aquell que l'ha feta, i al Déu que feia l'Espanya i que

*Fachada del monasterio
de Santa María de Ripoll*



l'aixecà un dia a tanta glòria; la Verge Maria el té en sos braços».*

La historia moderna del monasterio tiene una fecha señalada: el 1835. En aquellos tiempos de revolución liberal, sufrió un saqueo devastador que destruyó y profanó el templo y sus imágenes, así como las sepulturas y la biblioteca. Esta vez los impíos actos no fueron el fruto de la ignorancia o el fundamentalismo de una religión foránea, sino de la apostasía del mismo pueblo y, por lo tanto, de los propios hijos de Santa María. José M^a Pellicer y Pagés, en la obra anteriormente citada, nos ha hecho llegar una valiosísima crónica de aquellos desgraciados y funestos acontecimientos. Se trata de una verdadera crónica, detallada y objetivamente descriptiva de los hechos, fruto de testigos oculares e imparciales —entre los que parece se hallara él mismo—, al acabar la cual exclama poniendo estas palabras en boca de Berenguer el Santo: ¡Ay de Cataluña y de sus hijos! ¡ay de Ripoll!... ¿Y qué libertad es esta que sepulta el puñal en las entrañas del pío religioso; que desentie-

* Situada entre dos reinos que la tienen por madre, entre Aragón que vive abrazado a su Pilar milagroso, y Cataluña que se siente crecer a la sombra sagrada de Montserrat, tú debías ser la ciudad de María por excelencia. Canta, pues, a María; habla a esta ingrata nación que fue en otro tiempo su patrimonio. Recuerda a los de la otra orilla del Ebro que a los pies de la Virgen de Covadonga comenzó la reconquista de España; recuerda a los de esta parte que cerca de Montgrony y de Santa María de Ripoll empezó la reconquista de Cataluña. Recuerda a unos y otros que la carabela con la que Colón voló a encontrar el Nuevo Mundo, del que acabamos de perder la última migaja, se llamaba *Santa María*. Di a los que trabajan por la regeneración de la patria, que para rehacer una cosa nada mejor que quien la hizo, y que al Dios que hizo España y la alzó un día a tanta gloria, la Virgen María lo sostiene en sus brazos.

rra y ultraja a los muertos; que aplica la tea incendiaria a los más gloriosos recuerdos de la patria? ¿Y los que tal hacéis osáis llamaros catalanes? Agarenos liberticidas sois, que no libres cristianos; esclavos agarenos de un siglo destructor... ¡Ay de Cataluña y de sus hijos! ¡ay de Ripoll!».

Poco después, el monasterio fue incautado a la Iglesia por las leyes de desamortización. Pero un sucesor de Oliba, el obispo Morgades, se propuso como cosa muy querida la recuperación del Monasterio y su consagración. Así, la restauración moderna del monasterio se llevó a cabo entre el 1885 y el 1895. En 1893 se volvió a consagrar el altar y se restituyó al templo y al monasterio la dignidad profanada. Pero, en adelante, el lugar de la antigua talla visigótica estará presidido por un precioso mosaico de la Virgen que el mismo León XIII hizo llegar como ofrenda a Ripoll y al pueblo catalán.

El 15 de septiembre de 1895 se celebró la fiesta llamada «Corona poética a Nuestra Señora de Santa María de Ripoll». Morgades encomendó el sermón a Torras i Bages. Destacamos unas palabras del futuro sucesor de Morgades que reflejan el sentido expiatorio de aquella labor de restauración del Monasterio asumiendo la fuerza y el dinamismo revitalizador de la tradición: «El siglo IX, en que se construyó esta basílica, y el siglo XIX, en que ha sido reconstruida, son, en cierto sentido, una misma cosa, porque los hombres, aunque estén a siglos de distancia los unos de los otros, tienen una misma naturaleza; y la verdad es siempre la reina de la humanidad, por lo que la Virgen María, que engendró en su vientre la Verdad eterna y la dio a los hombres, es el trono de la sabiduría, quien debe gobernar el mundo; así como en el siglo IX la Virgen fue la benéfica Madre quien daba el calor vital a la Cataluña naciente, así también en el siglo XIX debe ser la que infunda el espíritu de vida a la Cataluña renaciente».

Santa María de Cervelló

LAURA CASALS

MARÍA de Cervelló nació en Barcelona el día 1 de diciembre de 1230. Su venida al mundo fue motivo de gran alegría para sus padres, pues habían deseado ardientemente tener hijos. Fue gracias a sus oraciones y las de san Pedro Nolasco, fundador de la Orden de la Merced, que el Señor les concedió al fin la gracia de tener descendencia, siendo María ese regalo del Cielo.

A los ocho días de su alumbramiento, fue bautizada en la iglesia de Santa María de las Arenas –la actual Santa María del Mar–, teniendo por pila bautismal el sarcófago de piedra de santa Eulalia, mártir y patrona de Barcelona.

La pequeña María creció bajo la mirada y cuidado de sus padres, Guillén y María, y fue educada a la luz de una fe y caridad profundas. Su pureza de alma extraordinaria le hacía llorar ya de niña las faltas más pequeñas. Brillaba también por su inocencia y su piedad y buscaba con frecuencia estar sola y leer vidas de santos, cuyas virtudes se esforzaba en imitar.

Los Cervelló pertenecían a la más alta aristocracia barcelonesa y tenían su aposento en el palacio de la calle Montcada. Sin embargo, esas comodidades y bienes en los que estaban envueltos no les privaban de llevar una vida auténticamente cristiana. Desde muy niña iban con su madre cada semana al hospital de Santa Eulalia a visitar y ayudar a los enfermos. Fue de su madre, asimismo, de quien recibió la fe, la piedad profunda y la educación en la práctica de las virtudes, creciendo cada día en amor a Dios y a los más necesitados. Trabajadora y hacendosa, ocupaba su tiempo, además, en preparar los ornamentos para la iglesia o confeccionando vestidos para los pobres. Así es como fue forjándose su corazón en una sensibilidad especial hacia nuestro Señor y los desvalidos.

Su familia mantenía estrecho contacto con los mercedarios, participando asiduamente en sus oficios y colaborando con sus bienes en la redención de los cautivos. María, por su parte, fue haciendo suyo el carisma de la Orden, entregándose en oración y en obras por la sanación de los pobres redimidos.

Dotada de una belleza especial y de elegidas cualidades morales, en su juventud fue solicitada en matrimonio por apuestos y acomodados jóvenes. Pero ella, llamada por el Señor a una mayor entrega, no les prestaba atención. Con el consejo de su

director espiritual el padre Bernardo de Corbera, por aquel entonces superior de la Orden en Barcelona, y previo consentimiento de sus padres, a los 18 años hizo voto de castidad. El día 12 de marzo de 1248, festividad de santa Eulalia y día de la fiesta mayor de Barcelona, al terminar el oficio de los mercedarios María subió al altar y puso su vida en manos del Esposo. Allí mismo cortó su larga y atractiva cabellera y dejó sus elegantes vestidos tomando un hábito de lana gruesa.

Siguió viviendo en su casa, llevando una vida de oración y de obras de caridad. Devotísima de la Eucaristía, oía misa a diario en la capilla de su palacio y pasaba largos ratos acompañando a Jesús sacramentado. El papa Pío XII, en el Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona en 1952, la mencionó como «Un apóstol de la comunión cotidiana». Tenía también un especial cariño a nuestra Señora de la Merced, a quien iba a visitar con frecuencia. Cuando en 1260 murió su padre, se trasladaron con su madre a una modesta casita en la calle Ample, cerca del convento de los mercedarios. Allí empezaron una vida de entrega al Señor y a los más pobres. Los años siguientes se fueron uniendo a ellas otras mujeres distinguidas entre las que destacan María Eulalia Pins e Isabel Pertì.

Cinco años más tarde, a la muerte de su madre, María donó todo su patrimonio para el rescate de los cristianos cautivos, abrazando así la vida de pobreza propia de aquellos que se consagran al Señor. Fue por aquel entonces también cuando la santa y otras amigas suyas pidieron a los mercedarios fundar la rama femenina de la Orden. En el capítulo general de la Orden de la Merced del año 1265, en Tarragona, les fue concedido el permiso y el día 25 de marzo de ese mismo año vistieron María y otras mujeres el hábito de la Orden de la Merced –blanco– y sobre el pecho el escudo mercedario –la cruz y las barras de sangre.

Ese mismo día fue nombrada María de Cervelló superiora de la primera comunidad femenina mercedaria por la ejemplaridad de sus virtudes. María, como buena superiora, era la primera en practicar aquello que pedía a sus religiosas; la primera en el sacrificio y en la ayuda al prójimo. Llevaban una vida de oración y penitencia: ayunaban, como el fundador de la Orden, tres días a la semana a pan y agua, dormían en el suelo y se entregaban a otras penitencias por la redención de los cautivos. Pronto



Santa María de Cervelló (iglesia de los santos Justo y Pastor, Barcelona)

se llenó el convento de santas mujeres de ricas familias de Barcelona, ardientes de consagrarse a Dios y de entregarse a las obras de piedad y de misericordia.

Cabe destacar que la Orden de la Merced había sido inspirada por el Señor a san Pedro Nolasco para la redención de los cautivos en África; de los cristianos en poder de los sarracenos. Así, era propio de la Orden hacer un cuarto voto: el de entregarse a la redención de los cautivos, tanto en los viajes como, si fuera necesario, tomando el lugar de un cautivo. Las religiosas también hacían dicho voto aunque no viajaban en rescate de ellos, sino que su labor era la de cuidarlos y acogerlos una vez redimidos y ayudarles a rehacer sus vidas, pues se hallaban por lo general en un estado de abatimiento tanto físico como moral y espiritual. María y sus religiosas los asistían, los curaban, los instruían y les proporcionaban el aliento espiritual para sus almas. Sin dejar nunca la vida de oración profunda y la penitencia por los mercedarios y su misión.

Modelo de religiosas mercedarias, mujer fuerte, María llevó siempre, junto a sus hermanas, una vida de oración y apostolado intensos. Eran frecuentes sus visitas a los hospitales y a las casas de enfermos, quienes hallaban en ella una mirada de amor y de gracia.

Entre sus virtudes destacan la virginidad y el desprendimiento. En la iconografía religiosa aparece con un lirio en la mano, símbolo de su admirable pureza. María de Cervelló fue templo vivo del Espíritu Santo, incendiado su corazón en un amor virgen, tan abrasado de este amor que hizo de toda su vida un sacrificio de alabanza al Señor. Su virginidad no fue

estéril, sino fecunda, siendo ella madre espiritual de tantos cautivos, enfermos y pobres. Veía en ellos a Jesús, su Amado, necesitado de amor, de cuidado, de comida, de consuelo. Y así como por su Señor había dejado todo y se había entregado toda ella, asimismo hizo con los pobres, despojándose de todos sus bienes materiales para poder servirles; dando vida a las palabras que Jesús dijo al joven rico: «Si quieres ser perfecto, le dijo Jesús, ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres: así tendrás un tesoro en el Cielo. Después, ven y sígueme».

También se la conoce por ser muy barcelonesa. Durante toda su vida vivió inmersa en la sociedad, obras y apostolado de la ciudad, visitando el hospital de Santa Eulalia y acogiendo a los cautivos redimidos. Su amor a Barcelona se refleja asimismo en sus devociones: nuestra Señora de la Merced y santa Eulalia. Incluso, como señaló el consejero Francesc Falguera con motivo de su canonización: tan barcelonesa era que no había dejado su ciudad ni después de su muerte, sino que su cuerpo permanecía incorrupto –a pesar de las vicisitudes, incendios antirreligiosos y profanaciones– como signo de su presencia entre los barceloneses, sus hermanos.

El Señor la colmó de gracias y obró, por sus oraciones, algunos milagros. María rezaba por los navegantes y especialmente por los religiosos de su Orden, que viajaban a África a redimir cautivos, exponiéndose a peligros como tempestades en la mar o asaltos de piratas. En ciertas ocasiones se había aparecido en terribles tempestades en las que los redentores se hallaban inmersos y había apaciguado las aguas con su presencia. Es por esto que se la representa con un barco en la mano y que se la conoce con el nombre de santa María del «Socors» o del Socorro.

Como fiel hija de la Orden, María fue incomparable redentora y mártir en su deseo de redimir cautivos, pues en espíritu acompañaba a los padres mercedarios en sus redenciones.

Tras una vida de entrega y de amor a Dios y a los más pobres, murió María de Cervelló en su convento el día 19 de septiembre de 1290. Su muerte fue un gran acontecimiento en la ciudad, que durante tres días se rindió a los pies de su tumba. Enfermos, cautivos redimidos y todos los ciudadanos pasaron ante el féretro de su querida María, recibiendo muchos de ellos gracias y curaciones.

Las religiosas pusieron su cuerpo en una caja de madera y ésta bajo una bóveda junto al altar de la capilla de Santa María, en la iglesia de nuestra Señora de la Merced, donde aún se encuentran sus reliquias hoy en día. Años más tarde se introdujo su causa de canonización y se descubrió que su cuerpo estaba incorrupto. Finalmente, el 15 de febrero de 1692 fue canonizada por el papa Inocencio XII, para mayor gloria de Dios, santa María de Cervelló.



Pequeñas lecciones de historia

Edmund Campion (VII): el apostolado de los jesuitas en Inglaterra

GERARDO MANRESA

EL padre Robert Persons, que era el superior de esta pequeña comunidad de jesuitas formada por dos sacerdotes y un hermano lego, entró primero en Inglaterra y preparó el camino a Campion. Tras librarse milagrosamente del interrogatorio del alcalde de Dover, Campion llegó a Londres donde ya le esperaban y durante los primeros días se dedicó a ir conociendo a las personas y simpatizantes que podían ayudar en Inglaterra, esperando la llegada de Persons que había salido de Londres.

Lo primero era aclarar ante todos el objetivo de la misión de los jesuitas en Inglaterra y para ello se preparó una conferencia para el mes de julio, reunión que se llamó Sínodo de Southwark. A ella asistieron los tres o cuatro sacerdotes que estaban en Londres, varios misioneros que habían podido llegar y unos laicos.

Las principales cuestiones debatidas fueron, en primer lugar, la prohibición absoluta de toda acción política. En segundo lugar, se trató de la norma de la asistencia a las liturgias protestantes. Aunque el Concilio de Trento se había pronunciado con una negativa total, en Inglaterra, con la excusa de que en las oraciones de la mañana que se ofrecían en la liturgia anglicana no había nada anticatólico, se asistía a la liturgia y así se aseguraba la inmunidad ante la persecución; pero el acto de liturgia anglicana constituía un acto de adhesión a la fundación isabelina. Persons se pronunció en términos de prohibición absoluta, de forma que dejaba fuera del cuerpo católico a quien se atuviera a la ley, pues era como asistir a una Iglesia en la que se hacen votos para impugnar la verdad y borrar a la Iglesia católica.

A continuación se trató de los diferentes ritos que se usaban en la Iglesia católica inglesa. El más común era el *Sarum*, variante del rito romano originado en la diócesis de Salisbury que se había extendido en Inglaterra y Escocia en la década de 1530. La respuesta fue sencilla: se debía conservar lo que era tradición en cada distrito y no se debía alterar nada.

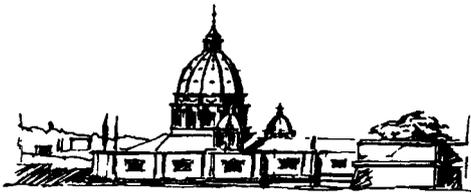
Cuando el Sínodo estaba a punto de concluir, una proclama gubernamental vino a poner más presión contra los católicos; sin dar pruebas de veracidad se afirmó que se preparaba una Liga católica organizada por el Papa y Felipe II contra Inglaterra e instaba «a todos los súbditos reales a apoyar con cuerpos y armamento» y «abstenerse de obligar a Su Majestad a usar la espada de justicia contra ellos». Ello fue motivo de que la ley se aplicase con mayor rigor contra los católicos. En pocos meses las prisiones se llenaron de católicos, e incluso se habilitaron castillos para recluirllos. La

postura de los católicos fue siempre de aceptar a la reina de Inglaterra, como la autoridad civil legítima.

Finalizado el Sínodo, los padres se fueron de Londres a diferentes provincias, vigilando de no dejar ninguna huella de su paso. Posteriormente se pudo ir haciendo una reconstrucción de su recorrido por la correspondencia y por diversas fuentes de información que fueron apareciendo. Campion se desplazaba con una cierta comodidad, montado a caballo y disfrazado de caballero de mediana fortuna, atendido por un mozo, que generalmente era un joven de la última casa donde había pernoctado. Rara vez paraba más de una noche en el mismo lugar. Así fue recorriendo el país y comprobando los edificios de los viejos monasterios con los tejados destrozados por el plomo y los muros como cantera de nuevos edificios. Muchas generaciones tendrían que venir para volver a restablecer la Iglesia tradicional católica. Pero estas tristezas se le pasaban cuando llegaba al final del día a la casa en que le esperaban y veía la alegría y el amor con que agasajaban a los sacerdotes marianos o misioneros.

En estas casas eran recibidos como huéspedes del máximo honor y la mayoría de ellas, en los años precedentes, habían sido dotadas de armarios secretos para guardar los ornamentos, las aras del altar, los vasos y los libros sagrados y estos «agujeros de curas» podían alojar también al sacerdote en caso de registro. Muchos de ellos vivían en la casa como criados. Aunque los jesuitas eran una novedad en Inglaterra les dispensaron el mismo caluroso recibimiento. Los sacerdotes marianos (ordenados en tiempos de la reina católica María Tudor), desvinculados totalmente del control episcopal, de relaciones con otros clérigos, se encontraban con graves problemas morales para los que, por su sencilla formación, no encontraban solución. Para ellos, Persons y Campion eran su consuelo y rezaban para que la Compañía enviara más jesuitas.

Atrás quedaban los días apáticos cuando los católicos, entre bostezos, oían superficialmente la misa dominical. Arrastrada de nuevo a la vida de catacumbas, la Iglesia estaba recuperando su carácter, si la misa no duraba una hora no quedaban contentos y si había varios sacerdotes era un placer oír tantas misas como se decían. La llegada de Campion a una zona era una importante noticia y éste se pasaba las noches confesando, aconsejando y recibiendo por turno a cada una de las personas que lo solicitaban. Por la mañana decía misa, repartía la Comunión y después predicaba. Sus sermones cautivaban a los fieles.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Campana de oración en Nigeria

ANTE la dramática situación que están viviendo los cristianos nigerianos, hostigados continuamente por el grupo islámico Boko Haram, la Iglesia católica en Nigeria ha realizado un llamamiento a todos los fieles para que los próximos meses de julio a diciembre sean meses de intensa oración por el restablecimiento de la paz y el orden en el país, iniciativa que propone realizar a cuatro niveles: familiar, parroquial, diocesano y nacional. En este sentido proponen, por ejemplo, el rezo del santo Rosario en familia todos los sábados por la noche o la organización de jornadas de oración las parroquias los últimos sábados de mes, con la práctica del santo Rosario y la adoración eucarística.

Para cada uno de los meses los obispos nigerianos han propuesto una intención particular: el mes de julio será dedicado a pedir la liberación de todas las personas secuestradas; en el mes de agosto se rezará por todos los que sufren las consecuencias de la violencia; en septiembre se encomendará a los agentes de las fuerzas de seguridad que han perdido la vida o fueron heridos al defender el país; en el mes de octubre se orará por la unidad, la paz y el buen gobierno; el mes de noviembre estará dedicado a rezar por la erradicación de la corrupción y la promoción de la justicia; finalmente, el mes de diciembre centrará su oración por la promoción de los valores familiares, la familia y la protección de la vida humana.

El papa Francisco viaja a Tierra Santa

TRAS el viaje realizado a Brasil con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud de 2013, el reciente viaje del papa Francisco a Tierra Santa (24 al 26 de mayo de 2014) ha constituido la segunda travesía del Pontífice fuera de Italia durante su pontificado. La peregrinación, que ha contado con tres etapas –Amman (Jordania), Belén (Palestina) y Jerusalén (Israel)– se ha realizado coincidiendo con el cincuentenario del histórico encuentro entre el papa Pablo VI y el patriarca de Constantinopla Atenágoras I, y ha tenido como lema «Para que todos sean uno». De hecho, el mismo papa Francisco ya había señalado que el centro de su peregrinación sería la reunión con el patriarca greco-ortodoxo Bartolomé de Constantinopla y los jefes de las Igle-

sias en Jerusalén con el objetivo de conmemorar y renovar el compromiso con la unidad expresado por el papa Pablo VI y el patriarca Atenágoras hace cincuenta años en Jerusalén.

En la declaración conjunta firmada por el papa Francisco y el patriarca Bartolomé ha quedado recogido este mutuo deseo de unidad, una unidad que «se pone de manifiesto en el amor de Dios y en el amor al prójimo», y la impaciente esperanza de «que llegue el día en el que finalmente participemos juntos en el banquete eucarístico». En este sentido, afirma la mencionada declaración, «el diálogo teológico emprendido por la Comisión Mixta Internacional ofrece una aportación fundamental en la búsqueda de la plena comunión entre católicos y ortodoxos». En los periodos sucesivos de los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI, y del patriarca Dimitrios, el progreso de nuestros encuentros teológicos ha sido sustancial. Hoy expresamos nuestro sincero aprecio por los logros alcanzados hasta la fecha, así como por los trabajos actuales. No se trata de un mero ejercicio teórico, sino de un proceder en la verdad y en el amor, que requiere un conocimiento cada vez más profundo de las tradiciones del otro para llegar a comprenderlas y aprender de ellas. Por tanto, afirmamos nuevamente que el diálogo teológico no pretende un mínimo común denominador para alcanzar un acuerdo, sino más bien profundizar en la visión que cada uno tiene de la verdad completa que Cristo ha dado a su Iglesia, una verdad que se comprende cada vez más cuando seguimos las inspiraciones del Espíritu Santo. Por eso, afirmamos conjuntamente que nuestra fidelidad al Señor nos exige encuentros fraternos y diálogo sincero. Esta búsqueda común no nos aparta de la verdad; sino que más bien, mediante el intercambio de dones, mediante la guía del Espíritu Santo, nos lleva a la verdad completa (cf. Jn 16,13). Y, mientras nos encontramos aún en camino hacia la plena comunión, tenemos ya el deber de dar testimonio común del amor de Dios a su pueblo colaborando en nuestro servicio a la humanidad, especialmente en la defensa de la dignidad de la persona humana, en cada estadio de su vida, y de la santidad de la familia basada en el matrimonio, en la promoción de la paz y el bien común y en la respuesta ante el sufrimiento que sigue afligiendo a nuestro mundo. (...) En un momento histórico marcado por la violencia, la indiferencia y el egoísmo, muchos hombres y mujeres se sienten perdidos.

Mediante nuestro testimonio común de la Buena Nueva del Evangelio, podemos ayudar a los hombres de nuestro tiempo a redescubrir el camino que lleva a la verdad, a la justicia y a la paz. Unidos en nuestras intenciones y recordando el ejemplo del papa Pablo VI y el patriarca Atenágoras, de hace cincuenta años, pedimos que todos los cristianos, junto con los creyentes de cualquier tradición religiosa y todos los hombres de buena voluntad reconozcan la urgencia del momento, que nos obliga a buscar la reconciliación y la unidad de la familia humana, respetando absolutamente las legítimas diferencias, por el bien de toda la humanidad y de las futuras generaciones. Al emprender esta peregrinación en común al lugar donde nuestro único Señor Jesucristo fue crucificado, sepultado y resucitado, encomendamos humildemente a la intercesión de la Santísima siempre Virgen María los pasos sucesivos en el camino hacia la plena unidad, confiando a la entera familia humana al amor infinito de Dios.

Finalizan en Daroca los actos de conmemoración del 775 aniversario de la llegada de los Sagrados Corporales

CORRÍA el año 1239. Las tropas cristianas de Daroca, Teruel y Calatayud se disponían a conquistar a los moros el Castillo de Chío (Luchente), distante tres leguas de Játiva (Valencia). El capellán D. Mateo Martínez, clérigo de la iglesia de San Cristóbal de Daroca, celebraba momentos antes misa en la que consagró seis formas destinadas a la comunión de los seis capitanes de aquellas tropas. Un ataque por sorpresa del enemigo musulmán obligó a suspender la misa, ocultando el capellán las formas que ya estaban consagradas envueltas en los corporales en un pedregal del monte. Rechazado el ataque del que salieron los cristianos victoriosos, los comandantes pidieron al sacerdote que les diera la Comunión en acción de gracias al Señor

por la victoria. El padre Mateo fue al lugar donde las había escondido y se encontró a las seis hostias empapadas en sangre y pegadas a los corporales. Los comandantes se regocijaron ante lo que vieron, tomándolo como una señal de Jesús de que iban a ser victoriosos. Hicieron que el sacerdote levantara el corporal manchado de sangre en un marco, como un estandarte, y volvieron a la batalla, reconquistando el Castillo de Chío. Acabada la lucha, cada uno de los comandantes quiso llevarse a su ciudad de origen el sagrado corporal para ser allí honrado. Tras discusiones y sorteos fallidos, el general propuso una solución de compromiso: pondrían el corporal en la espalda de una mula para que vagara como quisiera hasta que encontrara un lugar donde parar, lugar que considerarían el escogido por el Señor para que se quedara allí el corporal. Tras doce días de viaje y más de doscientas millas recorridas, la mula cayó muerta ante la iglesia de San Marcos en la ciudad de Daroca, lugar en el que se depositó el Sagrado Corporal, que más tarde sería trasladado a la basílica de Santa María.

Este año 2014, por tanto, se ha cumplido el 775 aniversario de la llegada de los Sagrados Corporales a la ciudad de Daroca y los habitantes de esta ciudad aragonesa han celebrado este acontecimiento con gran entusiasmo y devoción como muestra de agradecimiento al Señor por los dones recibidos y expresión de su deseo de mantener viva la devoción eucarística y la fe en el Santísimo Sacramento. Los actos de conmemoración se iniciaron el pasado 16 de febrero, coincidiendo con el mes en que se produjo el milagro en Luchente, con una misa en la basílica de Santa María de los Sagrados Corporales presidida por el arzobispo de Zaragoza, Manuel Ureña, y se han prolongado hasta el 26 de junio, fiesta del Corpus Christi y 750 aniversario de su institución. En su organización han colaborado diferentes instituciones –eclesiásticas, comarcales y municipales– y las cofradías Muy Ilustrísima y Antiquísima Cofradía de los Sagrados Corporales y las Damas del Santísimo Misterio.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Julio

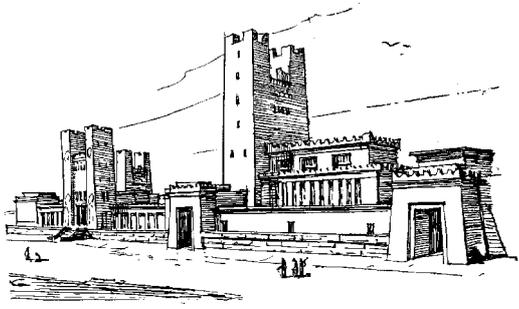
Universal: Para que la práctica del deporte sea siempre ocasión de fraternidad y crecimiento humano.

Por la evangelización: Para que el Espíritu Santo sostenga el servicio de los laicos que anuncian el Evangelio en los países más pobres.

Agosto

Universal: Para que los refugiados, obligados a abandonar sus casas por causa de la violencia, sean acogidos con generosidad y respetados en sus derechos.

Por la evangelización: Para que los cristianos en Oceanía anuncien con alegría la fe a todos los pueblos del continente.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Escándalo en Europa con la iniciativa «One of us»

UNO de Nosotros, *One of us*, es la iniciativa ciudadana europea que, con más de un millón setecientas mil firmas, ha recogido más apoyos en la historia de las instituciones europeas. La iniciativa pedía que no se destinasen fondos públicos para la investigación con embriones ni en proyectos de ayuda internacional que incluyesen destrucción de embriones humanos. Tras un gran esfuerzo organizativo, las firmas se presentaron y fueron validadas, pero la Comisión Europea presidida por Durao Barroso, en el último día de su mandato, hizo público su veto a la iniciativa, que de esta manera no se podrá ni siquiera debatir en el Parlamento Europeo. ¿La excusa? «*El Parlamento Europeo ha discutido recientemente sobre este asunto y ha decidido cuál será la política de la Unión Europea al respecto*». Uno no puede dejar de preguntarse: ¿Y quién es la Comisión para juzgar sobre la oportunidad política de la iniciativa? Sólo les ha faltado añadir que están muy ocupados negociando sus emolumentos y que no les molestan, pobres siervos de la gleba, con tonterías. Hasta Luis XIV, el Rey Sol, sabía guardar mejor las formas.

Esta acción muestra, por otra parte, el verdadero rostro de la Unión Europea actual. Habían incluido el mecanismo de la iniciativa ciudadana europea en el Tratado de Lisboa, una concesión para contentar a quienes hablaban de «déficit democrático» en la UE y que ahora sabemos que nunca han pensado en aplicar realmente. El desprecio a cientos de miles de europeos es tan descomunal que debería marcar un antes y un después.

Para hacer algo de una enormidad tal, las presiones han tenido que ser muy fuertes y el miedo a que se hablara en sede parlamentaria del asunto también muy considerable. Porque lo normal es que hubiesen dejado que la iniciativa llegara al Parlamento, y allí, la hubiesen despachado con un voto negativo. Se habrían guardado las formas. ¿Por qué han optado por la estafa y el desprecio a miles y miles de europeos? ¿Por qué este abuso de poder tan evidente?

Un europarlamentario húngaro, László Surjan, vicepresidente del Parlamento Europeo, ha afirmado que «*las razones de la Comisión Europea son ridículas. Estoy profundamente en desacuerdo con la decisión, es una bofetada en la cara de los ciudadanos y una traición hacia ellos*». Así es. Y es que tras esta decisión, y mientras no cambien las cosas, nadie honesto puede defender la Unión Europea y sus instituciones. Así de simple, así de grave.

Para comprender mejor la lógica de lo sucedido, me permitiré traer una cita de Gustavo Zagrebelsky, antiguo presidente del Tribunal constitucional italiano, quien en un libro colectivo sobre la democracia, describe a la democracia actual como el «régimen de la ilusión». Dice así: «*El más benigno de los regímenes políticos, en apariencia, es en realidad el más maléfico. El “principio mayoritario”, que es la misma esencia de la democracia, se convierte de hecho en “principio minoritario”, que es la esencia de la autocracia: una autocracia que se apoya en el gran número, pero que no obstante sigue siendo autocracia y, por esta misma razón, más peligrosa o, en cualquier caso, no menos peligrosa que el poder en manos de pequeños círculos de persona que se apoyan únicamente en ellos mismos*». Y sí, lo que acabamos de vivir con la iniciativa *One of us* es autocracia de la peor especie, aunque se adorne de todos los ropajes «democráticos» que se quiera.

Auge del euroescepticismo en las elecciones europeas de mayo de 2014

NINGUNA sorpresa: en cierto modo, los resultados de las elecciones europeas del pasado mes de mayo han sido un reflejo de la política dominante en la Unión Europea, que se expresa en decisiones como la que acabamos de comentar. Una burocracia desconectada de los problemas reales de los europeos y volcada en imponer un despotismo laicista no es de extrañar que haya provocado el mayor auge de los grupos euroescépticos que se haya dado jamás en unas elecciones europeas.

Con matices y diferencias nacionales, los parti-

dos dominantes en la política europea durante los últimos decenios, «populares» democristianos y socialistas, han conseguido sus peores resultados. Todo lo contrario a los diversos partidos euroescépticos que han cosechado resultados inimaginables hace no tanto. Estos grupos son muy heterogéneos, aunque se pueden agrupar, con muchos matices, en dos tipologías: los que podríamos encasillar en la «extrema derecha», con un discurso que incorpora ciertas dosis de rechazo a la inmigración extracomunitaria, y los que podemos clasificar en la «extrema izquierda», marxistas que han encontrado en el populismo bolivariano su fuente de inspiración para resucitar los postulados de la revolución comunista. Entre los primeros, han conmocionado la política francesa e inglesa Marine Le Pen, líder del Frente Nacional, y Nigel Farage, cabeza del UKIP, partido de la independencia del Reino Unido. Le Pen se ha convertido en la candidata más votada en Francia, provocando un verdadero cataclismo al quebrar el perímetro de seguridad que los partidos «demócratas» siempre habían mantenido en torno a un Frente Nacional aislado. En cuanto a Farage, sus óptimos resultados alejan al Reino Unido de una plena integración en la Unión Europea y ponen en un aprieto al gobernante partido conservador, que ve en peligro su mayoría en las próximas elecciones generales por la erosión que el UKIP ha provocado entre parte de su electorado.

Si la tendencia más común en Europa ha sido el auge del euroescépticismo de extrema derecha, en los países del sur el voto de protesta se ha agrupado principalmente en torno a opciones revolucionarias marxistas con abundantes dosis de populismo inspirado en la revolución bolivariana de Hugo Chaves. Grecia y España han sido los países en los que esta apuesta ha conseguido mayor número de votos.

Está por ver cuántos de estos votos dirigidos a partidos que desafían el orden establecido se consolidarán en otro tipo de elecciones y cuántos no pasarán de ser un fenómeno puntual de protesta que se ha manifestado en las elecciones europeas. Lo que resulta claro es que el proyecto europeísta suscita cada vez menos apoyos y que en momentos de crisis intensa las posibilidades para los grupos populistas y demagógicos se incrementan fuertemente, en gran medida gracias a la inanidad y al despotismo laicista de los partidos dominantes que antes ejemplificábamos con la postura de la Comisión Europea en contra de la defensa del embrión.

Michelle Bachelet, nueva presidenta de Chile

ACABADO el mandato de Sebastián Piñera, las elecciones presidenciales chilenas han llevado al poder a la socialista Bachelet. Tras cinco años marcados por el desarrollo económico, la agitación social y la incapacidad del gobierno de centroderecha para disputar la hegemonía cultural a la izquierda marxistizante, los chilenos han elegido a la candidata de la coalición Nueva Mayoría, formada por el Partido Socialista, el Partido Demócrata Cristiano, el Partido por la Democracia, el Partido Radical Socialdemócrata, el Partido Comunista y otros grupos de izquierdas como la Izquierda Ciudadana y el Movimiento Amplio Social.

Las primeras medidas de Bachelet son suficientemente significativas de los caminos por los que parece querer llevar a Chile y, al mismo tiempo, suponen un buen ejemplo de las políticas que impulsan los socialistas del siglo XXI cuando acceden al poder. Nos fijaremos en tres medidas que afectan a cuestiones de calado. En primer lugar, resulta curioso que una de las primeras medidas de la nueva presidenta haya sido la derogación de una ley de defensa del consumidor que prohibía a los bancos subir comisiones sin comunicarlo previamente a los clientes. Una medida no tan sorprendente si tenemos en cuenta que Jorge Awad, presidente de la Asociación de Bancos e Instituciones Financieras de Chile, ha contribuido generosamente a costear los gastos de la campaña presidencial de Bachelet.

En segundo lugar, el ataque a la educación no estatal bajo la consigna de la eliminación del lucro en el ámbito educativo. Se trata, en última instancia, de controlar la educación para poder imponer de este modo un determinado modelo educativo y social, impregnado de ideología igualitarista y de género. Nociones como libertad, respeto a las conciencias y derecho de los padres a decidir sobre el tipo de educación que recibirán sus hijos son ajenas al modelo socialista impulsado por Bachelet.

Por último, en tercer lugar, la decisión de despenalizar el aborto y abrir las puertas así al asesinato de miles de chilenos sacrificados en el altar de la permisividad sexual. Favores inconfesables y corrupción económica, ataques a la libertad de educación y promoción de la cultura de la muerte a través del aborto: puntos clave de un programa que, por desgracia, conocemos demasiado bien y que apunta a conseguir en Chile el mismo efecto que se ha obtenido en Europa, esto es, secar la fe y secularizar el país.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

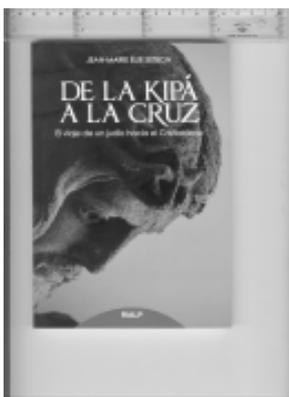
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

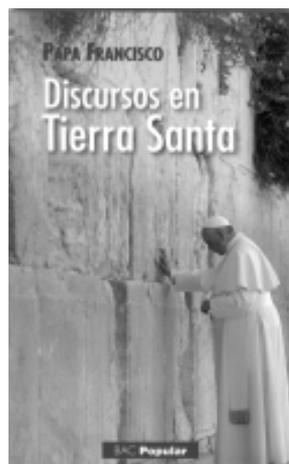
Este mes recomendamos:



De la kipa a la cruz
Autor: Jean-Marie Elie Setbon
Editorial: Rialp
160 páginas
Precio: 15,00 €

«Siempre me he sentido atraído por Jesús. Durante la adolescencia quise convertirme al cristianismo. Pero sabía que sería un escándalo, porque cuando un judío se convierte, su familia lo vive como una traición. Quería ser cristiano, pero me hice judío ultraortodoxo y luego judío *hasid*. Mi corazón me llevaba

hacia Jesús, pero mi cabeza se resistía y mi identidad judía pesaba más. Un día, por fin, después de un largo camino, Dios retiró el velo de mis ojos...»



Discursos en Tierra Santa
Autor: Papa Francisco
Editorial: BAC
104 páginas
Precio: 8,00 €

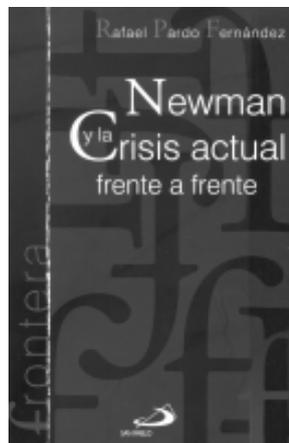
Encuentros, sí. Encuentros con el patriarca ecuménico y otros líderes cristianos; encuentros con máximos representantes del judaísmo y del islamismo; encuentros con los principales políticos de la región; encuentros con la diezmada comunidad católica. Peregrinación de encuentros del Papa de la cultura del encuentro. Peregrinación de siembra del Papa sembrador de la alegría y de la esperanza.



La familia Gyurkovics
Autor: Ferenc Herczeg
Editorial: Palabra
432 páginas
Precio: 19,90 €

Nadie que conozca a la señora Gyurkovics o a alguno de sus descendientes queda indiferente... *La familia Gyurkovics* es una novela de excelente factura; divertida por las disparatadas acciones de algunos de sus protagonistas; con diálogos extraordinariamente frescos y con una sucesión de secuencias que hacen que el lector no pueda dejar de divertirse con las

historias que la familia Gyurkovics va sufriendo y generando a lo largo de sus páginas. Junto con esto, es un magnífico retrato de la sociedad húngara cargado de crítica y análisis social.



Newman y la crisis actual frente a frente
Autor: Rafael Pardo Fernández
Editorial: San Pablo
144 páginas
Precio: 11,00 €

Este libro nace con el propósito de analizar de forma amena la vida y la obra del beato John Henry Newman, que han ido cobrando un interés cada vez mayor en el ámbito católico desde que Benedicto XVI lo beatificara en el año 2010. Newman fue muy sensible al relativismo moral y a la falta de trascendencia que aquejaban a la Inglaterra de su tiempo. Su análisis de la crisis de aquella época y sus propuestas de solución siguen siendo válidos en el momento presente y ofrecen, en opinión del autor, respuestas para enfrentarnos a la crisis actual.

Como en la Edad del Oro de la Iglesia

Desde su primera encíclica, fue como si una llama luminosa se hubiese elevado para iluminar las mentes y levantar los corazones. No de otra manera los discípulos de Emaús sentían inflamarse sus pechos mientras el Maestro hablaba y les descubría el sentido de las Escrituras (Lc 24,32).

¿No habéis acaso experimentado también vosotros este ardor, amados hijos que vivisteis aquellos días, y oísteis de sus labios el diagnóstico certero de los males y errores de la época a la vez que indicando las vías y los remedios para curar de ellos? ¡Qué claridad de pensamiento! ¡Qué fuerza de persuasión!, era verdaderamente la ciencia y la sabiduría de un profeta inspirado, la intrépida franqueza de un Juan Bautista o de un Pablo de Tarso; era la ternura paterna del Vicario y representante de Cristo, atento a todas las necesidades, solícito a todos los intereses, a todas las miserias de sus hijos. Su palabra era trueno, era espada, era bálsamo; se comunicaba intensamente a toda la Iglesia y se extendía mucho más allá con eficacia; alcanzaba el irresistible vigor no sólo por la incontestable substancia del contenido, sino también de su íntimo y penetrante calor. Se sentía en ella hervir el alma de un pastor que vivía en Dios y de Dios, sin otra mira que conducir a Él sus corderos y sus ovejuelas; por esto, si fiel a las venerandas tradiciones seculares de sus antecesores, conservó substancialmente todas las solemnes (no ya fastuosas) formas exteriores del ceremonial pontificio, en aquellos momentos su mirada suavemente entristecida, fija hacia un punto invisible, mostraba que no a sí mismo, sino a Dios, se tributaba todo el honor.

El mundo que hoy lo aclama, en la gloria de los beatos, sabe que recorrió la vía marcada por la Providencia con una fe capaz de transportar las montañas, con una esperanza inconcusa, aun en las horas más oscuras e inciertas, con una caridad que lo impulsaba a entregarse a todos los sacrificios por el servicio de Dios y por la salvación de las almas.

Por estas virtudes teologales, que eran como la trama fundamental de su vida y que practicó en un grado de perfección que superaba incomparablemente toda excelencia puramente natural, su pontificado refulgió como en la Edad de Oro de la Iglesia.

Pío XII: discurso con motivo de la beatificación de san Pío X (3 de junio de 1951)